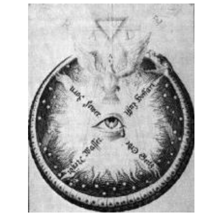


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª. Ministerio del Interior. España.



BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 78

21 de Junio de 2.023

S U M A R I O


EXCELSIS DEO ET IN TERRA

«LA ADORACIÓN INTERIOR Y LA INVISIBLE PARTICIPACIÓN MÍSTICA EN EL CULTO DE LA "IGLESIA CELESTE"»

Jean-Marc Vivenza[1]

I. Introducción: «*El alma del hombre es un pensamiento del Dios de los seres*»

El espíritu del hombre no es sólo el «reflejo del Espíritu de Dios», su imagen y semejanza; Louis-Claude de Saint-Martin llega a designarlo como un producto directo e inmediato del pensamiento del Creador según esta sublime verdad: «*el alma del hombre es un pensamiento del Dios de los seres*» (El Hombre Nuevo, § 3), lo cual constituye el corazón mismo de la enseñanza saint-martinista.

Esta inmensa revelación en el plano doctrinal, y su alcance a nivel religioso y espiritual, hacen que tal identidad sustancial a nivel metafísico nos establezca íntimamente, en nuestro ser, en una dimensión sobrenatural de la que es importante que cada alma de deseo tome perfecta conciencia, de modo que integre su auténtica naturaleza para participar de su naturaleza divina que es, por otra parte, y en primer lugar, su única y verdadera naturaleza:

> *"A vosotros, gracia y paz abundantes por el conocimiento de nuestro Señor. Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia*." (2 Pedro I, 2-4).

El objeto esencial de nuestras vidas (en la naturaleza íntima de la Iglesia interior), es pues revelar lo que implica el hecho de que seamos en primer lugar, y antes que nada, «espíritus» emanados del pensamiento de Dios, y ¿cómo, para esos «espíritus» emanados del pensamiento de Dios, debe desarrollarse la liturgia según lo interno?

II. Los vanos «fantasmas de la noche», cuando el sol avanza en el horizonte

La gran intuición de Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), la cual, indudablemente, lo distingue por su radicalidad dentro del iluminismo cristiano (aunque sobre este punto está en perfecta comunión con muchos otros pensadores de esta rica corriente que se desarrolló en

[1] Alocución para el Gran Capítulo de la Sociedad de los Independientes celebrado el día 3 de diciembre de 2023 en Lyon, Francia.

Europa en el siglo XVIII[2]), es su insistencia en el hecho de que estando el Eterno fuera de toda forma, es vano dirigirse a él con modalidades ajenas a la naturaleza divina:

> "*Todas las religiones tienen un culto y unas ceremonias, todas las doctrinas religiosas tienen unas prácticas sensibles. Todas poseen fórmulas activas, las cuales se vinculan a ideas de poder que imprimen respeto y parecen amenazar todo lo que se vuelve su enemigo. […] ¿Qué sois, fantasmas de la noche, cuando el sol avanza majestuosamente sobre el horizonte y derrama su luz en abundancia?*"
>
> El Hombre de deseo, § 85

Es por eso que, si queremos aproximarnos verdaderamente a Dios, y no limitarnos con prácticas externas que solo son, respecto al Absoluto, vanos «*fantasmas de la noche*», entonces importa hacerlo según el mismo mandamiento del Divino Reparador: «*en espíritu y en verdad*» (Juan IV, 24)[3].

Así, el verdadero culto que, por su distancia y liberación de los vanos «fantasmas de la noche», es designado como el «culto según lo interno», aunque no es ajeno al culto ostensible celebrado por las diversas confesiones cristianas con el cual comparte las mismas fuentes evangélicas, debe ser realmente espiritual, no conteniendo nada (o al menos debe tender a permanecer menos recargado), de imágenes, reliquias, vestigios degradados del mundo material y «prácticas sensibles» según liturgias externas; el carácter de liberación purificadora, en la práctica de la adoración, está relacionado con aquello en que consiste precisamente el «misterio» por excelencia del culto de la Iglesia interior:

> "*«Cuando hayas entrado en la tierra prometida, acuérdate de no hacer sacrificios a tu Dios nada más que en el lugar que él haya elegido para que le rindas el culto que se le debe. No sólo no imitarás a esas naciones impías que han erigido altares en todos los lugares elevados, bajo árboles frondosos, y ofrecen en ellos sacrificios al sol y a la luna y a toda la milicia del cielo, sino que derribarás todos esos lugares elevados, todos esos altares y todos esos ídolos que han sido venerados. No dejarás que quede ni el más mínimo vestigio de ese culto impío, tal como te lo ha ordenado el Señor tu Dios, e irás al*

---

[2] Bien sabemos el vínculo de Saint-Martin con Jakob Böhme (1575-1624), pero no hay que olvidar el inmenso interés del Filósofo Desconocido por los escritos de sus discípulos que desarrollaron su pensamiento dándole una traducción concreta, si se puede decir, en unos ámbitos hasta este punto elevados y tan distantes de las regiones materiales, proponiendo un auténtico método religioso como continuación de las visiones del pensador de Görlitz, discípulos entre los cuales conviene citar a Johan Georg Gichtel (1638-1710), Jane Lead (1623-1669), John Pordage (1608-1681), Gottfried Arnold (1664-1714) y William Law (1686-1761), o más aún a Johannes Kelpius (1673-1708), espíritu extraordinario que terminó su existencia en una ermita de una gruta a orillas del Wissahickon, en Pensilvania, dando origen a una pequeña comunidad mística designada con el nombre de *Society of the Woman in the Wilderness*.

[3] Notaremos, a este respecto, en Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824), una sensibilidad bastante cercana: "*Principio Supremo de todo lo que existe, tu santo Templo no está en absoluto en esta región inferior, material y mancillada; tu trono es superior incluso a las regiones celestes, y has impreso su sentimiento íntimo en el corazón del hombre*." (J.-B. Willermoz, *Mis pensamientos y los de los demás*, 15 de abril de 1788).

> *lugar que te haya indicado el Señor para inmolar a tus víctimas». Este lugar ya lo has conocido, ya lo has visto, desde que recibiste el nacimiento, porque este lugar es ese mismo hijo querido, concebido del espíritu, a semejanza del que es hijo único del Señor por la virtud de su generación eterna. Evitarás, por tanto, con sumo cuidado, ir a hacer sacrificios al Señor en otros lugares de tu ser que no sean este Santo de los Santos, que es el único asilo sagrado que él ha podido reservar para sí en los escombros del templo del hombre."*

El Hombre Nuevo, § 27

III. La «celebración en Espíritu»

«Celebrar en espíritu» requiere unas explicaciones, porque la consciencia del hombre ha sido condicionada, formada y «programada» por siglos durante los cuales los diversos sistemas religiosos se han dedicado a un ceremonialismo externo ostensible, marcando de manera duradera nuestra relación con la divinidad, e impidiendo que accedamos a la gran novedad que representa el cristianismo, puesto que el Divino Reparador, de forma explícita, vino a anunciar y predicar un Evangelio (εὐαγγέλιον - es decir, literalmente, una «Buena nueva»), por la cual Dios nos es revelado según su «ser» propio, y debe ser adorado según su esencia ontológica en una operación de pura abstracción intelectual que ponga a distancia los vestigios de este mundo de apariencia al no utilizar nada de los elementos que proceden de la apariencia material, la cual es, por definición, por las consecuencias de la prevaricación, precisamente extraña a la esencia divina.

Es por eso que, si Dios es «Espíritu», entonces su «adoración», la cual significa la manera de rendirle nuestro culto, debe igual e imperativamente, si queremos adecuarnos a la esencia divina, hacerse «en espíritu», de modo que estemos en armonía real con la naturaleza trascendente del Ser eterno e infinito.

IV. La Iglesia interior está a la espera de ser edificada en nosotros

El Filósofo Desconocido nos avisa de que la Iglesia está a la espera de ser edificada en nosotros, y es importante que nos preparemos para escuchar algún día, en el mismo corazón de nuestra oración, lo que el Divino Reparador dijo a Pedro:

> "*Cuando el hombre reza con constancia, con fe, y trata de purificarse en la sed activa de la penitencia, puede suceder que oiga decir en su interior lo que el reparador dijo a Cefás:* tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella."

El Hombre Nuevo, § 8

La «morada de la luz», sin lugar a dudas, para todos los espíritus iluminados que aspiran a la plenitud de la «*Paz Profunda*», es nuestra patria celeste, el lugar de nuestra estancia auténtica, una morada alejada de los espejismos engañosos, distante de las ilusiones de este mundo de materia degradada y condenada a la muerte, región infernal, sin cesar debatiéndose entre las oposiciones más violentas, desgarrada por abominables sufrimientos, permanentemente enfrentada a las furiosas tempestades de los elementos, brutalmente dominada, a veces de manera aún más cruel, por los desórdenes psíquicos, las cegueras espirituales, la mentira, la envidia, la falsedad, la traición, el error voluntario, la guerra, la locura, las pasiones irracionales, la enfermedad y la corrupción, y, por decirlo en una palabra, sometida inexorablemente, sin ofrecer ninguna posibilidad de liberarse, a la aterradora potencia del mal, sabiendo que «*el mundo entero está en poder del Maligno*» (1 Juan V, 19).

¿Cómo no comprender que la enseñanza del Divino Reparador haya versado, con una descomunal insistencia, sobre la vocación celeste de su Iglesia, revelándonos que su «Reino» (expresión entendida como lugar donde mora cerca del Padre), no es de este mundo[4]? Es llamativo constatar que todas las promesas, de carnales que eran en el Antiguo Testamento (*Génesis, Éxodo, Números, Levíticos, Deuteronomio, Josué*, etc.), se vuelven todas de naturaleza celestial en el Evangelio.

Este Señor Jesús dijo así a los judíos:

> «*Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo*» (Juan VIII, 23).

Y cuando encomienda a sus discípulos a Dios, declaró:

> «*Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo… Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad…*» (Juan XVII, 16-19).

Advertiremos, además, no lo suficiente, e insistimos en el hecho de que Cristo sufrió su Pasión «*fuera de la ciudad de Jerusalén*» (Juan XIX, 20), señalando que Jesús, durante su sacrificio, se apartaba del sistema judaico, e invitaba por ello mismo a los cristianos, a ejemplo suyo, a retirarse de la religiosidad formal que se limitaba a seguir unos ritos sin que la realidad de la vida divina estuviese presente en los corazones.

Así, en la *Epístola a los Hebreos* se indica:

> «*Los cuerpos de los animales, cuya sangre lleva el Sumo Sacerdote al santuario para la expiación del pecado, son quemados fuera del campamento. Por eso, también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Así pues, salgamos donde él, fuera del campamento, cargando con su oprobio*.»
>
> Hebreos XIII, 11-13

[4] "*Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: «El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: "Vedlo aquí o allá", porque el Reino de Dios ya está en vosotros."* (Lucas XVII, 20-21).

Jesucristo, como nos lo demuestran los evangelios, no tenía en absoluto su lugar en medio del «campamento de Israel», en una región terrestre vinculada a una religión carnal, del mismo modo que nosotros, después de él, ya no tenemos nuestro lugar en los sistemas religiosos mundanos ligados al dominio de la tierra, actitud de liberación que nos es señalada por esta frase: «*salgamos donde él, fuera del campamento».*

V. El Santuario del Cielo

La posición de las almas de deseo ahora es pues, por una parte, estar «en espíritu» en el Santuario celeste, allí donde el Gran Sacrificador celebra el culto eterno, y, en sus envolturas materiales, sobre la tierra, retirarse, física y espiritualmente, «fuera del campamento»:

> *"…tenemos un objetivo más amplio que cumplir que el de ocuparnos de las oscuridades voluntarias que no vienen sino del frívolo descuido del mundo; y este objetivo es ocuparnos de las oscuridades naturales que corresponden esencialmente al estado terrestre del espíritu del hombre, pero más aún ocuparnos de las claridades y luces que pertenecen a su indestructible esencia."*
>
> El Hombre Nuevo, § 2

Este reino es a la vez actual, allí donde el Divino Reparador reina sobre nosotros y nuestros pensamientos, y futuro, cuando los tiempos hayan llegado, tiempos cuyo advenimiento nos figura la transfiguración en el Monte Tabor:

> *"En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su Reino."* (Mt XVI, 28)

Pero este «Reino», primero y, antes que nada, es el Santuario del cielo, allí donde se celebran las ceremonias eternas consagradas a cantar la Gloria de Dios, Templo invisible a los ojos de la carne, alejado de las esferas corruptas de este mundo, «Reino» cuyas puertas fueron abiertas por el Divino Reparador.

Y sabemos lo que conviene hacer para poder entrar en el «Reino celeste», Reino de Dios, que no es otro sino el del *espíritu*:

> *"Por tanto, unidad en el amor, unidad en la obra de la penitencia, unidad en la humildad, unidad en la valentía, unidad en la caridad, unidad en el desprendimiento del espíritu de la tierra, unidad en la resignación, unidad en la paciencia, unidad en la sumisión a la voluntad suprema, unidad en el cuidado de revestirnos con el espíritu de la verdad, unidad en la esperanza de recuperar los bienes que hemos perdido, unidad en la fe en que nuestra voluntad, purificada y unida a la de Dios, debe tener su realización a partir de este momento, unidad en la determinación de disipar las tinieblas de la ignorancia con las que nos envuelve nuestra permanencia, unidad en la vigilancia, unidad en la*

constancia para la oración, unidad en el estudio continuo de las sagradas escrituras y, finalmente, unidad en todo lo que consideremos correcto para que nos purifiquemos, para que nos resulte más soportable este bajo mundo y para que avancemos en nuestro reino, que es el reino del espíritu y el reino de Dios. Esa es la ley que debemos imponernos."

El Hombre Nuevo § 21

VI. Dios es un «Principio» esencial

Evidentemente, por convención, y para permitir una comprensión más rápida de lo que queremos decir para evocar el inmenso poder del Eterno, hablamos de buen grado del «trono de Dios», de su «realeza». Sin embargo, es necesario estar atento al hecho de que Dios, para Saint-Martin, no es, en su ser íntimo, una autoridad externa, una autoridad extraña y dominante, una fuerza vinculante, inflexible e inaccesible; Dios es, en primer lugar, un «Principio» esencial, es, bajo este nombre de «Principio», la realidad última, porque la verdad metafísica de la Iglesia interior no es excéntrica y jerárquica, sino orgánica, concéntrica, fusional y unitiva.

Ningún antropomorfismo en la concepción del Filósofo Desconocido, que busca hacer que nos acerquemos a Dios en su verdad, en su misterio, no dudando en entregarnos una enseñanza de una gran lucidez, que contrasta con las fábulas consoladoras, descartando rotundamente los mitos idólatras:

"*En cuanto a los abusos del antropomorfismo religioso por el cual los templos se llenan de estatuas humanas que se vuelven tan fácilmente objetos de idolatría y de adoración para los hombres simples, dependen del mismo movimiento que se ha hecho en el corazón de Dios, en el momento de nuestra caída, para la restauración de la especie humana, movimiento por el cual el corazón divino se transmutó en Hombre-Espíritu. Ahora bien, como esta alianza de restauración se encuentra sembrada en todos los hombres por sus generaciones sucesivas, siempre están dispuestos para ver despertarse este germen en ellos, y mirar los ídolos humanos que se les presenten como expresión y cumplimiento de esta alianza cuya necesidad es apremiante, aunque este sentimiento secreto que provoca en ellos sea tan confuso. Además, siempre están dispuestos a formarse para sí mismos, tanto interior como exteriormente, modelos sensibles, mediante los cuales desearían que esta gran obra se realizara y llevara a cabo para ellos. Así, la necesidad de acercar al Dios-hombre a ellos, y la facilidad para creer lo que deseaban, fue el principio de la creación de los ídolos humanos, y del homenaje que se les rindió.*"

El ministerio del Hombre-Espíritu
Segunda parte
«*Del Hombre*»

VII. La esencia divina sobrepasa todas las formas que nuestra inteligencia puede alcanzar

Además, reflexionando, ¿se puede concebir seriamente como plausible, en modo metafísico, un universo construido según el modelo de las monarquías egipcia, persa o bizantina, y en modo religioso, un Dios asimilado a un antiguo monarca o emperador?

Evidentemente, no tiene ningún sentido.

Dios, en su verdad intrínseca, no es, formalmente hablando, un «Rey celestial», lo cual corresponde simple y llanamente a un puro mito, a una imaginería infantil simplista. Dios está presente, por su presencia infinita, en todo punto del espacio y del tiempo, y a la vez, y en esto radica la paradoja incomprensible, es totalmente distinto, es el «Todo Otro», puesto que, por su inmaterialidad, no reside en ningún punto de este tiempo y del espacio materiales, no ocupa pues un «trono de gloria» en las nubes, sino que es, en su íntima sustancia, un misterio inefable, como recuerda con precisión santo Tomás de Aquino (+1274):

> *"La esencia divina, por su inmensidad, sobrepasa todas las formas que nuestra inteligencia puede alcanzar; y no puede ser abarcada por ella sabiendo lo que es*[5]."

Y es por eso que, el saber más alto al que podamos acceder en modo religioso, es un saber «negativo» [apofático], porque si Dios es ilimitado, si carece de forma y es sin cuerpo, como puro «Espíritu», entonces el conocimiento que podemos tener de Él en nuestro estado de criatura, para nuestras inteligencias limitadas, sólo puede pasar por una verdadera «noche del espíritu».

Algunos místicos han traducido perfectamente la naturaleza inefable de Dios, citemos por ejemplo a san Juan Damasceno († 749):

> *"La Divinidad es infinita e incomprensible y la única cosa que podemos comprender es su infinidad y su incomprensibilidad. Todo lo que decimos de Dios en términos positivos declara, no su naturaleza, sino lo que rodea su naturaleza. Dios no tiene nada de los seres, no porque no sea ser, sino porque está por encima de todos los seres, por encima del mismo Ser. En efecto, ser y ser conocido son del mismo orden. Lo que está por encima de todo conocimiento está absolutamente por encima también de toda esencia; y recíprocamente, lo que está por encima de la esencia está por encima del conocimiento*[6]*."*

O más aún san Gregorio Palamás († 1359):

---

[5] *Summa contra Gentiles*, I, XIV.

[6] San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa*, I, 4, *P.G.*, t. 94, col. 800 AB.

> "*La naturaleza superesencial de Dios no puede ser ni dicha, ni pensada, ni vista – porque está alejada de todas las cosas y es más que incognoscible, porque está llevada por las virtudes incomprensibles de los espíritus celestes –, incognoscible e inefable por todos y por siempre jamás. No tiene nombre en este siglo ni en el siglo futuro para nombrarla, ni palabra que se encuentre en el alma y sea proferida por la lengua, ni contacto sensible o inteligible, ni imagen para dar un conocimiento cualquiera al respecto, si no es la incognoscibilidad perfecta que uno profesa, negando todo lo que puede ser nombrado. Nadie puede nombrarlo esencia o naturaleza de una manera propia, si busca verdaderamente la verdad que está por encima de toda verdad*[7]."

Incluso podríamos citar al Maestro Eckhart (1260-1328), a Henri Suso (1296-1366) y Juan Tauler (1300-1361), por hablar sólo de los más conocidos. Pero, evidentemente, es el doctor de la «noche mística», san Juan de la Cruz († 1591), en *La Subida del Monte Carmelo* y *La Noche oscura*, quien teorizó de forma innegablemente inigualada en qué consiste la purificación pasiva del entendimiento para el alma que desea verdaderamente unirse a la naturaleza esencial de Dios en su misterio.

San Juan de la Cruz distingue en realidad tres noches que no forman sino una, en última instancia, una sola divida en tres partes; primero la «noche de los sentidos», después la «noche de la Fe» y por último la «noche en la que es Dios», quien «*es infinitamente elevado por encima de las criaturas, podemos decir que es una noche oscura del alma durante esta vida*». Cuando el alma experimenta, a menudo de manera agotadora y dolorosa esas noches, aunque esté sumergida en la oscuridad, está unida íntimamente con Dios: «*aunque el alma esté cubierta de tinieblas, está unida enseguida a la esposa, que es la sabiduría divina*», y se encuentra, sin saberlo, en una comunión muy estrecha con la Divinidad.

Es lo que expone san Juan de la Cruz admirablemente en *La Subida del Monte Carmelo* que conviene citar de forma más extensa:

> *"No es posible entrar en el estado de perfección sin pasar por diferentes noches, a las que los maestros de la vida espiritual dan el nombre de purgación del alma, o mortificación. Las llamamos noches oscuras, porque el alma camina entonces en la oscuridad sin conocer su camino interior, como se camina en la oscuridad de la noche sin ver su camino.*
>
> *[…] Por tres cosas podemos decir que se llama noche este tránsito que hace el alma a la unión de Dios.*

[7] San Gregorio Palamás, *Teófanes*, *P.G.,* t. 150, col. 937 A.

La primera, por parte del término (de) donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre.

La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento, como noche.

La tercera, por parte del término a donde va, que es Dios, el cual, ni más ni menos, es noche oscura para el alma en esta vida. Las cuales tres noches han de pasar por el alma, o, por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios.

En el libro del santo Tobías (Tob. 6, 18-22) se figuraron estas tres maneras de noches por las tres noches que el ángel mandó a Tobías el mozo que pasasen antes que se juntase en uno con la esposa.

En la primera le mandó que quemase el corazón del pez en el fuego, que significa el corazón aficionado y apegado a las cosas del mundo; el cual, para comenzar a ir a Dios, se ha de quemar y purificar todo lo que es criatura con el fuego del amor de Dios. Y en esta purgación se ahuyenta el demonio, que tiene poder en el alma por asimiento a las cosas corporales y temporales.

En la segunda noche le dijo que sería admitido en la compañía de los santos patriarcas, que son los padres de la fe. Porque pasando por la primera noche, que es privarse de todos los objetos de los sentidos, luego entra el alma en la segunda noche, quedándose sola en fe (no como excluye la caridad, sino las otras noticias del entendimiento -como adelante diremos-) que es cosa que no cae en sentido.

En la tercera noche le dijo el ángel que conseguiría la bendición, que es Dios, el cual, mediante la segunda noche, que es fe, se va comunicando al alma tan secreta e íntimamente, que es otra noche para el alma, en tanto que se va haciendo la dicha comunicación muy más oscura que estotras, como luego diremos. Y pasada esta tercera noche, que es acabarse de hacer la comunicación de Dios en el espíritu, que se hace ordinariamente en gran tiniebla del alma, luego se sigue la unión con la esposa que es la sabiduría de Dios.

Como también el ángel dijo a Tobías que, pasada la tercera noche, se juntaría con su esposa con temor del Señor; el cual temor de Dios cuando está perfecto, está perfecto el amor, que (es) cuando se hace la transformación por amor del alma (con Dios).

Estas tres partes de noche todas son una noche; pero tiene tres partes como la noche. Porque la primera, que es la del sentido, se compara a prima noche, que es cuando se acaba de carecer del objeto de las cosas. Y la segunda, que es la fe, se compara a la media noche, que totalmente es oscura. Y la tercera, al despidiente, que es Dios, la cual

es ya inmediata a la luz del día. Y, para que mejor lo entendamos, iremos tratando de cada una de estas causas de por sí.”[8]

VIII. La aproximación metafísica del cristianismo participa de una concepción unitiva y fusional con la Divinidad

Es importante, en consecuencia, liberarse de una visión cosmológica que percibe a Dios como a un emperador, que reside, al igual que un monarca absoluto, en un Cielo imaginario, reinando de forma autoritaria y despótica. Con estos esquemas estamos ante una representación, en modo religioso, de concepciones políticas arcaicas, mientras que la aproximación metafísica del cristianismo: «*yo soy la vid; vosotros los sarmientos*», participa más bien de una concepción orgánica, unitiva y fusional, en la cual, formamos una «unidad» con Dios:

> *“…yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros […] para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí.”*
>
> Juan XVII 11, 21-23

Por tanto, si el culto “*en espíritu*”, el auténtico “*culto divino*” interior, ya no está vinculado a las formas materiales de vida según lo externo, entonces participa de un tipo de “sensibilidad” completamente diferente, que es enteramente nueva, puesto que está dirigida, única y plenamente, hacia la vida íntima de nuestra alma:

> *“Sí, el culto interior es sensible, lo es seguramente más que el culto exterior; pero lo es de otra manera. El culto material lo es por los sentidos de la forma, el culto espiritual por los sentidos del alma; el culto divino e interior lo es por la vida íntima de nuestro ser.”*
>
> El Hombre de deseo, § 123[9]

---

[8] *La Subida del Monte Carmelo*, Lib. 1º, cap. I & II.

[9] Referente al carácter puramente espiritual de los sacramentos en el seno de la Iglesia primitiva, en su obra «*El culto de la Iglesia primitiva*» (1948), Oscar Cullmann (1902-1999) subrayaba el hecho de que, si es en el culto donde se manifiesta concretamente la presencia de Cristo en su Iglesia, la cena del pan y del vino era en realidad en su origen: “*Se trata de un acto de especial significación, aunque no parece haberse establecido una estrecha relación con la sangre y, en general, con la muerte de Cristo. Según los Hechos, una de las características esenciales de estas cenas era, por el contrario, la “alegría desbordante” (2,46) que reinaba en ellas (escatológica), que sólo puede entenderse si se basaba en el recuerdo de las apariciones del Resucitado durante las comidas de los discípulos, y no en el de la última cena de Jesús. Ya el día de Pascua, los once comieron con el Resucitado (Lc 24,36), después de que éste hubiera partido también el pan con los discípulos de Emaús (Lc 24,30).*” (O. Culmann, *El culto de la Iglesia primitiva*, Cuadernos teológicos, 1948, pp. 13-14).

IX. El culto de la Iglesia interior y el culto primitivo

Este culto («corazón del misterio» de la Iglesia interior), se inscribe en la continuidad del culto primitivo que no cesó, entre los elegidos del Señor, de ser celebrado en todos los tiempos a través de los siglos, continuándose, desde la venida del Divino Reparador, y habiendo sido perfeccionado por el efecto de la ley de gracia[10]. Tiene por función abreviar el tiempo de la reconciliación universal y llevar las almas de los justos a probar las alegrías celestes, y beneficiarse del reposo que espera al hombre después de la consumación del tiempo impartido en este mundo de expiación:

> "*El culto puro habrá conducido a los hombres justos a las alegrías celestes y al reposo de sus almas. El culto impuro habrá conducido a los impíos a la rabia, al furor y al desespero. Los frutos serán cogidos; no se sembrará más, porque no habrá más tierra:* Todo está consumado. *Sí, al nombre del Reparador todo se arrodillará en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Se arrodillarán en los cielos a este nombre para celebrar su gloria y las maravillas de su poder. Se arrodillarán en la tierra a este nombre, porque nos habrá preservado y liberado de las manos de nuestros enemigos. Se arrodillarán en los abismos a este nombre porque, al sentir los efectos de su poder, allí se estremecerán de terror*."
>
> El Hombre de deseo, § 136

Además, es de destacar que desde el bautismo de Jesús, se manifestó una oposición muy rotunda y, como poco bastante clara, entre el bautismo de agua que confería Juan Bautista en el Jordán y el bautismo «del Espíritu Santo y de fuego» al cual apelaba Jesús y que él debía obrar: «*Juan* [el Bautista] *respondió a todos, diciendo*: *Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.*» (Luc III, 16). Esta dimensión según «el Espíritu Santo», elevándose por encima de las formas y de la materia, se encuentra en la conversación con Nicodemo, donde Cristo insiste en la necesidad del «*nuevo nacimiento por el bautizo del Espíritu Santo*»: «*Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste donde Jesús de noche y le dijo*: «*Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él». Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios». Dícele Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu». Respondió Nicodemo: «¿Cómo puede ser eso?» Jesús le respondió: «Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? «En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al deciros cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.*» (Juan III, 1-13).

[10] *Jean-Baptiste Willermoz aclara igualmente que el «verdadero culto» jamás cesará de celebrarse y siempre los elegidos ofrecerán un puro incienso al Señor: «Desde el principio, el verdadero culto no dejó de ser ofrecido ni un instante por los hombres en altares agradables a la Divinidad. Siempre ha habido en las distintas regiones de la tierra algunos elegidos que han presentado al Eterno en toda santidad un incienso puro y digno de él, como verdaderos representantes de la familia humana, en nombre y en favor de la cual imploraban la Bondad y la Clemencia divina...» (MS 5475 pieza 2, Biblioteca Municipal de Lyon).*

Para aquellos que se benefician de estas luces, caminando voluntariamente en simbólica auto-preservación, como penitentes que ocultan sus rostros con humildad y discreción, caminando bajo vestimenta negra en silencio y en el retiro de nuestras atribuladas regiones, que constituyen invisiblemente la íntima y discreta "*sociedad religiosa de los Amigos de la Verdad"*, que sepan, pues, que lo que tiene lugar en ellos durante la celebración del culto divino de la Iglesia Interna no es otra cosa que el "*descenso del Espíritu*", correspondiente al acto por el cual Dios toma al hombre como piedra fundamental de Su Templo y edifica sobre él, verdaderamente, Su Iglesia.

X. Los devotos «*amigos de la verdad*»

La idea de «vida interior», e incluso de «Iglesia del corazón», evidentemente no es exclusiva de la corriente iluminista puesto que atraviesa la historia de la espiritualidad cristiana. Sin embargo, esta sensibilidad encontró en el siglo XVII una sorprendente expansión, en particular en la proximidad de ciertas tendencias religiosas más conocidas bajo los nombres de «quietismo» o «jansenismo» que, en estos devotos «amigos de la verdad», conservaron el espíritu y la doctrina original del cristianismo primitivo.

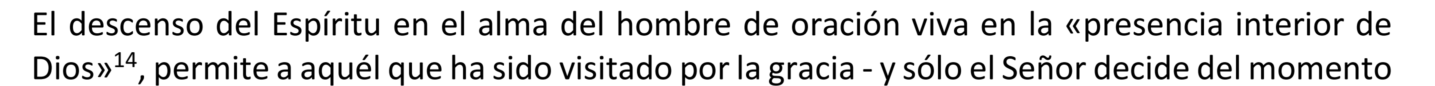
Pero, merece destacarlo, incluido en el seno de la Iglesia institucional se observan expresiones fuertemente influenciadas por las temáticas que encontraremos después en el seno de los ambientes quietistas, jansenistas o iniciáticos, que sin duda han encontrado en sus cenáculos grupos protectores para concepciones combatidas por las autoridades políticas y religiosas de aquella época[11].
No olvidemos que Archange de Pembroke (1567-1632) llegó a ser director, de 1609 a 1620, de la Madre Angélique Arnauld (1591-1661), abadesa y reformadora de Port-Royal que fue «convertida» por el sermón que el capuchino fue a predicar en el monasterio en 1608, instándole a aplicar la Regla de su Orden en todo su rigor, y el papel que desempeñó el Padre Joseph du

---

[11] Así, por tomar un ejemplo significativo, un religioso Récollet (religioso franciscano, NdT) de la última mitad del siglo XVII, Maximien de Bernezay, del que no sabemos casi nada de su vida, habiendo permanecido en un perfecto anonimato, escribió un Tratado de la vida interior (1685) que se benefició de una amplia audiencia entre las almas devotas, difundiendo entre los fieles una práctica que invitaba a establecerse, abriendo el corazón, en la intimidad de Dios. Los Hermanos menores recollets (o simplemente, los Récollets), con el fin de situarse mejor en Bernezay, estaban unidos a la Ordo fratrum minorum recollectorum, es decir, la Orden de los hermanos menores recogidos, miembros de la tendencia llamada «observante» de los franciscanos. Adeptos de la práctica del «Camino de la Cruz», los Récollets erigieron numerosos lugares de oración, entre ellos el calvario de los Récollets de Romans-sur-Isère en la Drôme, que ofrece contemplar una réplica exacta de las cuarenta estaciones del camino de la Cruz seguido por el Cristo en Jerusalén, permitiendo al peregrino llegar, al final de las estaciones, al calvario y a una reconstitución del Santo Sepulcro.
Los Récollets, que nacieron de las comunidades donde los «recolectores del desierto» - pudiendo además establecerse en el mismo corazón de las ciudades -, se volvieron el centro de una intensa actividad religiosa, participan de una corriente mística cuyo capuchino Benoît de Canfield (1562-1611), autor de una Regla de perfección (1608) y adepto de la espiritualidad abstracta del aniquilamiento, es uno de los representantes mayores, corriente en la cual se inscriben nombres como Jean de Bernières (1602-1659), o el terciario [miembro de una comunidad religiosa] Jean Aumont (1608-1689), autor de La Apertura interior del reino del Cordero sacrificado en nuestros corazones (1660), así como Victorin Aubertin (1604-1669), quien publicó El Cristiano unido a Jesucristo en el fondo del corazón (1667), obra en la cual es descrita, con una extraordinaria precisión, la vida de oración.

Tremblay (1577-1738) - no sólo en el plano político como diplomático al servicio de del cardenal Richelieu -, como predicador itinerante consejero de Antoinette de Orleans (1572-1618), religiosa de Fontevraud, cuando decidió la creación en 1617 de la Orden de las Hijas del Calvario y escribió el libro de las meditaciones piadosas a su petición. Valoramos entonces la influencia de la mística interior ligada a las diferentes ramas, que proceden o están vinculadas a la Orden de san Francisco en el siglo XVII, y que contribuyeron al desarrollo de esta espiritualidad de la «vida secreta de oración».

Por desgracia, por una campaña anti-mística bastante virulenta contra los «quietistas», que solo tuvo comparación con la que se llevó contra las tesis sobre la gratuidad de la gracia defendidas por la corriente agustiniana y el entorno de Port-Royal, que irá hasta la dispersión de los Solitarios en 1679, pronto surgió una especie de retorno a la invisibilidad de la corriente de la mística abstracta, periodo que fue designado como representando un verdadero «cre-púsculo»[12]. No se puede descartar pues pensar que, a partir del siglo XVIII, es en el seno de los círculos protegidos por una especie de regla de discreción y de secreto como se preservó y se transmitió la «práctica de la vida interior» y la «vida oculta en Dios en la oración», en el seno de pequeñas iglesias alejadas del mundo[13], o en el marco de medios iluministas nutridos por los escritos de Fénelon (1651-1715) y de Madame Guyon, de los que Saint-Martin fue, en Francia, el representante por excelencia, lo cual habría permitido, y hay que estar infinitamente agradecido, que pueda perdurar una vía espiritual que, sin ello, muy seguramente hubiera desaparecido completamente.



Conclusión: «*poner el pie en el primer peldaño de la escala sacerdotal…*»

El descenso del Espíritu en el alma del hombre de oración viva en la «presencia interior de Dios»[14], permite a aquél que ha sido visitado por la gracia - y sólo el Señor decide del momento

---

[12] *Cf.* Louis Cognet, *Crepúsculo de los místicos*, Desclée, 1958.

[13] *Cf.* J.-P. Chantin, *Los Amigos de la Obra de la Verdad. Jansenismo, milagros y fin del mundo en el siglo XIX,* Presses Universitaires de Lyon, 1998.

[14] Maximien de Benezay, puesto que lo hemos mencionado y conocemos el entorno espiritual del que procede, y lo que representa esta corriente respecto al iluminismo cristiano, inscribiéndose absolutamente en esta línea espiritual que tiende a hacer de la vida interior lo esencial del camino, insistiendo en la importancia de la práctica constante de la unión del alma con Dios, recuerda en su *Tratado de la vida interior*: «*La vida interior, cuyas máximas principales os doy aquí, es una vida tan antigua como la Iglesia. Fue la vida de todos los santos y sigue siendo la de todas las grandes almas, de las que Dios no deja jamás su Iglesia vacía [...] nunca se ha diferenciado en el cristianismo el hombre interior que vive dentro de sí mismo del Espíritu y de la Vida de Jesucristo, de lo que llaman el hombre cristiano [...] ¡Por desgracia! Esta religión tan santa en sus misterios, tan grande en sus más pequeñas observancias, y tan interior incluso en todo lo que tiene de exterior, sólo parece una religión de los sentidos a la mayoría de los cristianos, como si consistiera sólo en ceremonias de un culto exterior […] y aunque todas las Escrituras nos enseñen, que todos los santos Padres nos digan, que todos los hombres Apostólicos de nuestros días nos hablen con una misma voz para entrar dentro de nosotros mismos y buscar allí el reino de Dios que Jesucristo vino a establecer, tantas luces no disipan nuestras tinieblas*.» (Tratado de la vida interior por el Padre Maximien de Benezay, 1685).

en que va a formar su Templo en nosotros[15] -, poder ser regenerado en sus pensamientos y en su palabra, estando a la vez transformado en sustancias espirituales y angélicas, permitiendo que sea llevado hacia las regiones celestes:

> "*El hombre que, como es el pensamiento del Dios de los seres, se ha observado hasta el punto de que ha sometido sus propias facultades a la dirección y al origen de todos los pensamientos, ya no tiene dudas en su conducta espiritual, aunque no se encuentre protegido en su conducta temporal, si la debilidad sigue arrastrándolo todavía a situaciones ajenas a su verdadero objetivo, pues, al buscar siempre este objetivo verdadero, debe esperar los socorros más eficaces, ya que, al tratar de seguirlo y alcanzarlo, sigue la voluntad Divina, que es la misma que lo empuja e invita a que se dedique a ello con ardor. ¿Pero de dónde le viene esta forma de ser, tan ventajosa y sana? Es que, si llega a regenerarse en su pensamiento, lo hace pronto también en su palabra, que es como la carne y la sangre del pensamiento y, cuando se ha regenerado en esta palabra, lo hace pronto también en la obra, que es la carne y la sangre de la palabra. No es sólo que penetre en él el espíritu y circule por todas sus venas y se revista de él para darle el movimiento a todos sus miembros, lo mismo que nosotros hacemos que se muevan a nuestro gusto los vestidos que llevamos puestos, sino que en él se transforma todo en sustancias espirituales y angélicas, para llevarlo sobre sus alas a todos los lugares donde lo llama su deber. Así es como vendrá un día el juez soberano, en medio de santos y rodeado de millones de ángeles, para restablecer el reino de la verdad en todas las regiones que sean capaces de recibirla.*"
>
> El Hombre Nuevo, § 4

Así, el hombre nuevo seguirá las huellas del Divino Reparador:

> "*Tendrá la viva esperanza de que esta reunión alcanzará con más facilidad la manifestación de las fuerzas divinas y con ello aumentará el número de los adoradores del Dios verdadero. El hombre nuevo no hará en esto nada más que caminar siguiendo las huellas del Reparador en toda la conducta que ha tenido hacia los que lo han tratado y buscado durante su permanencia en la tierra*."
>
> El Hombre Nuevo, § 42[16]

[15] «*El Señor ha elegido al alma del hombre para poner en ella su morada. Le gustaría pasar el rato paseando por los senderos espaciosos que se ha preparado en ella. Allí despliega toda su majestad y, para que ésta se pueda percibir mejor, hace que brillen astros deslumbrantes, cuya luz difunde un resplandor inefable que llega hasta los rincones más ocultos de este refugio sagrado. Se ha levantado allí un templo en el que sus Levitas se dedican todos los días al culto de su Dios y a poner en práctica ceremonias santas. Todos los días consagra el óleo de la vida que debe servir para renovar eternamente las fuentes sacramentales de todos los dones de su espíritu. Ha colocado en el lugar más destacado de este templo una cátedra de la verdad y hace que se siente en ella su enviado para anunciar a las naciones la palabra de alegría que oye en la lengua eterna.*» (El Hombre Nuevo, § 36).

[16] El Hombre Nuevo multiplicará interiormente, como el Reparador, los «panes» y «peces» (prestaremos atención al valor numérico y simbólico de esas multiplicaciones según las indicaciones de Saint-Martin), lo cual significa que estará capacitado para nutrirse y nutrir alrededor suyo a aquellos que se acerquen a la mesa con alimentos divinos que renovarán el corazón de las almas de deseo: «*Veamos cómo desarrolla los tesoros que hay ocultos en él, de los*

Invitará a los «amigos de la Verdad» a unirse a él para edificar altares al Señor con el fin de celebrar el culto divino donde el «pan» y el «vino», espiritualmente, serán consagrados y presentados en ofrendas perpetuas con el fin de que el hombre se una con su «Principio» por el efecto sustancial y emblemático del trigo - como del vino, a pesar de su carácter más terrestre que el pan, porque el vino «*es el tipo de la sangre en la que estamos apresados*», y está destinado, como la iniquidad, a desaparecer, «*con el fin de mostrarnos cuáles son las condiciones que la justicia exige para que las huellas de nuestra privación sean borradas*» -, de modo que nuestra forma actual y su imagen corrompida e impura definitivamente sean disueltas de la superficie de este mundo:

> "*Se trata de una operación indispensable para pasar a la categoría de catecúmeno y para poner el pie en el primer peldaño de la escala sacerdotal. Amigo mío, vamos juntos a preparar altares al Señor. Ve delante a preparar todo lo necesario para celebrar dignamente las alabanzas de su gloria y de su majestad. Sirve de órgano a mi obra, para anunciarla al pueblo, lo mismo que yo debo servir a la Divinidad para anunciar a todas las familias espirituales los movimientos de la gracia y las vibraciones de la luz. Y tú, Dios de mi vida, si alguna vez te place elegirme para ser tu sacerdote, ¡hágase tu voluntad! Todas mis facultades son tuyas. Me prosternaré en mi indignidad al recibir el nombre de tu sacerdote y tu profeta. Ayúdame solamente para que no haga que tus gracias pierdan su fuerza y para que se rompan en mí todos los escollos que mis iniquidades y mis debilidades han sembrado antes de mi elección. Jamás me atrevería por mí mismo a pedirte que se apoyase tu mano sobre mí; pero, si por tu pura generosidad espléndida quieres poner tu mano sobre mí, no dudaré lo mínimo para que hagas en mi ser todo lo necesario para que sea útil a tus designios y no tengo en estos momentos más preocupación que ofrecerte la dedicación de mi fidelidad a tu servicio y una sumisión universal a todas las condiciones que quieras poner en nuestra alianza*."
>
> El Hombre Nuevo, § 3

---

que el reparador nos ha mostrado tantos frutos sembrados en el campo evangélico. Veámoslo en medio de una multitud de unas cinco mil personas, sin tener más que cinco panes y dos peces para alimentarlos. Les dirá que se sienten en grupos de cincuenta, cogerá los cinco panes y los dos peces, levantará los ojos al cielo, los bendecirá, los partirá y se los dará a sus discípulos para que se los ofrezcan a la multitud. Comerán todos hasta quedar saciados, y quedarán doce cestas llenas de los trozos que sobraron. En otra ocasión cogerá siete panes y algunos peces para cuatro mil hombres, pero tendrán para comer todos y se saciarán y sobrarán siete cestas llenas. Veámoslo en otra ocasión, como Eliseo, multiplicar veinte panes para mil personas quedando también sobras. Todos estos hechos no son más que testimonios y frutos de los dones que el espíritu ha hecho que germinen en el hombre nuevo. No hacen más que anunciar ese alimento espiritual, activo y psíquico, que este hombre nuevo puede multiplicar ilimitadamente en él, en beneficio de los diversos pueblos que habitan las distintas regiones de su ser, ya que si él está unido a la fuente de la vida, ya no tiene en sí nada a donde no pueda hacer que lleguen los arroyos de esta fuente viviente y donde estos arroyos no puedan acumular sus aguas fecundas, de tal modo que se establezca allí la fecundidad y proporcione en abundancia la subsistencia para todo lo que tenga hambre e indigencia en sus dominios legítimos.» (El Hombre Nuevo, § 45).

EL MISTERIO ESPIRITUAL DEL HOMBRE
o
EL Ministerio del Hombre Espíritu

Louis-Claude de Saint-Martin

*

Primera Parte
Sobre la Naturaleza

Hombre, no su naturaleza exterior, y sí verdadero testimonio de la Divinidad

La comprensión humana, por aplicarse tan exclusivamente a las cosas exteriores, de las que aun así no da cuenta de forma satisfactoria, conoce menos aún sobre la naturaleza del propio Hombre; además, el hombre actual dejó de buscar el verdadero carácter de su íntima esencia, se volvió completamente ciego ante la Fuente Divina de la cual desciende; pues si el hombre se acordara de sus elementos primitivos, vería que es el único testimonio verdadero y señal positiva por la que esta Fuente Universal puede ser conocida; tal fuente debe necesariamente ser ocultada cuando el único espejo capaz de representarla a nuestras mentes desaparece.

Entonces, cuando laureados escritores y bien intencionados defensores de la verdad intentan probar que hay un Dios, y derivan de Su existencia todas sus necesarias consecuencias, cuando fácilmente consideran esta alma humana en suficiente armonía para servir de testimonio, se vuelven hacia la Naturaleza y la especulación lograda de un orden externo.

De este modo, muchos excelentes espíritus han hecho uso de los recursos de la lógica, en la modernidad, colocando toda ciencia externa al servicio del firme propósito de probar la existencia de la Divinidad; y a pesar de todos estos testimonios, el ateísmo nunca estuvo tan de moda.

Debe ser con certeza, para la gloria de nuestra especie, y para demostrar la gran sabiduría de la Providencia, que todas las evidencias sacadas de este mundo sean tan imperfectas. Dado que, si este mundo pudiese, verdaderamente, demostrar la Divinidad, Dios estaría satisfecho con este testimonio y no habría tenido ninguna necesidad de crear al Hombre. De hecho, el Hombre fue creado sólo porque el Universo, como un todo, a pesar de toda la grandiosidad que se presenta ante nuestros ojos, nunca puede manifestar por sí mismo los tesoros de la Divinidad.

Un resultado bien diferente es alcanzado por aquellos grandes escritores que, sustentando la existencia de Dios, toman al propio Hombre como prueba y base de sus demostraciones: El Hombre, no como es, sino como debería ser. Sus evidencias adquieren fuerza y plenitud y satisfacen todas nuestras facultades a la vez. La evidencia extraída del Hombre tiene un efecto suave y parece hablar el lenguaje de nuestra propia naturaleza.

Las evidencias extraídas del mundo exterior son frías, áridas y como un lenguaje aparte, que requiere un minucioso estudio, y además de eso, cuanto más decisiva y resuelta este tipo de evidencia sea, más humilla a nuestros adversarios, haciendo que nos odien.

Las evidencias extraídas de la naturaleza del Hombre, por el contrario, incluso cuando obtienen una completa victoria sobre el incrédulo, no le causa humillación, pues le hace sentir y participar de toda la dignidad que pertenece a su cualidad como Hombre.

Y aquél que no se convence por esta sublime evidencia podrá, a lo máximo, mofarse de ella algunas veces; pero en algún momento, muy probablemente lamentará no ser capaz de alcanzar tan elevada región, y seguramente nunca ofenderá lo que le esté siendo ofrecido; esto es suficiente para demostrar cuán cuidadosos debemos ser al sondear las profundidades de la existencia del Hombre y para conformar la sublimidad de su esencia, por medio de la cual debemos demostrar la Esencia Divina, pues precisamente no hay nada más en el mundo que pueda hacerlo.

Repito que, para alcanzar este fin, todo argumento extraído de este mundo y de esta naturaleza es insatisfactorio e inestable. Consideramos cosas del mundo para llegar a un Ser fijo, en quién todo es verdad; prestamos al mundo verdades abstractas y figurativas para probar un Ser que es totalmente real y positivo; extraemos algo de la inteligencia para probar un Ser que es la propia Inteligencia; extraemos sujetos de amor para demostrar a Aquél que es solamente Amor; cosas circunscritas en límites para volver conocido a Aquél que es Libre; y cosas que mueren para explicar a Aquél que es Vida.

¿No es para temer que, al someternos en un intento como éste, podamos absorber las mismas deficiencias inherentes en los medios que nosotros utilizamos, en vez de demostrar a nuestros oponentes los tesoros de Aquél que deseamos reverenciar?

Dos mundos, exterior e interior

De lo que fue dicho anteriormente veremos surgir una luz que puede, a primera vista, parecer extraña, pero no será menos real; si el hombre que, en el tiempo, no es de este mundo, es un medio de demostración cierto y directo de la Esencia Divina; si las extraídas del orden externo de este mundo son deficientes e incompletas; y si las hipótesis y verdades abstractas que atri-

buimos son extraídas del orden metafísico y no tienen existencia en la naturaleza; entonces es obvio que solo podemos comprender las cosas del mundo en que estamos por la luz del mundo en que no estamos; que es mucho más fácil atenerse a la luz y a la certeza que brillan desde el mundo en que no nos encontramos que acostumbrarnos a las sombras y las tinieblas que envuelven al mundo en que estamos; resumiendo, ya que esto debe ser dicho, estamos mucho más cerca de lo que llamamos *otro mundo* que de este.

No será muy difícil admitir que, llamar de *otro mundo* al mundo en que [aparentemente] no nos encontramos es un abuso, y que este es el *otro mundo* para nosotros.

Pues si dos cosas pueden ser diferentes una de la otra, hay, sin embargo, una propiedad entre ellas, tanto real como convencionalmente, lo que hace a la segunda ser considerada de la otra en relación a la primera y no a la primera de la otra en relación a la segunda; pues aquella que es la primera es el número uno, no pudiendo presentar diferencia, una vez que no tiene punto de comparación anterior a ella misma, mientras que la segunda encuentra aquel punto de comparación antes de sí.

Ocurre el mismo caso con los dos mundos en cuestión; dejo para el lector la oportunidad de comparar las luces y certezas que encontramos en el orden metafísico, o en lo que llamamos *otro mundo*, con las obscuridades, valoraciones y dudas que encontramos en aquel en que habitamos; y dejo también al lector que juzgue si el mundo en que no estamos tiene o no algún derecho de propiedad sobre aquel en que nos encontramos, debido al perfeccionamiento y ciencia que aquel nos proporciona, y la antigua superioridad que parece tener en relación a este mundo efímero en el que estamos aprisionados.

Nadie, excepto los esclavos de la ignorancia y del juicio precipitado podría pensar en considerar la mente [el pensamiento] como descendiente de la materia, y consecuentemente, lo llamado *otro mundo* descender de éste; al contrario, éste es el que parece derivar y seguir al primero.

De modo que, si el mundo en que no nos encontramos, aquel llamado *de otro mundo*, tiene prioridades sobre éste, en todos los aspectos, este mundo en el que vivimos es, verdaderamente, el otro mundo, una vez que posee un término de comparación anterior a sí, del cual es la diferencia; y lo que llamamos *de otro mundo*, siendo el número uno, o el primero, lleva consigo todas sus relaciones y puede ser exclusivamente un modelo, y no otro mundo.

Esto evidencia también cuánto el Hombre Espíritu debe estar fuera de su línea de descendencia, aprisionado en estos elementos materiales, y que estos elementos o este mundo están muy lejos de ser suficientes para demostrar a la Divinidad; además de eso, en el sentido exacto de la palabra, nosotros nunca salimos del *otro mundo*, o del Mundo Espíritu,

como afirman algunas personas en esta existencia. No podemos dudar de esta verdad, una vez que, para dar valor a las pruebas que extrajimos de la materia, o de este mundo, estamos obligados a prestarle las cualidades de la mente, o el *otro mundo*. La justificación es que todas las cosas dependen del Espíritu, todas las cosas se corresponden con el Espíritu, como veremos enseguida.

Así, la única diferencia entre los hombres, es que algunos están en el otro mundo de forma consciente y otros de forma inconsciente. Sobre este tópico hay la siguiente progresión:

Dios está en el *otro mundo* conscientemente, y Él no puede sino afirmarlo y conocerlo, pues siendo el propio Espíritu Universal, es imposible que para Él pueda haber cualquier separación entre aquel otro mundo y Él mismo.

Los espíritus puros sienten bien que están en otro mundo, lo sienten perpetuamente, sin interrupción, pues viven únicamente por la vida de aquel mundo; por otra parte, sienten que sólo son los habitantes de esta otra vida, y que otra es la propietaria de ellos.

El hombre, aunque en el mundo terrestre, está aún en el *otro mundo*, en el cual es todas las cosas; pero, a veces siente sus dulces influencias y a veces no; frecuentemente recibe y sigue solamente el impulso de este confuso mundo de tinieblas, que es como una coagulación en medio de aquel otro mundo, y desde este punto de vista una llaga, un tumor, una úlcera. Es por eso que tan pocos hombres garantizan el otro mundo.

Finalmente, los espíritus perdidos, cuya existencia el hombre reflexivo puede demostrarse a sí mismo, sin ninguna duda, por las simples luces de su comprensión, sin la ayuda de la tradición, solo por una rápida investigación de aquellas fuentes del bien y del mal que se combaten dentro de él y perturban su inteligencia; afirmo que estos espíritus perdidos también están en aquel *otro mundo* y lo acreditan.

Entretanto, ellos no sólo no sienten sus dulces influencias, sino que tampoco gozan del reposo y de la paz que incluso este mundo aparente proporciona al hombre; sólo conocen el otro mundo por el sufrimiento sin fin que la sarcástica fuente abierta por ellos causa en ellos mismos. Si el hombre, en medio de la negligencia, puede en algún momento disfrutar de un momento de distensión, será sólo temporal y tendrá siempre que restituir, cien veces más, sus posesiones adquiridas deshonestamente.

¿Qué idea, entonces, deberíamos formarnos de esta naturaleza, o de este universo, que nos vuelve tan ciegos para aquel *otro mundo*, aquel mundo espiritual, sea bueno o malo, del que nunca estamos fuera? La respuesta es breve.

Sin el mundo espiritual malo, la naturaleza sería una eterna regularidad y perfección; sin el mundo espiritual bueno, la naturaleza sería una eternidad de abominaciones y desorden. Es el Supremo o la Sabiduría que, amenizando la falsa eternidad, introdujo allí un rayo de la verdadera eternidad. La mezcla de estas dos eternidades compone el tiempo, que no es ni una ni la otra, aunque ofrezca sucesivamente una imagen de ambas, en el bien y en el mal, en el día y en la noche, en la vida y en la muerte, etc.

El Amor Supremo podría emplear en esta obra poderes que descienden únicamente de la verdadera eternidad y así, por un lado, todo en el tiempo está medido, y por otro el tiempo propiamente dicho, tanto general como particular, se agota necesariamente.

Pero, como la verdadera eternidad, como fue dicho, tiene que salir de sí misma para contar la falsa, y la falsa eternidad, al contrario, fue forzada a retraerse, ésta es la razón por la cual consideramos tan difícil distinguir, en el tiempo, estas dos eternidades; he aquí porque es tan difícil probar a Dios por la naturaleza, donde todo está fragmentado y mezclado y donde las dos eternidades se presentan solamente bajo un velo externo de materia corruptible.

El Hombre se agarra al mundo exterior

En el estado de apatía en que el hombre se encuentra sumergido, a través de sus ilusiones diarias, y estudiando solamente el orden externo de la naturaleza, él no ve ni la fuente de su orden aparente ni la de su desorden; el hombre se identifica con este Universo externo; no puede dejar de considerar tal Universo como un mundo exclusivo y de existencia propia. Y en este estado de cosas, la idea que tiene mayor dificultad de acceso al hombre es aquella de la degeneración de nuestra especie y de la caída de la propia naturaleza. El hombre perdió los derechos que debería tener sobre la naturaleza al dejar de usarlos y acabó confundiendo esta naturaleza oscura y ciega con él mismo y con su propia esencia.

Si el hombre pudiese, por un momento, tener una visión más correcta y más benéfica del orden externo, una simple observación sería suficiente para mostrarle, de una vez, la real degradación de su especie, la dignidad de su ser y su superioridad sobre este orden externo.

¿Cómo puede el hombre negar la degeneración de su especie, mientras ve que no puede vivir, pensar, actuar, existir, sino combatiendo una resistencia? Nuestra sangre tiene que defenderse de la resistencia de los elementos; nuestra mente, de las dudas y de la oscuridad de la ignorancia; nuestro corazón de las falsas inclinaciones; nuestro cuerpo, como un todo, de la inercia; nuestro estado social del desorden, etc.

Una resistencia es un obstáculo; un obstáculo, en el orden del espíritu, es una antipatía y una enemistad; una enemistad en acción es un hostil poder combatiente; este poder, extendiendo sus

fuerzas continuamente a nuestro alrededor, nos coloca en una situación violenta y dolorosa en la que no debemos estar y sin la cual tal poder nos sería desconocido, como si no existiese, una vez que interiormente sentiríamos que fuimos hechos para la paz y tranquilidad.

¡No! El Hombre no está en su armonía adecuada; él evidentemente sufrió un cambio a peor, no digo esto por encontrarlo en los libros, y ni por ser una idea generalmente admitida por las personas. Hablo porque durante su pasajera existencia en la tierra parece estar en medio de sus semejantes igual que un león voraz entre las ovejas, o como una oveja entre voraces leones; esto porque entre este vasto número de hombres difícilmente hay uno que despierte para alguna cosa que no sea víctima o ejecutor de su hermano.

El Hombre tiene una posición más elevada que la Naturaleza

A pesar de todo, el Hombre es un ser grandioso; si no lo fuese, ¿cómo podría haber degenerado? Pero, independientemente de esta prueba de la anterior dignidad de nuestro ser, la reflexión siguiente nos debe convencer de nuestra superioridad en relación a la Naturaleza, hasta ahora mismo.

La Naturaleza Astral ejecuta las leyes de la creación y sólo llegó a existir por la virtud de estas leyes.

El reino animal tiene el uso de estas leyes de la creación, una vez que los animales tienen que alimentarse, mantenerse y reproducirse; ellos contienen todos los principios necesarios para esto. Pero el Hombre Espíritu tiene, de una sola vez, el efecto, el uso y la libre dirección o manipulación de estas leyes. Proveeré sólo un ejemplo bastante familiar sobre esto, pero a través de su significado la mente puede elevarse.

El ejemplo es: Primero, un campo de maíz que contiene en sí el efecto de estas leyes de la Naturaleza; Segundo, un animal carnívoro, haciendo uso de este maíz, pudiendo comerlo; Tercero, un panadero que tiene el control y la manipulación del maíz, pudiendo hacer pan con él; Esto nos muestra, aunque de forma bastante material, que los poderes de la Naturaleza son poseídos de forma repartida por las criaturas que la constituyen; pero que solamente el Hombre Espíritu en sí mismo puede abarcar todas ellas.

En cuanto a aquellos derechos materiales que el hombre posee, que acabamos de mencionar, en las manipulaciones del panadero, si elevamos nuestro pensamiento a la verdadera región del Hombre, encontraremos, sin duda alguna, estos derechos probados de forma más virtual y a gran escala, a través de la investigación de las maravillosas propiedades que constituyen el Hombre Espíritu, y explorando la alta orden de manipulaciones a que llevan estas propiedades.

Si el hombre tiene el poder de ser el artífice y el artesano de las producciones terrestres, ¿por qué no podría ser lo mismo en un orden superior? Él debe ser capaz de comparar todas las producciones divinas con sus Fuentes, ya que tiene el poder de comparar los efectos de la naturaleza con las causas que la forman y guían, solo el hombre tiene este privilegio.

Solamente la experiencia puede dar una idea de este sublime derecho o privilegio; incluso así esta idea siempre parecerá nueva, incluso para el acostumbrado a ella. ¡Dios Mío! ¡El Hombre conoce sus derechos espirituales, pero no disfruta de ellos! ¿Qué necesidad hay de alguna otra prueba de su privación, más allá de su degeneración?

El Hombre puede recuperar sus posiciones

¡Oh Hombre! Abre, entonces, tus ojos por un instante; pues con tu juicio apresado no sólo nunca recuperarás tus derechos, sino que también corres el riesgo de aniquilarlos. Es preciso aprender una lección del orden físico: los animales tienen alma colectiva; y queda claro que, aunque no sean máquinas, ellos no poseen espíritu. Por esta razón, los animales no tienen ninguna alianza para ser establecida entre ellos y su principio, como nosotros tenemos; pero, observando la regularidad de su ritmo no se puede negar, para vergüenza del hombre, que de una forma general debemos reconocer que estas criaturas no dotadas de libertad manifiestan una alianza más completa y constante con su principio de la que podemos formar en nosotros mismos. Podemos incluso ir más lejos diciendo que todas las criaturas, excepto el hombre, se manifiestan como almas colectivas, de las cuales Dios es la mente o el espíritu.

De hecho, el mundo o el hombre podría ser sólo espíritu, pero él piensa que puede actuar sin su verdadera alma, su sagrada y divina alma, pero en verdad no puede más que resaltar su alma animal y su vanidad. En Dios hay también un alma y un espíritu sagrado, ya que somos su imagen; pero aquí son uno, así como todos los poderes y facultades del Ser Supremo.

Por un lado, tenemos el privilegio de formar, al igual que Aquél que es el Todo-Sabio, una indisoluble y eterna alianza entre nuestros espíritus y nuestras almas, uniéndolos en el principio que los forman; solamente a partir de esta condición indispensable es que podemos tener la esperanza de ser nuevamente la imagen de Dios; al no emplearnos en eso, tenemos la confirmación del doloroso hecho de nuestra degeneración y, al mismo tiempo, de nuestra superioridad en relación al orden externo.

Sentimiento de inmortalidad

Por el esfuerzo de volvernos nuevamente la imagen de Dios, obtenemos la inestimable ventaja de no sólo poner fin a nuestra privación y degeneración, sino de avanzar en relación a lo que los hombres, ávidos de gloria, llaman inmortalidad, y realmente disfrutar de ella;

pues, el vago deseo que los hombres del torrente poseen de vivir en los espíritus de otros, es el más débil y falso de todos los argumentos usados a favor de la dignidad del alma humana.

De hecho, aunque el Hombre sea espíritu, y en todas sus acciones, regulares o no, tenga siempre algún motivo espiritual; y aunque él sólo pueda actuar por y para el espíritu, en lo que quiera que emane de él, este deseo de inmortalidad no pasa de un impulso de su amor propio, un sentimiento de la actual superioridad sobre los otros y una anticipación de admiración de los hombres prometida a sí mismo, y que lo anima; cuando el hombre no ve una manera de efectuar este cuadro, su ardor se enfría, y las obras que dependen de este ardor son consecuentemente afectadas.

Podemos afirmar que esta inclinación procede más de un deseo de inmortalidad que de una real convicción sobre ella; la prueba es que aquellos que se deleitan de la inmortalidad son aquellos que, para realizarla, no teniendo nada que ofrecer sino obras temporales, muestran que la región a la que se orientan está dentro del límite del tiempo: pues el árbol es conocido a través de su fruto.

Si los hombres estuviesen realmente convencidos de esta inmortalidad, darían prueba de esta convicción tratando de trabajar en Dios y para el verdadero Dios, olvidándose de ellos mismos; entonces, sus esperanzas de una vida inmortal no estarían desatinadas, porque plantarían su simiente en un campo donde tendrían la certeza de volverla a encontrar algún día; mientras que, trabajando solamente en el tiempo y plantando solamente en la mente de los hombres, para ser rápidamente olvidados por algunos, y nunca oídos por otros, es la manera más inadecuada y desventajosa de trabajar en la edificación de la inmortalidad.

Si reflexionásemos un poco, encontraríamos muy a menudo pruebas decisivas de nuestra inmortalidad. Considerando solamente la privación habitual y constante en la que el hombre deja su espíritu - y su espíritu no está destruido. Se excita, se engaña, se brinda al error, se vuelve ruin y débil -, hace el mal cuando podría hacer el bien; a pesar de todo, en el exacto sentido de la palabra, no muere.

Si tratásemos de nuestros cuerpos con la misma negligencia y descuido, si los dejásemos, de la misma forma, en ayuno, hambrientos, ellos no harían ni el bien, ni el mal, simplemente morirían.

Otra indicación de nuestra inmortalidad puede ser verificada en el hecho de que, en todos los aspectos, el hombre aquí abajo camina durante todo el día al lado de su tumba, y sólo puede ser por alguna especie de sentimiento de inmortalidad que intenta mostrarse a sí mismo que es superior a este peligro.

Esto vale para los soldados, que pueden morir en cualquier momento. Vale para el hombre corporal, que puede ser sacado de este mundo en cualquier instante; la única diferencia es que el soldado no es, necesariamente, víctima del peligro que lo amenaza, mientras que los hombres naturales deberán caer, todos, sin posibilidad de excepción.

Sin embargo, en ambos observamos la misma tranquilidad, por no decir desatención, que hace al guerrero y al hombre de la naturaleza vivir como si no existiese ningún peligro para ellos; tal descuido es la propia indicación de que están tomados por la idea de inmortalidad, ya que ambos caminan por los márgenes de sus tumbas.

En lo que dije respecto a las cuestiones espirituales, el peligro del hombre es aún mayor, y su descuido aún más extraordinario; el Hombre Espíritu anda constantemente al lado de su tumba, siendo casi siempre engullido por la fuente inmortal donde todo yace, más allá de todo; nos podríamos preguntar: ¿hay muchos de entre nosotros que no caminen dentro de sus tumbas? Y el hombre está tan ciego que ni se esfuerza por salir, ni se interesa en saber si algún día saldrá.

Cuando es lo bastante afortunado para percibir, aunque sea por un único instante, que está caminando en esta tumba, tiene entonces una irresistible prueba espiritual de su inmortalidad, una vez que tiene la prueba de su terrible mortalidad, y lo mismo que llamamos, figurativa-mente, muerte. Ahora bien, ¿cómo puede sentir horror de esta mortalidad espiritual, si no tiene, al mismo tiempo, un fuerte sentimiento de su inmortalidad?

Es solamente en este contraste que el hombre descubre que es castigado, y esto porque el dolor físico es sentido por la oposición entre dolor y salud. Pero este tipo de prueba sólo puede ser adquirida por la experiencia, es uno de los primeros frutos de la regeneración; pues si no sentimos nuestra muerte espiritual, ¿cómo podemos pensar en rogar por la vida?

El padre de las mentiras

Aquí, una vez más, también aprendemos que debe existir otro ser aún más infeliz, el príncipe de la falsedad, una vez que, sin él, no podríamos haber tenido la idea de él; vemos que todas las cosas sólo pueden revelarse por sí mismas, como ya mostramos en “*El Espíritu de las Cosas*”.

Este ser no sólo anda continuamente en su tumba, sino que nunca percibe esta condición y no la podría percibir sin la ayuda de un rayo de luz; cuando nos aproximamos a esa tumba, percibimos que él está en continua disolución y corrupción, esto es, está en la perpetua prueba y sentimiento de su muerte; nunca concibe la menor esperanza de ser liberado de ella y así su gran tormento es el sentimiento de su inmortalidad.

La primitiva dignidad del Hombre, su degradación y su alta ocupación, mostradas en las publicaciones previas del escritor

Mis otros escritos establecen suficientemente la dignidad de nuestro ser, a pesar de nuestra miserable condición en esta región de tinieblas. Muestran muy bien cómo distinguir al ilustre prisionero hombre, de la naturaleza, que aunque sea su preservadora, es también su prisión.

Indican, claramente, la diferencia entre los poderes, mutuamente ejercidos uno en el otro por el orden físico y moral, siendo que la primera tiene sobre la segunda solamente un poder pasivo, obstruyéndola, o dejándola por cuenta propia; mientras que la moral tiene un poder activo en relación al orden físico, la de crear en éste, a pesar de nuestra degradación, diversos dones y talentos, los cuales nunca tendría a partir de su propia naturaleza.

Aunque nunca alimenté la ilusión de haber convencido a muchos de mis semejantes, debido a nuestro lamentable estado de degeneración, una vez que tomé a mi cargo el defender la naturaleza humana, he tratado de convencerlos constantemente en mis escritos; afirmo que mi tarea está cumplida en este sentido, aunque este pueda no ser el caso de aquellos que me leyeron.

Aquellos escritos muestran bien, como el Todo-Sabio, de quién el Hombre desciende, multiplicó los medios por los cuales éste podrá resurgir a su estado primitivo; y después de colocar estos fundamentos en la esencia del ser para permanecer intocables y ser, en cualquier momento, verificados por medio de la observación, revelan al hombre el universo terrestre y celeste entero, todos los tipos de ciencia, las lenguas y mitología de todas las naciones, así como tantos sedimentos que podrán ser observados, como le plazca, en los cuales encontrará auténticas evidencias de todas estas verdades fundamentales.

Las obras recomiendan, en particular, una precaución indispensable, de otro modo universalmente olvidada, de que todos los libros tradicionales, cualquiera de ellos, sea considerado como accesorio, posterior a aquellas importantes verdades que reposan en la naturaleza de las cosas y en la naturaleza que constituye el Hombre.

Recomiendan, esencialmente, que los hombres, luego del inicio, se aseguren firmemente de estas fundamentales e invencibles verdades, no omitiendo, más tarde, haber extraído de los libros y tradiciones todo lo que les dé soporte; no permitiendo tornarse tan ciegos a punto de confundir afirmaciones con hechos; es preciso saber que existen primeramente los hechos, después es que ocurren las afirmaciones de los testigos; pues cuando no hay hechos concretos, los testimonios no pueden tener la pretensión de adquirir nuestra confianza, y no sirven para nada.

No tengo que demostrar ahora la terrible trasmigración del hombre; como dije anteriormente, un único lamento del alma humana es más decisivo, a estas alturas, que todas las doctrinas derivadas de las cosas externas, y que todo tartamudeo y clamor de la filoSOPHIA de las apariencias.

Los sacerdotes hindúes pueden ahogar el llanto de la viuda a quien queman en sus piras funerarias; sus canciones fanáticas y el ruido tumultuoso de sus instrumentos no le ofrecen siquiera una oración para las más terribles torturas; su impotencia y sus gritos atroces no le harán olvidar sus dolores.

¡No! Solamente aquellos que se vuelven materia afirman que son como deberían ser. Después de este primer error, el siguiente aparece como una consecuencia necesaria; pues la materia, de hecho, no conoce la degeneración; en cualquier condición que pueda estar, no tiene otra característica sino la inercia; esto es lo que la materia debe ser; ella no produce comparaciones: no hay orden ni desorden en sí.

Lo mismo ocurre al hombre que se vuelve materia, él no percibe los combatientes y repulsivos contrastes de su actual existencia.

La naturaleza no es materia

La naturaleza es algo más que materia; es la vida de la materia; ella posee un instinto y una sensibilidad diferente de la materia, ella percibe su deterioro, se doblega bajo su esclavitud.

Así, si el hombre perdido intentase, al menos, volverse naturaleza, no tendría dudas sobre su degeneración; pero se vuelve materia: y la única antorcha que deja para guiarlo es la insensibilidad ciega y la ignorancia obscura de la materia.

Una edad de oro

A pesar de todo, la razón por la cual aquellas entusiasmadas descripciones sobre una edad de oro, que encontramos en la poesía y en la mitología, aún suenen como leyenda, es que parecen representar alegrías que habían sido formalmente nuestras, que no es el caso; ellas representan solamente nuestro derecho a tales alegrías, que incluso ahora podríamos recordar si pudiésemos sacar provecho de las fuentes inherentes a nuestra esencia. Yo mismo, cuando tan frecuentemente hablo sobre el crimen del hombre, quiero decir el hombre como un todo o el hombre genérico, de quién el género humano descendió.

El pecado original

Como fue demostrado en mi libro *El Cuadro Natural*, lamentamos nuestra triste situación aquí abajo, pero no tenemos remordimientos en cuanto al Pecado Original, porque no somos culpables; estamos bajo privación, pero no castigados como son los culpables. Del mismo modo que hijos de un aristócrata criminal, algunos notables de la tierra, nacidos después del crimen de su padre, pueden ser privados de sus riquezas y privilegios temporales, pero no son castigados personalmente, como él lo fue, pudiendo hasta incluso esperar que, a través de una buena conducta, algún día recuperen el favoritismo y sean instalados en la gloria de su padre.

He mostrado en mis obras que el alma humana es más sensible que la naturaleza que, de hecho, es sólo sensitiva. He aquí el motivo por el cual afirmé que el alma humana, cuando está restablecida en su dignidad sublime, es el verdadero testimonio del Agente Supremo, y aquellos que sólo pueden probar a Dios por el Universo se basan en una evidencia precaria, pues el Universo está bajo esclavitud, y los esclavos no son admitidos como testigos.

Matrimonio

Ya dejé bien claro que el pensamiento del hombre vive y se alimenta solamente por la admiración, y su corazón solamente por el amor y por la adoración. Ahora bien, añado que estos privilegios sagrados, estando divididos en la humanidad, entre el hombre, más inclinado a admirar, y la mujer, más dispuesta a amar y adorar, tanto el hombre como la mujer son, por tanto, perfectos en su santa relación, que suministra a la inteligencia del hombre el amor del que es deficiente, y corona el amor de la mujer con los rayos luminosos de la inteligencia que ella desea; ambos son, de esta forma, traídos de vuelta para la inefable ley de la Unidad.

Dígase de pasada que esto explica por qué el matrimonio, en todos los lugares, excepto entre los depravados, posee un carácter respetable; y por qué este vínculo, a pesar de nuestra degeneración, es la base de todas las asociaciones políticas, de todas las leyes morales, tema de tantos grandes y pequeños eventos en el mundo, y tema de casi todas las obras de literatura, epopeya, drama o romance; finalmente, es el motivo por el cual el respeto en que este vínculo se apoya, e igualmente con los ataques que sufre, se vuelva en todos los aspectos civil y religioso, fuente de armonía o discordia, una bendición o una maldición; el matrimonio del hombre parece unir el cielo, la tierra y el infierno; pues, tales resultados extremos serían, de hecho, sorprendentes, si esta unión conyugal no tuviese desde el inicio y debido a su importancia el poder de determinar la felicidad o la miseria de todos los implicados y de todo lo que se relaciona con el hombre. El pecado tornó al matrimonio sujeto a consecuencias muy tristes, que consisten en el hecho de que, habiendo fracasado todo espiritualmente, tanto para el hombre como para la mujer, sus espíritus están obligados a dejarlos, para el

caso de que alcancen mutuamente aquella santa unión a la que su alianza los aclama. No hay nada que ellos no deban uno al otro, en esta relación, en materia de estímulo y de ejemplo, pues a través de este instrumento la mujer puede retornar para dentro del hombre de donde vino y el hombre puede favorecer a la mujer con la fuerza de la que ella está separada, y recuperar por sí mismo esta porción de amor que permitió que lo dejase. ¡Oh! ¡Si la humanidad supiese lo que el matrimonio realmente significa, cómo podría desearlo intensamente y temerlo al mismo tiempo! De hecho, si el matrimonio al menos orase, reconquistaría el puesto del Jardín del Edén; si ellos no oran, no veo cómo podrán sustentarse, dado el tamaño de nuestra corrupción e infección, tanto física como moral. Peor aún si después de todo añadieran a su propia enfermedad física y moral la atmósfera corrosiva del mundo frívolo, el cual retiene todas las cosas en el exterior, por no poder vivir en sí o por sí.

Como ya había demostrado anteriormente, sólo nosotros es que disfrutamos del privilegio del amor y de la admiración de la tierra, y es en esto que el matrimonio se debe sustentar; esta reflexión es lo suficiente para demostrar tanto nuestra superioridad sobre todas las cosas de la naturaleza como la necesidad de una permanente fuente de admiración y adoración, por la que nuestra necesidad de amar y admirar pueda ser manifestada; esto también demuestra nuestras relaciones y la fundamental analogía con esta fuente, a través de la que podemos discernir y sentir lo que hay en el matrimonio, que atrae nuestra admiración y homenaje.

El hombre es el libro de Dios

Ya expresé mi opinión en relación a los libros, al decir que, el hombre es el único libro escrito por la propia mano de Dios, y que todos los otros libros que llegan hasta nosotros están determinados o autorizados por Él; cualesquiera otros libros no pueden ser sino desarrollos o comentarios de este texto primitivo, de este libro original; y así nuestra principal tarea, y una de nuestras necesidades fundamentales, es leernos en el Hombre, que es el libro escrito por la propia mano de Dios.

Las tradiciones o escritos sagrados

Sobre las tradiciones, tengo dicho que todas las cosas deben efectuar su propia revelación; de esta forma, en vez de probar la religión sólo por las tradiciones, escritas o no, que es la tendencia natural de todos los maestros, tenemos el derecho de extraer directamente de las profundidades que hay dentro de nosotros evidencias de que, por más maravillosas que sean tales tradiciones, no dejan de ser, necesariamente, posteriores al Pensamiento; es preciso comenzar a través del Hombre Espíritu y del pensamiento, antes de pasar a los sucesos, especialmente a aquellos puramente tradicionales; sólo así, podemos hacer germinar o manifestar, tanto el bálsamo que cura, del que todos nosotros sentimos tanta necesidad,

como la religión propiamente dicha, que no debe ser nada más allá de un método o preparación de este poderoso medicamento, y nunca un substituto para él, como ha sido, tan frecuentemente, al pasar por las manos de los hombres.

Esta es la única manera segura de obtener una evidencia natural, efectiva y realmente positiva, y es solamente en esta evidencia que nuestra comprensión puede confiar.

De este modo, puedo ser perdonado por retornar a estos principios fundamentales; tanto más que, si observamos de forma atenta la mente de los hombres, necesitamos admitir que debemos de preocuparnos menos con aquellos que se encuentran endurecidos y más con el rescate de algunas de sus oraciones; especialmente si reflexionamos sobre cuán pequeño es el mundo de aquellos que están endurecidos en comparación con aquellos que aún son capaces de recuperar sus visiones; pues es sorprendente que aquellos que hablan contra la Verdad equivalen a casi nadie, si comparamos con aquellos que la defienden, aunque esto sea difícil; son menos aún, cuando los comparamos con aquellos que creen en la Verdad, aunque no la conozcan mucho, que es el caso de la mayoría.

Jakob Böhme

Más allá de todo, un autor alemán, de quién traduje los dos primeros libros, "*La Aurora Naciente*" y "*Los Tres Principios de la Esencia Divina*", suplirá todas mis deficiencias. Jakob Böhme, que vivió hace dos siglos, y que fue considerado al frente de su tiempo el príncipe de los filósofos divinos, dejó numerosos escritos que consisten en cerca de treinta tratados diferentes, la mayoría teniendo su extraordinario y sorprendente origen en nuestra naturaleza primitiva que es la fuente del mal, la esencia y ley del Universo, el origen de la opresión, lo que él llama *de los siete mecanismos o poderes de la Naturaleza*; es el origen del agua (confirmada por la química, que dice ser una masa caliente), origen del crimen de los ángeles de las tinieblas, el origen del hombre, del método adoptado por el Amor Eterno para la restitución de la humanidad en sus derechos; etc..

Afirmo que presto un servicio al lector al aconsejarle que se familiarice con este autor, recomendándole, sobre todo, a armarse de paciencia y coraje, a fin de que no sea rechazado por la forma poco común de sus obras, por la naturaleza extremadamente abstracta de los asuntos tratados y por la dificultad que el autor (como él mismo confiesa), tuvo en expresar sus ideas, por el hecho de que la mayoría de los asuntos en cuestión no tienen denominaciones análogas en nuestras lenguas comunes.

El lector descubrirá en estas obras que la naturaleza física elemental es solamente un residuo, una corrupción (alteración) de una naturaleza anterior, llamada por el autor la Naturaleza Eterna; esta actual Naturaleza está constituida formalmente, en toda su circuns-

cripción, por el trono y dominio de uno de los príncipes angélicos llamado Lucifer; este príncipe, deseando reinar solamente por el poder del fuego y de la ira, colocó el reino de la Luz y del Amor divino de lado, en vez de ser exclusivamente guiado por éste, inflamando así toda la circunscripción de su imperio; el lector descubrirá que la Sabiduría Divina opuso a esta conflagración un poder ameno y refrescante, que contiene aquel otro poder sin extinguirlo, haciendo la mezcla del bien y del mal que es ahora visible en la Naturaleza; el Hombre, formado al mismo tiempo del principio del Fuego, del principio de la Luz y del principio Quintaesencia de la Naturaleza elemental física, fue colocado en este mundo para contener al rey culpado y destronado; este Hombre, a pesar de contener en sí el principio Quintaesencia de la Naturaleza elemental, deberá mantenerla como era, absorbida en el elemento puro que entonces constituyó su forma corporal; pero por dejarse atraer más por el principio temporal de la Naturaleza que por los otros dos principios, el hombre fue dominado por él, a punto de caer adormecido, así como lo expresó Moisés; tan pronto se encontró subyugado por la región material de este mundo dejó su elemento puro para ser tragado y absorbido en la forma densa que nos envuelve actualmente; de este modo, él se vuelve sujeto y víctima de su enemigo; el Amor Divino, que se contempla eternamente en el Espejo de la Sabiduría, lo que Böhme llama SOPHIA, concibió en este espejo, donde todas las formas están contenidas, el modelo y la forma espiritual del hombre; Dios se revistió con esta forma espiritual y posteriormente hasta incluso con la forma elemental, pues así podría presentar al hombre la imagen de aquello en lo que él se había vuelto, y el modelo de aquello que debería haber sido; el actual objetivo del hombre en la tierra es recuperar, física y moralmente, la semejanza con su primer modelo; el mayor obstáculo con el que se encuentra aquí es el poder elemental astral que engendra y constituye el mundo, elemento del que el Hombre no fue hecho; la actual procreación del hombre es un testimonio verbal de esta verdad por los dolores que la mujer embarazada experimenta en todos sus miembros, una vez que su fruto está formado en ellos y atrae aquellas densas substancias astrales; las dos tinturas, ígnea y acuosa, que deben estar unidas en el Hombre, identificandolos con la Sabiduría o SOPHIA (pero actualmente estando divididas), se buscan una a la otra ardientemente, esperando encontrarse una en la otra, aquella SOPHIA que tanto necesitan; pero sólo dan el encuentro con lo astral, que las oprimen y estorban; somos libres para restituir a través de nuestros esfuerzos nuestro ser espiritual en aquella primera imagen divina, así como hemos permitido que tome las imágenes inferiores desordenadamente; estas diversas imágenes constituirán nuestro modelo de ser, nuestra gloria o nuestra vergüenza, en un estado futuro.

Todo esto, y mucho más se encuentra en las obras de Jakob Böhme.

Advertencia al lector

Lector, si resuelves con valentía dejarte atraer por los orígenes de las obras de este autor, decidido a aprender por el orden humano, como aquellos que están alienados, ciertamente no necesitarás de mí. Pero si, a pesar de todo, no penetras en todas las profundidades que éstas presentan a tu mente, significa que no estás firmemente establecido en aquellos puntos principales que acabo de repasar ante tus ojos; si aún dudas de la naturaleza sublime de tu ser, a pesar de las pruebas decisivas que podrás, con la más simple observación, encontrar en ti; si, de la misma forma, no estuvieras convencido de tu degeneración, escrita en letras de hierro en las inquietudes de tu corazón, o en el tenebroso delirio de tus pensamientos, si no sientes que tu absoluta y exclusiva obra es concentrar todo tu tiempo en el restablecimiento de tu ser y gozar activo de aquellos antiguos dominios de la Verdad, que deben ser tuyos por derecho de herencia, no vayas más lejos. El objetivo de mis escritos no es establecer estos fundamentos; ellos ya fueron sólidamente demostrados.

Supongo que todos estos fundamentos ya están admitidos, sin precisar probarlos. En otras palabras, este no es un libro elemental: Ya cumplí mi deber con relación a esto. Esta obra presupone todas las nociones que ya suministré, y sirve solamente para sustentarlas, o al menos, no contrariarlas de forma alguna.

Debo dedicarme esencialmente a la contemplación de los sublimes derechos otorgados originalmente a nosotros por el Dios Supremo y lamentar, con mis semejantes, la deplorable condición que ellos ahora padecen, en comparación con aquella a la que están destinados por naturaleza. Al mismo tiempo, mostraré los consuelos que aún están a su alcance por encima de todo, la esperanza que aún deben mantener de volverse los siervos del Señor, como pretendían originalmente; y esta parte de mi obra no será la que me atraiga menos, grande es mi deseo de que, en medio de los males que están engullendo a los hombres, éstos en vez de perder el coraje y entregarse al desespero busquen firmemente no sólo resistirlos sino subyugarlos, volviéndose próximos a la Vida, para que la Muerte se avergüence de haber pensado en hacer de estos hombres su víctima. Yo diría que deseo ardientemente que los hombres realicen en espíritu y en verdad los objetivos por los cuales recibieron su ser.

Cómo evaluar los libros

Que todos aquellos que lean este libro, inclusive aquellos inclinados a escribir, aprendan a dar el real valor tanto a sus propios libros como a los de sus semejantes. Todas estas producciones son ilustraciones que, para tener valor, presupone originales reales, cuyos trazos no son presentados por el autor, más allá de hechos positivos de los cuales pueda transmitir un relato confiable.

¡Sí! Los anales de la Verdad no deben ser nada más que compilaciones de sus propias maravillas y luces espléndidas; y aquél que tiene la felicidad de haber sido llamado para ser su verdadero ministro, nunca debe escribir, hasta que haya actuado virtualmente bajo sus órdenes, y solamente nos hablará sobre las maravillas que eventualmente escriba en nombre de la Verdad.

En todos los tiempos éste ha sido el camino de los ministros, en espíritu y en verdad, de las cosas de Dios. Nunca escribieron antes de estar forjados. Éste también debe ser el curso del hombre, una vez que está especialmente destinado para la administración de las cosas de Dios.

¿Qué son aquellas enormes pilas de libros, resultado de la fantasía y de la imaginación humana, que no sólo no esperan por obras para describir o maravillas para relatar, sino que también se presentan a nosotros con la pueril y culpable pretensión de substituirlas?

¿Qué son todos estos escritores, cuyo objetivo es únicamente hacernos contribuir para su vana y escandalosa celebridad en vez de sacrificarse para nuestro bien? Falsos amigos aquellos que están suficientemente prontos para hablarnos de virtud y de verdad, pero que toman mucho cuidado en dejarnos en paz, en la inacción y en la falsedad; con miedo de que si intentaran burlarse con duras palabras, abandonaríamos sus escuelas atropellando el camino de su gloria reduciéndolos al silencio y al olvido.

¡OH! Ponga de lado esos libros inútiles y tome de una vez el camino del trabajo, si es que es lo bastante feliz para saber lo que esto realmente significa. Póngase a trabajar al coste de su sangre y sudor, y no toque un portaplumas hasta que tenga una revelación de las regiones del verdadero conocimiento, alguna experiencia instructiva en las obras del espíritu o alguna gloriosa conquista adquirida sobre el reino de las tinieblas y de las mentiras.

Escritos inspirados

Esto es lo que, en los libros de los verdaderos administradores de Dios en todos los tiempos, comunica al Hombre de Deseo un espíritu de vida con el cual podrá saciar su sed a cualquier hora. Tales libros son como vías entre grandes ciudades, proporcionando, al mismo tiempo, bellos paisajes, abrigo hospitalario y protección contra los peligros y malhechores. Son como alegres y fecundas márgenes de los ríos, cuyas aguas dan origen a su fertilidad y que limitan su curso, permitiendo al navegante viajar en paz y placenteramente.

La responsabilidad de los escritores

Todos los hombres de Dios son responsables por sus pensamientos en relación al mundo; pues si son verdaderamente hombres de Dios, cada pensamiento que reciben tiene la intención de la perfección de todas las cosas y de la extensión de las regiones del Señor.

Si, por un lado, aquellos que no son ministros de las cosas de Dios deben sospechar de sus propias palabras y evitar pronunciarlas a otros, por otro lado, aquél que es uno de estos ministros debe cuidadosamente concentrar sus palabras y sembrarlas en las mentes de los hombres, incluso aunque no sean más que gérmenes enviados por el Señor para ser plantados en el Jardín del Edén.

Este hombre deberá rendir cuenta exacta de todos aquellos gérmenes que, debido a su indiferencia o negligencia, no florecen para adornar la morada del hombre.

El Hombre es el libro de los libros

Si los libros de los administradores de las cosas divinas pueden proporcionar tales servicios a la familia humana, ¿qué no podrá esta familia esperar del Hombre propiamente dicho, restablecido en sus derechos naturales? Aquellos libros no pasaban de ser vías entre dos ciudades. El Hombre es una de estas ciudades. El Hombre es el libro primitivo, el libro divino; los otros libros son sólo libros del espíritu; ellos contienen, apenas, las aguas del río; el Hombre forma parte, en cierta manera, de la misma naturaleza de las aguas.

¡Oh, hermanos míos, leed incesantemente en este Hombre, el libro de los libros; sin dejar de leer aquellos [libros] escritos por los ministros de la cosa divina que os pueden prestar tanto auxilio diario! Con este gran significado bajo tu gobierno, abre las regiones de la Divinidad, que pueden ser llamadas las regiones del Verbo; y entonces, relátanos las maravillosas experiencias que encuentres en aquellas regiones donde todo es esplendor.

Pero no te olvides que en el estado de aberración en que el Hombre está, tiene un deber que cumplir con relación a sus semejantes, más urgente que el de escribir libros, éste es, vivir y actuar de acuerdo con sus esfuerzos y deseos, para que así ellos puedan crear oídos para oírlos. Esto es lo que la humanidad más necesita. Si la inteligencia del hombre no puede acompañar a estos escritos, no les estará prestando ningún auxilio, su obra estará muerta y, desafortunadamente para ti mismo, su vanidad y auto provocación serán los únicos frutos generados a través de su tarea.

La Mente del Hombre está embotada

¿Qué digo? ¡Ábrete, comprensión de los hombres! ¿En qué ayudarían los libros más perfectos sobre este asunto? La comprensión de los hombres está despreciada, es oscura y se ha vuelto infantil. Las criaturas, como en la selva, comprenden a través de señales ordinarias y substanciales o incluso mirando el propio objeto. Su pensamiento aún está solamente en sus ojos. Ni pienses en lidiar con la comprensión del hombre de otra forma. Explora antes de él y con él los poderes activos de la Naturaleza, del alma humana y de la Divinidad si quieres conocer a Dios, al Hombre y a la Naturaleza.

Sobre estos temas, la razón de los hombres está muerta: será trabajo perdido si sólo hablas con ellos sobre tales asuntos.

De hecho, el tiempo de los libros ya casi ha pasado. El hombre está harto debido a su abundancia; como aquellos pertenecientes a las clases enriquecidas para quienes los más suculentos manjares son insípidos.

El tiempo de los libros, de la imaginación y de la fantasía humana ya pasó, así como el de los hombres de Dios; los libros de la imaginación humana extrajeron su valor y anularon casi enteramente su poder; y nada fuera de las obras con gran poder de influencia puede, en este momento, despertar al mundo de su letargo.

Sabemos que los extremos se tocan; el hombre y lo salvaje, reducidos por su infantilidad e ignorancia a la imposibilidad de ser recordados por cualquier cosa que no sea por señales de gran efecto, disminuye ante nosotros, de forma inversa, la verdadera y primitiva naturaleza del Hombre, que debería haber sido siempre alimentado con verdaderas maravillas y sólo quedó sometido a escribir y leer libros cuando perdió la visión de los modelos vivos que nunca deberían haber cesado de actuar ante sus ojos.

En resumen, el tiempo se está agotando; la edad del Espíritu debe llegar, una vez que los milagros realizados por el poder del Dios Supremo son ahora los únicos medios por los cuales Él puede volverse conocido y respetado por los mortales.

He aquí el motivo por el cual insisto en que debes tomar seriamente el camino del trabajo, si es que sientes ser llamado para Él, si no es así, al menos ruega al Señor para que envíe trabajadores

Si estás entre tales trabajadores, al abrir las regiones de la Naturaleza no olvides las del Espíritu ni las de la Divinidad; cuando relates sus maravillas, cuando cojas la pluma para describirlas, no olvides a qué precio llegaste a conocerlas; no olvides que adquiriste el dere-

cho de hablar sobre ellas solamente después de haber hecho correr tu sangre y sudor en estas trabajosas y provechosas búsquedas; no olvides, incluso, que cuando las describas, aún debes hacer correr tu sangre y sudor para recoger nuevas perlas de esta mina inagotable en la cual estás condenado a trabajar todos los días de tu vida.

Tu tarea ahora es doble: y tu consuelo ha entristecido a madres y compañeras. Para ti el sonido del placer no está tan separado del de los gemidos; es inútil hacer distinción entre ellos, pues están necesariamente unidos, y ni todos los placeres del espíritu permiten la interrupción de tus sollozos.

Hombre, el Rectificador Universal

De todas las denominaciones que puedan designar al Hombre restituido en sus elementos primitivos, ninguna satisface tan bien la mente y los grandes y loables deseos del alma humana como la de Rectificador Universal. Dado que el alma humana experimenta una urgente y hasta incómoda necesidad, la de ver el dominio del orden en toda clase de seres en todas las regiones, para que cada grano de existencia pueda contribuir a la armonía soberana que, por sí sólo, puede manifestar la gloria y el poder supremo de la Unidad. Tal denominación es, ciertamente, el presagio secreto de esta armonía universal eterna que ha elevado a los hombres notables, en todos los tiempos, a considerar el actual estado de la Naturaleza como eterno, a pesar de que percibimos los males y el desorden en que está sumergida.

Sí, todas esas cosas son eternas, en su base fundamental, pero no en su dolorosa y terrible confusión, visible por toda la naturaleza: sí, hay sin duda una naturaleza eterna, donde todo es regular, y más vivo y activo que en esta prisión nuestra; y la prueba más concreta de que esta actual naturaleza, en la que estamos aprisionados, no es eterna, es que ella sufre, y es el hogar de toda clase de muerte, donde no hay nada eterno fuera de la vida.

La insuficiencia de la enseñanza común

Vamos a admitir que me enseñas grandes y útiles doctrinas que, según tus normas, convocan a los hombres a la caridad fraternal, al celo por la casa de Dios y hasta a tener cuidado de evitar este atolladero terrestre sin ser infectado por su polución.

Pero tú, ¿has seguido estas normas según su significado más profundo? En cuanto a mí, siento que aún falta algo para saciar el enorme deseo que me devora. Las oraciones y las verdades que nos son ofrecidas y enseñadas aquí abajo son demasiado pequeñas para nosotros; son sólo oraciones y verdades momentáneas, sentimos que estamos hechos para algo mejor.

Comprendo que la caridad fraternal no es más que un ejercicio sublime de perdonar a nuestros enemigos y de hacer el bien a aquellos que nos odian, pero, ¿y aquellos entre los hombres que no nos odian y los que son y siempre serán desconocidos para nosotros? ¿Nuestra caridad con relación a ellos permanecerá inactiva o limitada a aquellas pocas oraciones que mencionan nuestro deber de orar para todos los hombres? En pocas palabras, ¿la humanidad pasada, presente y futura, no debe ser objeto de nuestro verdadero amor?

Admitiendo que parece no haber ardor más santo por la casa de Dios que publicar las leyes divinas y volverlas nobles, a través de nuestro ejemplo, así como de nuestras oraciones. ¿Pero nuestro Dios, que es tan extremadamente precioso para cada facultad de nuestro ser, este Dios que por tantos motivos puede, de hecho, ser llamado nuestro amigo, no tiene dolor, angustia en el corazón, por el hecho de que todas las maravillas que plantó el hombre en el universo estén perdidas para nosotros en nubes de tinieblas? Deberíamos permitirnos un minuto de reposo antes de proporcionarles alivio.

Finalmente, el deber de preservarnos limpios del lodo terrestre parece implicar que lo más importante es el deber de volvernos a nuestra patria, sin contrariar los hábitos y maneras de este mundo debilitado. Pero, después de librarnos de su polución, ¿no sería esta condición algo más espléndido para neutralizar su veneno, o hasta para transmutarlo en un bálsamo de vida? ¿No somos aconsejados a hacer el bien a nuestros enemigos? ¿Podemos negar que, en muchos aspectos, la Naturaleza es uno de ellos?

En cuanto a los llamados enemigos de Dios es preciso, por Él y no por nosotros, administrar la justicia que merecen; vamos a desconsiderar aquello que parece ser su declaración, o abrir una guerra implacable contra los tan llamados enemigos de Dios. Dios no tiene enemigos. Él es demasiado gentil y amoroso para haber tenido alguno. Y aquellos que se denominan enemigos de Dios son sólo enemigos de sí mismo y están bajo su propia justicia.

Una región más elevada para el hombre regenerado

Hablo ahora con el Hombre de Deseo y de fe y de los diversos privilegios que constituyen la eminente dignidad del hombre regenerado. Deja a tu comprensión seguir mi proeza; los derechos que sustento pueden ser reclamados por todos los hombres. En principio, deberíamos tener todos la misma tarea, que es la de desarrollar nuestra característica de rectificar, dado que todos emanamos del Autor de todo bien, amor y bondad. ¡Oh, Hombre de Deseo! Sé muy bien que tu comprensión puede estar apagada, pero sé también que con una voluntad decidida y una conducta adecuada puedes obtener de tu Principio Superior la luz requerida, fundamentada en tus derechos originales.

Las criaturas del Padre

Distinguimos aquí claramente varias tareas para ser desempeñadas en el curso espiritual. La mayoría de los hombres que llegan a ello buscan virtud y conocimiento solamente para su propia mejoría y para su propia perfección. ¡De hecho son los que poseen tales intenciones! ¡Qué deseable es que esta felicidad sea la dote de cada individuo de familia humana!

Pero si estos hombres buenos, piadosos y hasta iluminados, alegran al Padre de esta familia, procurando ser bien recibidos entre sus criaturas, causarían aún mayor alegría si buscasen ser aceptados entre sus trabajadores y siervos; pues esto proporcionaría un real servicio al Padre, mientras que de otra forma prestan servicio solamente a sí mismos.

Los trabajadores del Padre

Aunque esté lejos de considerarme entre aquellos sublimes trabajadores o grandes adeptos, debo hablar esencialmente sobre ellos en esta obra, una vez que ya hablé tan detalladamente, tanto como fui capaz, sobre aquello que pertenece a las criaturas del Padre de esta familia.

Una vez más, ruego al hombre para que mire a los campos del Señor y busque trabajar allí, de acuerdo con su fuerza y con el tipo de trabajo para el que está capacitado; sea en trabajos activos, si estos le fuesen ofrecidos, sea en el desarrollo de la naturaleza del hombre, si es que ha percibido su profundidad, sea arrancando las espinas de las raíces que los enemigos de la verdad y los falsos maestros plantaron y aún están plantando diariamente en el Hombre, imagen de la Sabiduría Eterna.

Pues, enseñar a un semejante sus verdaderos deberes y reales derechos es, en cierta forma, ser el trabajador del Señor, proveer y poner en orden las herramientas y los accesorios de trabajo, es ser útil a la agricultura; sólo es preciso examinar cuidadosamente lo que somos capaces de hacer, sea cual fuese el tipo de trabajo. Aquél que provee útiles para la agricultura es responsable por lo que provee; el sembrador es responsable por lo que siembra.

Pero, como es imposible ser un verdadero trabajador de los campos del Señor sin estar renovado y recolocado en sus propios derechos, frecuentemente escribiré sobre los paisajes de la restauración, por los cuales debemos, necesariamente, pasar antes de ser admitidos como trabajadores. Debo algunos consejos a mis hermanos cuando los invito a cualificarse para el servicio del Señor.

Consejos sobre comunicaciones espirituales

Algunos hombres, cuando oyen algo respecto a trabajadores espirituales operativos, piensan en comunicación con espíritus, o lo que generalmente se llama ver los espíritus.

Para aquellos que acreditan esta posibilidad, esta idea provoca escalofríos; para aquellos que no tienen certeza de esta posibilidad, provoca solo curiosidad; para los que niegan o rechazan tal posibilidad, esta idea provoca desprecio y desdén tanto por sus opiniones como por quienes las sustentan.

Me veo obligado, por tanto, a decir a todos que un hombre puede seguir para siempre en las obras espirituales operativas y llegar a un alto grado entre los trabajadores del Señor sin ver espíritus. Además de eso, debo decir para aquél que, en la carrera espiritual, busca la comunicación con los espíritus, que suponiendo que tenga éxito, no sólo no habría realizado con eso el principal objetivo de su obra, sino que podría estar muy lejos de merecer ser clasificado como trabajador del Señor.

Pues, si éste piensa mucho en comunicarse con los espíritus, debe considerar la posibilidad de encontrar tanto buenos como malos espíritus. Así, para estar seguro, no basta con comunicarse con los espíritus, es preciso ser capaz de discernir de dónde vienen y con qué propósito, y si sus mensajes son loables o legítimos, útiles o nocivos; y suponiendo que sean espíritus de la más pura y perfecta clase, sería preciso examinar, ante todo, si él mismo tendría condiciones de ejecutar las obras que le fuesen impuestas en su servicio Supremo.

El privilegio o satisfacción de ver los espíritus solo será un accesorio real objetivo del hombre en el camino del divino trabajo espiritual operativo y en su admisión entre los trabajadores del Señor; y aquél que aspira a este sublime ministerio no debe ser merecedor si fuese llevado por la curiosidad de conversar con los espíritus; especialmente si para obtener estas evidencias secundarias dependiera de la ayuda incierta de sus semejantes con poderes usurpados, parciales y hasta corruptos.

El cielo tomado por la fuerza

De todos los privilegios del alma humana ¿cuál es el que deberíamos procurar utilizar primero, como el más eminente, sin el cual todos los demás privilegios resultarían en nada? Es el de ser capaz de llamar a Dios, por así decir, fuera de la contemplación mágica de Sus propias maravillas inagotables, que nacieron de Él y son Él, y de la que Él ya no puede separarse.

Esto es, de cierta forma, sacarlo de la atracción absorbente que lo atrae eternamente para Sí mismo y hacer que Él vuelva continuamente de lo que no es para lo que Es, como consecuencia necesaria de una analogía natural.

Esto sirve para despertarlo y forzarlo, si es que podemos usar estos términos, a salir de esa intoxicación ocasionada por la mutua y perpetua experiencia de la dulzura de Sus propias esencias, y aquel delicioso sentimiento proporcionado por la fuente generadora de Su propia existencia. Esto es, resumiendo, lanzar su divino auxilio sobre esta Naturaleza obscura y perdida, para que su poder vivificante pueda restaurarla a su antiguo esplendor.

Pero, ¿qué pensamiento podría alcanzarlo, si su analogía con relación a Él no fuese primeramente restaurada? ¿Qué pensamiento puede provocar en Él ese despertar, si no se vuelve, primero, vivo nuevamente, como Él? ¿Qué pensamiento puede hacer ríos de agua dulce y saludable fluir de Él, si no se vuelve primero puro y humilde como Él? ¿Qué pensamiento puede, alguna vez, unirse con Él, si no se vuelve nuevamente como aquel que Es, a través de la separación de todo lo que no es? ¿Qué puede ser aceptado en la casa del Padre, en Su intimidad, si no hubiese mostrado ser una verdadera criatura de este Padre?

¡Oh, Hombre! Si entrevés aquí el más sublime de tus privilegios, que es el de hacer a Dios salir de Su propia contemplación, verás también en qué condiciones tal privilegio puede ser ejercido. Si es tu deber conseguir, constantemente, despertar este Dios Supremo y forzarlo a salir de Su propia contemplación, ¿supone esto que no tienes mucho de qué preocuparte sobre en qué condiciones Él te encontrará?

¡Deja entonces a todo tu ser volverse una nueva criatura! ¡Deja que cada una de tus facultades sea reavivada, hasta incluso en su más profunda raíz! ¡Deja al óleo vivificante primordial ser subdividido en infinitos elementos purificadores, y no dejes que haya nada en tu ser que no sea estimulado y calmado por uno de estos elementos activos y regeneradores!

Un Ayudante y Consolador

Si no hubiese alguien fuerte, enviado para consolarte y ayudarte a volverte como Él, una criatura obediente, Padre celestial, ¿cómo podría alcanzar el más bajo grado de su regeneración?

Tú tampoco ignoras la existencia de este Agente, una vez que Él es el exacto foco vivificante en que reposó tu ser cuando fuiste creado, y que, desde entonces, nunca más te abandonó, como una madre no abandona a su hijo en cualquier que sea su aflicción. Únete a Él sin reservas y sin demora, y tu polución se extinguirá, y tu carencia se transformará en plenitud.

El Hombre debe ejecutar la obra de su Padre

Sin embargo, el peso de la obra no dejará de ser sentido, y puede volverse aún más pesado, pues, cuando el peso de la mano de Dios está sobre el hombre, sin ser para castigarlo, debe ser para trabajar.

De hecho, Dios, habiendo destinado al hombre a ser el Rectificador de la Naturaleza, no le dio esta designación sin cualificarlo para cumplirla; Dios no lo cualificó para cumplir tal designación, sin darle los medios; no le dio los medios sin ninguna ordenación o alguna ordenación sin una consagración; Dios no dio al hombre una consagración sin la promesa de glorificación, y tampoco prometió tal glorificación sino porque el hombre debería servir como vehículo de alabanza a Dios, tomando el lugar del enemigo de quien el trono estaba subyugado, liberando de ese modo los misterios de la Sabiduría Eterna.

Dos clases de misterios

Hay dos clases de misterios. Una comprende los misterios naturales de la formación de las cosas físicas, sus leyes, modos, existencia y los objetivos de esta existencia. La otra comprende los misterios de nuestro ser fundamental y sus relaciones con su Principio.

El propósito final de un misterio no puede ser el de permanecer totalmente inaccesible a la comprensión o al dulce juicio de admiración para el que nuestras almas están creadas, y el cual ya reconocemos como algo de primera necesidad, el alimento de nuestro ser inmaterial.

El propósito de los misterios de la Naturaleza es el de elevarnos, a través del descubrimiento de las leyes de las cosas físicas, al conocimiento de las leyes y poderes superiores que las gobiernan.

El conocimiento de los misterios de la Naturaleza y de todo lo que los constituye no puede, por tanto, ser vetado ahora, incluso después de nuestra caída, si no su propósito final se perdería.

El propósito final del misterio de las cosas divinas y espirituales, conectado con el de nuestro propio ser, es el nuestro, por el movimiento y el despertar en nosotros de sentimientos de admiración, ternura, amor y gratitud. Así, debemos permitir que estos misterios de las cosas divinas y espirituales, penetren en lo más profundo de nuestro ser, pues de otra forma este doble misterio que nos conecta con las cosas divinas, y las cosas divinas con nosotros, perdería su efecto.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre estas dos clases de misterios. El misterio de la Naturaleza puede ser más o menos conocido, pero la naturaleza propiamente dicha difícilmente alcanza nuestro ser fundamental y esencial; y si tenemos una sensación de satisfacción durante su contemplación, o al penetrar sus misterios, es porque nos elevamos por encima de la Naturaleza y ascendemos, a través de sus medios, a regiones análogas a nosotros mismos; es como una linterna que nos muestra el camino de estas regiones elevadas, pero es incapaz, por sí sola, de comunicar su dulzura.

Las cosas espirituales y divinas, al contrario, alcanzan mucho más nuestras facultades de amor y de admiración que nuestra comprensión; por el hecho de que estas cosas divinas deberían prepararnos para un grado aún más elevado de admiración no se revelarían a nuestra percepción tan rápidamente; pues si pudiésemos someterlas a voluntad a nuestro conocimiento, podríamos no admirarlas tanto, y nuestra satisfacción sería menor: ya que, si es verdad que nuestra felicidad es admirar, también es verdad que admirar es sentir, más que saber; esta es la razón por la cual Dios y Espíritu son al mismo tiempo tan dulces y tan poco conocidos.

Por otra parte, podríamos decir que la Naturaleza es bastante fría, porque es más apropiada a ser conocida que a ser sentida; así, los planos de la Sabiduría están tan armonizados, que aquello que verdaderamente nos da satisfacción se revela menos a nuestra inteligencia y satisface más nuestra admiración; y aquello que menos se interesa por el sustento de nuestra admiración, por ejemplo, nuestra verdadera satisfacción, teniendo menos analogía con nosotros, nos ofrece una especie de compensación en las satisfacciones de la comprensión.

Del mismo modo que los hombres consiguieron estos dominios, permitieron que estas dos fuentes, que habrían producido frutos deliciosos de varias especies, se secasen; esto quiere decir que la filoSOPHIA humana, tratando de ciencias naturales y acabando solamente en la superficie, evitó que las conociésemos, y no nos dio ni siquiera los placeres de la comprensión que tales fuentes podrían habernos proporcionado tan prontamente; maestros de las cosas divinas, tornándolas oscuras e inaccesibles, nos impidieron sentirlas, privándonos de esta forma de admirarlas; ellos no fallarían en su tarea de despertarnos si hubiesen permitido que las cosas divinas llegasen a nosotros.

La perfección del misterio es unir en una combinación armoniosa y verdadera lo que, al mismo tiempo, satisfaga nuestra inteligencia y alimente nuestra admiración. Esto nosotros lo habríamos disfrutado para siempre si hubiésemos mantenido nuestro estado primordial. La puerta por la cual Dios sale de Sí mismo es la misma por la que Él entra en el alma humana. La puerta por la cual el alma humana sale de sí misma, es la misma por la cual entra en la comprensión. La puerta por la cual la comprensión humana sale de sí misma, es la misma

por la cual entra en el espíritu del Universo. La puerta por la cual el espíritu del Universo sale de sí mismo es la misma por la que entra en los elementos y en la materia. Esta es la razón por la cual el erudito que no toma todas estas rutas, nunca se adentra en la Naturaleza.

La materia no posee ninguna puerta por la cual pueda salir de sí misma, ni tampoco una región inferior a ella; he aquí por qué el enemigo no podría tener acceso a ninguna región ordenada, fuese material o espiritual.

En vez de observar cuidadosamente su puesto, el Hombre no solamente abrió todas estas puertas a sus enemigos, sino que las cerró para sí mismo, es por eso que ahora se encuentra en el lado de afuera, y los salteadores en el lado de adentro. ¿Podría ser concebida una situación más lamentable?

Hombre, el espejo de las maravillas de Dios

Vemos por qué las magníficas denominaciones que constituyen el Hombre, tornándolo un ser tan privilegiado, podrían haber hecho de su ministerio en el Universo algo de gran importancia; el hombre podría haber vuelto a la Unidad triple Divina conocida o mostrado que no habríamos sido la imagen de Dios si no tuviésemos el derecho de representarlo. Todas las cosas, incluso los ángeles, tenían gran interés en que el hombre mantuviese el puesto que le fue confiado. De hecho, así como la vida animal, dispersa por toda la naturaleza, no conoce ni el espíritu del Universo en sí misma ni los gérmenes de los vegetales, que son su efecto y la expresión sensible de sus propiedades, sólo reconocida por los animales a través del sabor de sus alimentos, así también los ángeles sólo conocen al Padre no al Hijo; no lo conocen ni en Sí mismo ni en la Naturaleza que, especialmente después de la primera gran alteración, está mucho más próxima al Padre que al Hijo, debido a la concentración por la cual pasó; y los ángeles sólo pueden conocer lo divino en el esplendor del Hijo que, a su vez, tiene su imagen solamente en el corazón del Hombre, y no en la Naturaleza. Por esta razón, el Hombre que, en el principio del Universo, estaba relacionado principalmente con el Hijo con la Fuente del desarrollo Universal, conoció al Padre, tanto en el Hijo como en la Naturaleza. Es por este motivo que los Ángeles acompañan de cerca el orden del Hombre, acreditando que aún está en condiciones de mostrarles al Padre en la Naturaleza.

La llave para las maravillas de la Naturaleza

Nuestra tarea, por tanto, desde el momento en que Adán fue retirado del precipicio en el que había caído, debería ser el descubrir, por todos los medios posibles, las maravillas del Padre manifestadas en la Naturaleza visible. Esto es lo que más tiene posibilidades de realizarse, pues el Hijo, que contiene estas maravillas y las vuelve accesibles, las restauró para

nosotros, a través de la incorporación de nuestros primeros padres, en la forma material que ahora nos encontramos; Él trajo la llave consigo cuando se hizo igual a nosotros.

Los ángeles aprenden a través del Hombre

¡Oh! ¡Qué cosas profundas podríamos enseñar, incluso a los ángeles, si recuperásemos nuestros derechos! San Pablo dice: "*Nosotros juzgaremos a los ángeles*" (1 Cor 6:3). Ahora bien, el poder para juzgar requiere poder para instruir. Sí, los ángeles pueden ser administradores, médicos, reformadores de aquello que está errado, guerreros, jueces, gobernadores, protectores, etc..; sin embargo, sin nosotros, no pueden adquirir ningún conocimiento profundo sobre las divinas maravillas de la Naturaleza. Lo que se lo impide no es solamente el hecho de que ellos sólo conocen al Padre en el esplendor del Hijo, y que, al contrario que el primer hombre, su envoltorio corporal está libre de las esencias extraídas de las raíces de la Naturaleza, sino también porque nosotros cerramos para ellos el ojo central, el órgano divino a través del que podrían haber obtenido los medios de contemplar las riquezas del Padre en las profundidades de la Naturaleza; he ahí por qué los hombres de Dios deben instruir a los ángeles, y revelar a sus ojos las profundidades escondidas en la corporización de la Naturaleza y en todas sus maravillas.

Esta es también la razón por la cual los hombres de ciencias y de letras, que descubren las grandes leyes de la Naturaleza, son altamente considerados; y, en la religión son altamente considerados aquellos que se han revestido con el mayor poder del Espíritu.

Desde nuestra degeneración, este precioso privilegio de penetrar en las profundidades de la Naturaleza y de, por así decir, poseerlas, ha sido, en parte, restaurado en nosotros; en verdad esto debería ser, ciertamente, una herencia inherente a la naturaleza del Hombre, dado que constituye su verdadera riqueza y propiedad original: a este respecto, tenemos muchos ejemplos en los testamentos patriarcales.

Testamentos Espirituales

Pero el hombre de materia ha invertido estos derechos sublimes, aplicándolos meramente al testamento de las posesiones terrestres, aunque se pueda contestar el hecho de que un hombre no pueda disponer de posesiones que dejaría de poseer con su muerte, y antes de que su legado pudiese ser ejecutado.

Era, entonces, a las posesiones reales que la ley del testamento se debería aplicar, por ellas es que el testador emplea su herencia con el derecho natural que no tendría si estuviese en privación, y que lleva consigo a una región en que este derecho irá creciendo aún más, en

vez de disminuir. En esta región nuestros pensamientos pueden expandirse y enriquecerse a través de la meditación sobre los testamentos patriarcales.

Hombre, el árbol; Dios, la savia

El Hombre es el árbol, Dios es la savia. Así, no es de sorprender que cuando esta savia vivificante fluye en el hombre convierte cada una de sus ramas en un nuevo árbol; tampoco es ninguna sorpresa que algunas ramas salvajes sean injertadas allí, para que puedan, rápidamente, tomar parte de sus excelentes propiedades.

Sí, desde la caída, el Hombre ha sido replantado en la raíz vivificante que debe producir en él todas las vegetaciones espirituales de su Principio. Por esta razón, si el hombre despertase para esta fuente vivificante de admiración, podría solamente, por su existencia, transmitir un testimonio vivo sobre ella.

Por lo demás, éste es el único medio por el cual los propósitos divinos pueden ser realizados, pues el Hombre nació solamente para ser el Primer Ministro de la Divinidad; incluso ahora, el cuerpo material que cargamos es mucho más superior que la tierra, nuestro espíritu animal es mucho más superior que el espíritu del universo, por su unión con nuestra alma-espíritu (espíritu anímico), que es nuestra verdadera alma; y nuestra alma espíritu es mucho más superior que los ángeles.

Pero el hombre se engañaría a sí mismo si pensase poder avanzar en el trabajo del Hombre Espíritu sin que esta santa savia sea revivificada en él, pues ella está y se ha vuelto densa y congelada por la corrupción universal.

La luminosa fundación para la construcción del Hombre

Así, ¡Oh, Hombre de Deseo!, lo que quiera que sea que permitiste que se coagulase y obscureciese en ti, debe ser disuelto y revelado a los ojos de tu espíritu. Mientras puedas ver allí alguna mancha, o permanezca allá la más insignificante cosa que obstruya tu visión, no descanses hasta que la hayas dispersado. Cuánto más penetres en tu ser, mejor conocerás las regiones en que reposa tu obra.

Ninguna otra región fuera de ésta, reorganizada y adaptada, puede servir para la fundación de tu ser. Si esta región no fuese bien alineada y precisa para la plomada, la construcción nunca podría ser erguida.

¡No! Es solamente en la luz interior de tu ser que la Divinidad y todos Sus poderes maravillosos pueden hacerse perceptibles a ti en su gloria vivificante.

Si osas no apoyarte en esta región, si tu visión no puede penetrar más lejos, o si temes mirar allí debido a las dificultades de su acceso, ¿cómo puedes esperar que la Divinidad esté allá, con mayor facilidad que tú, y aún se acomode a tus tinieblas y a las obstrucciones que te rechazan? ¡La Divinidad, que es fundamentalmente toda luminosas y pura, es capaz de desarrollar las maravillas de su existencia solamente en las atmósferas limpias de toda obstrucción y libre como Sí mismo!

La ciencia de la verdad no es como las otras ciencias: ella debería haber sido originalmente toda una pura satisfacción para el hombre, pero ahora es todo un puro combate; he aquí el motivo por el cual los eruditos y sabios del mundo no tienen la menor idea sobre ella, pues la confunden con sus propias nociones obscuras adquiridas pasivamente.

El Universo en sufrimiento

El Universo está en un lecho de sufrimientos y nosotros los hombres debemos confortarlo. El Universo está en esta situación porque desde la caída una sustancia extraña ha entrado en sus venas, impidiendo y atormentando su vida principal incesantemente. Nosotros debemos pronunciarle palabras de consuelo, además de la promesa de liberación y el pacto de alianza que la Sabiduría Eterna está por hacer con él.

Esto no es nada más que aquello que es justo y nuestro deber sagrado, una vez que el líder de nuestra familia fue la primera causa de los dolores del universo. Podemos decir que hicimos del Universo un viudo; esperará que su esposa sea restaurada, mientras duren las cosas.

¡Oh, Sol de la Equidad! Somos la primera causa de tu desaliento e inquietud. Tu mirar no deja de examinar sucesivamente cada región de la naturaleza. Tú naces para todos los hombres diariamente. Tú naces jubilosamente, en la esperanza de que ellos restauren en Ti a tu estimada Esposa, la Eterna SOPHIA, de quién Tú has estado privado; Tú cumples tu curso diario, llamando por ella en toda la tierra, con palabras ardientes que hablan de los deseos que Te consumen. Pero al anochecer, Tú te pones en aflicción y en lágrimas, pues has buscado a tu Esposa en vano; Tú la reclamas al hombre y él no la restaura, y aún te hace sufrir por habitar en lugares infructíferos, casa de prostitución.

El Mundo está muerto

¡Oh, Hombre! ¡El mal es aún mayor! No vengas a decir ahora que el Universo está en un lecho de sufrimientos; di que está en su lecho de muerte; eres tú quién debe realizar sus ritos fúnebres, eres tú quién debe reconciliarlo con la fuente pura de donde desciende; una fuente que aunque no sea Dios, es uno de los órganos eternos de Su poder, del cual el

Universo nunca debería haberse separado; digo aún que debes reconciliarlo, purificándolo de todas las substancias de falsedad con que ha sido constantemente impregnado desde la caída, librándolo de las consecuencias de pasar todos los días de su vida frívolamente.

El Universo, por tanto, no habría pasado sus días frívolamente si hubieses permanecido en aquel trono de gloria en el que estabas originalmente sentado, y si lo hubieses ungido diariamente con un óleo de alegría que lo preserva de las dolencias y de los dolores, habrías hecho por él lo que ahora él hace por ti, proveyéndote diariamente con la luz de los productos elementales a los cuales te sometiste y que ahora son necesarios para tu existencia. Ven entonces y pídele disculpas, pues tú eres la causa de su muerte.

¡El mal es aún mayor! Tú no debes decir más que el Universo está en su lecho de muerte; ¡él está en su sepultura! La putrefacción ha dominado sobre él, las infecciones emergen en todos sus miembros; y tú, ¡Oh Hombre!, tienes la culpa. No deberías haber contribuido a que sucumbiese en su tumba; no deberías haber contribuido a que exhalase cualquier infección.

El Hombre debe hacer renacer al Universo

¿Sabes por qué? Porque tú te hiciste sepulcro del Universo. Porque en vez de ser la cuna de su eterna juventud y belleza, lo enterraste en ti mimo, como en una tumba, y lo revestiste con tu propia corrupción. Inyecta rápidamente el elixir de vida en todos sus canales, pues eres tú quién debe traerlo a la vida nuevamente; y, a pesar del olor cadavérico que ya emite por todas sus partes, tú eres el encargado de darle un nuevo nacimiento.

La propia luz natural, bello símbolo de un mundo anterior, que aún nos es legada, contiene un poder devorador que todo lo consume; y las luces artificiales que usamos en su lugar sólo resisten a costa de las substancias que las alimentan. No deberíamos haber tenido ninguna de estas luces; ellas son una monstruosidad en la Naturaleza, donde los insectos se queman tomándolas por la luz natural, pues las criaturas de la naturaleza nada saben sobre lo que está fuera de orden.

Tus innumerables negocios y elaboraciones industriales son una prueba de la injuria que hiciste al mundo, ya que estas injurias y estas actividades proceden de la misma fuente, y así la Naturaleza es, de todas formas, nuestra víctima. ¡Oh! ¡Cómo esta Naturaleza, si pudiese hablar, reclamaría las pocas cosas que recibe de las vanas ciencias de los hombres, de sus armaduras y mano de obra para describirla, medirla y analizarla, en tanto que poseen dentro de sí los medios necesarios para confortarla y curarla!

El mismo hombre está muerto: ¿cómo murió?

A pesar de todo, ¿no está el propio hombre en su lecho de sufrimiento? ¿No está en su lecho de muerte? ¿No está en su tumba, víctima de la corrupción? ¿Y quién irá a confortarlo? ¿Quién irá a ejecutar sus funerales? ¿Quién lo traerá nuevamente a la vida?

El enemigo fue ambicioso desde el principio; observó las maravillas de la gloria, deseó dirigirlas en su propia dirección y administrarlas. La caída del Hombre no comenzó de esta manera: éste no fue su crimen, pues debería alcanzar estas glorias solamente cuando efectuase su misión; y cuando, por primera vez, recibió su existencia, no las conocía. Fue desviado, primero por la debilidad, así como sus hijos lo son ahora en su infancia cuando los objetos de la ambición no los afectan; la debilidad que el Hombre permitió que lo alcanzase fue atraída y penetrada por el espíritu del mundo, mientras que él era de un orden superior y de una región por encima de este mundo. Una vez caído en esta región inferior, el enemigo consideró fácil inspirarlo con pensamientos ambiciosos que de otra forma no habría tenido, ya que no había nadie para hablar sobre los objetos de la ambición, de los cuales nada sabía.

Así, en su primera negligencia, fue víctima de su propia debilidad; en la segunda, fue al mismo tiempo víctima y engañado por su enemigo, que estaba interesado en llevarlo a extraviarse; y se volvió enteramente sujeto a ese mundo físico sobre el cual debería haber sido soberano.

¡Entonces sus crímenes crecieron hasta tal punto que ellos ahora lo intimidan a reflexionar! Sí, ¡Oh, Hombre! Tú te has vuelto mil veces más culpable desde tu caída. En tu caída fuiste engañado y una víctima; desde entonces, te has vuelto el instrumento universal del mal, el esclavo absoluto de tu enemigo y ¿cuántas veces, hasta incluso su cómplice?

La obra del Hombre aún debe ser hecha

¡En esta condición es preciso que el hombre visite el Universo en su lecho de muerte y restaure la vida, sin olvidar que el primer plano de su propio destino original aún precisa ser ejecutado!

¡Oh, Hombre! Detente en medio de este abismo en que te encuentras, si es que no vas a precipitarte aún más. Tu obra era bien simple cuando salió de las manos de su Primer Principio; ella se volvió triple debido a la imprudencia y abominaciones cometidas por ti: ahora es preciso primero regenerarte a ti mismo; después, regenerar el Universo, y entonces venir a ser el administrador de las riquezas eternas y el admirador de las maravillas vivas de la Divinidad.

En el orden físico, vemos que el remedio viene después del dolor, y éste después de la salud. Pues, si el dolor lleva al remedio, lo mismo debe suceder en el orden moral y espiritual del hombre; y si aquí la salud precede al dolor del hombre, su enfermedad debe llevarlo a buscar un remedio análogo, así como los médicos buscan aquellos para nuestros desórdenes físicos.

El primer paso, entonces, en dirección a la cura en la cual el hombre tiene que trabajar sobre sí mismo, es vibrar fuera de todos aquellos temperamentos inferiores y secundarios que se han acumulado sobre él desde la caída; temperamentos que han atacado y poseído a la humanidad en todos los tiempos desde la posteridad del primer hombre; aquellos que heredamos de nuestros padres a través de la mala influencia de las generaciones viciadas, y aquellos que atrajimos para nosotros por nuestras negligencias y ofensas diarias.

Mientras no nos libremos de estos temperamentos no podemos avanzar un solo paso en dirección a nuestra recuperación, que consiste, particularmente, en atravesar la región de las tinieblas en la que caímos y hacer que el elixir natural reviva en nosotros, y con él restaurar el sentido del Universo, que está desfallecido.

Requisitos para la obra; sus criterios

Aquí, ¡Oh, Hombre!, experimentarás una nueva condición, si es que puedes ir más allá. No se trata de la naturaleza espiritual de tu ser, de la relación esencial con tu principio, de tu degeneración a través de un primer acto voluntario, o del amor ardiente de tu Fuente generadora que te llevó en tu caída, y cada día desde entonces, a elegirte en medio de tu impureza repugnante (lo que el hombre del torrente puede sentir, pero no comprender porque no mira hacia atrás), en resumen, no se trata de todas las clases de evidencias despreciativas que destituyen en favor de estas verdades fundamentales, comprobándolas: estas cuestiones están enraizadas entre nosotros, sin ellas, te advierto que no prosigas; y si así no fuese, probablemente no habrías llegado tan lejos.

Pero, verifica si has purificado todo tu ser de toda aquella corrupción secundaria que has atraído sobre ti diariamente desde la caída; o si, al menos, sientes un deseo ardiente de desterrarlas a cualquier precio y revivir aquella vida extinguida por el primer crimen y sin la cual no puedes ser ni el siervo de Dios ni el Consolador del mundo.

Trata al menos de sentir que, tal vez, la única ciencia que vale la pena estudiar debe estar libre de pecado; pues, si el hombre estuviese en este estado podría manifestar naturalmente todas las luces y ciencias.

Investígate, por tanto, profundamente, así como estas nuevas condiciones; y si, además de no haberte purificado de los resultados de todas tus faltas secundarias, tampoco arrancaste las raíces de la más remota falta de disposición para el trabajo, yo repito seriamente: no vayas más allá. La obra del Hombre requiere hombres nuevos. Aquellos que así no fueren, tratarán en vano formar parte de la construcción; cuando tales piedras se presenten en sus lugares serán consideradas insuficientes en relación a las dimensiones requeridas para la consumación, y serán enviadas de vuelta al taller hasta que estén listas para ser usadas.

Hay una señal para saber si has realizado este auto-despojamiento o no. Basta verificar si no tienes cualquier otra preocupación, cualquier otro interés, que no sea el de unirte universalmente con la acción y el impulso divino.

Es cuando, lejos de preocuparnos por nuestro sufrimiento personal en este mundo de infortunios, reconocemos que nada nos puede ayudar sino aquello que es nuestro deber, y que todo lo que no sufrimos son favores concedidos a nosotros en consideración a nuestras debilidades; de este modo, en vez de reclamar por las satisfacciones y consuelos que nos fueron retirados en este mundo, deberíamos comenzar a agradecer el que no nos hayan sido retirado antes, y el que algunos aún no nos hayan dejado.

Suponiendo entonces que las dos condiciones mencionadas sean aceptadas, la que sigue es el inicio de la regeneración del hombre en sus denominaciones, virtudes y derechos primarios.

El orden de regeneración del Hombre

Vemos que en nuestro cuerpo material frecuentemente sentimos dolores en los miembros que perdimos; ahora bien, en lo que constituye nuestros verdaderos cuerpos no poseemos un único miembro, la primera evidencia que podemos tener de nuestra existencia como seres espirituales es sentir sucesivamente, o de una sola vez, dolores agudos en todos aquellos miembros que no tenemos.

La vida debe regenerar todos los órganos que perdemos y esto sólo puede ser realizado a través de la substitución de estos órganos por su poder generativo, en lugar de aquellos extraños y frágiles órganos que ahora nos constituyen.

Debemos sentir el espíritu arañarnos de la cabeza a los pies, como si tuviese una potente reja, arrancando los troncos de los viejos árboles con sus raíces entrelazadas en nuestra tierra y todas las extrañas substancias que nos impiden crecer y fertilizar.

Todo lo que nos entró por el encanto y la seducción, debe salir por la rendición y por el dolor. Ahora bien, lo que nos ha entrado es solo el espíritu de este propio Universo, con

todas sus esencias y propiedades; ellas han fructificado en nosotros abundantemente; en nuestro interior, ellas se han transformado en sales corrosivas y temperamentos corruptos, además de coagularse a tal punto que nada fuera de remedios fortísimos y enorme trabajo podrá expulsarlas.

¡Oh, Hombre! Estas esencias y propiedades del Universo han tomado posesión de todo tu ser; por esta razón los dolores vitales de la regeneración deben ser sentidos en todo tu ser, hasta que estas falsas fundaciones y fuentes de tus errores, tus tinieblas y tus angustias, sean sustituidas por el espíritu y esencia del Universo primitivo y real, denominado por Jakob Böhme el Elemento Puro, del cual se pueden esperar frutos más dulces y saludables. Pues, considerando simplemente tu situación física en este mundo, no se puede dudar que la base de estos dolores está en ti mismo, y establece su existencia en los deseos diarios que te hacen sentir y en las incesantes preocupaciones que te proporcionan.

Así, vemos todos tus días consumidos por la tentativa de volverte superior al frío, calor, oscuridad e incluso a las estrellas del cielo, que tú mismo pareces dominar con tus audaces ciencias a través de tus instrumentos ópticos astronómicos.

Esto prueba claramente que tu lugar no debería haber sido el de la región de estas inclemencias y ni deberías estar sujeto a las influencias que te incomodan; no deberías ni siquiera haber estado debajo de aquellas espléndidas creaciones que a pesar de su magnitud en el orden de los seres deben figurar después de ti.

Como estos elementos extraños han sido plantados en tu naturaleza más interior, es allí donde los dolores reales deben ser sentidos; es allí donde deben ser desarrollados los reales sentimientos de la humillación y constricción, que nos hacen estremecer al encontrarnos conectados con esencias tan incompatibles a nosotros. Allá, en tu naturaleza más íntima, es que se debe avanzar lentamente en este mundo, como en un camino entre sepulcros, donde no se puede dar un paso sin oír a los muertos clamar a ti por la vida.

Allá, por medio de tus gemidos y sufrimientos, se obtienen recursos para ofrecer el sacrificio, en el que el fuego que viene del Señor no puede dejar de descender, para de una sola vez consumir la víctima y dar vida nueva al sacrificador, proveyéndolo con poderosa asistencia continuamente para la ejecución de su obra universal pues, a través de esta sustancia activa y humilde de nuestro sacrificio unida a nosotros es que se da el inicio de nuestra regeneración; los sufrimientos purificadores de los cuales hablamos sólo pueden ser el inicio de esta regeneración, mientras que su fin es cortar lo que es perjudicial para nosotros, pero no el de darnos lo que queremos.

Cuando sentimos todo despedazado por estas dolorosas amputaciones y la sangre correr por todas las heridas, entonces el bálsamo curativo viene a detenerla, se aplica en nuestras llagas y se inyecta en cada canal.

Ahora bien, como este bálsamo trae la vida propiamente dicha, pronto nos sentiremos reavivados en todas nuestras facultades, virtudes y en todos los principios activos de nuestro ser. Todos estos principios activos de nuestro ser están tan oprimidos por el peso del universo y tan secos por el fuego que los queman internamente, que esperan, con ávida impaciencia, por el único tonificante que puede restaurar su movimiento y actividad.

Este tonificante se acomoda a nuestra pequeñez. Aparece de forma tenue en el hombre que es débil y pequeño; de este modo, conduce su amor y cuidados a nosotros, a fin de volverse pueril con nosotros, pues somos menos que críos, y generalmente a cada acto de nuestro crecimiento tiene que estar a nuestro lado paso a paso.

El actúa en relación a nosotros como una madre en relación a su hijo que tiene heridas o sufrimiento; ella aplica todos sus pensamientos en la tentativa de curarlo; se arroja, por así decir, enteramente sobre esas heridas o miembros sufridores y participa de ellos como si ella misma estuviese tomando la forma y substituyendo aquellas heridas o magulladuras de su hijo, y esta madre se deja llevar, de tal forma, por el esfuerzo de su amor creativo, que nada es tan difícil, nada es tan pequeño para esa laboriosa ternura; lo que quiera que pueda hacer bien le parece ser necesario.

Estos diferentes medios de cura, específicos para cada necesidad, están en actividad en los lenguajes de sanación guiados por el verdadero Verbo. Las maravillas encontradas en él contienen en mayor o menor actividad lo que es apropiado al tiempo en que aparecerán. Aunque este tónico, sin el cual adolecemos, pueda entrar en nosotros directamente, no desprecia la posibilidad de entrar de otras maneras, y los lenguajes de sanación, con todas sus denominaciones y modos de expresión, son uno de los medios al que más se inclina y hace uso preferentemente.

No es sorpresa la necesidad de que este poder activo y vivificante entre en nosotros para prepararnos para la realización de sus obras. Aquellos que conocen el real estado de las cosas comprenden que debemos estar vivos y fuertes para realizar la obra, o para que ella sea realizada en nosotros, pues el mal no es una mera ficción, es un poder.

El reino del mal no debe ser destruido por discursos eruditos, tanto en la naturaleza o en el espíritu de los hombres. Los Hombres, los doctores pueden hacer discursos a voluntad, el mal no será ahuyentado de esta manera, al contrario, progresará bajo este respaldo.

La propia vida debe actuar substancialmente

En este estado de muerte que el Universo padece, con todas las regiones caídas, ¿podría algún tipo u orden de cosas subsistir al final, si no hubiese una Sustancia de Vida diseminada en todo lugar? Con certeza, es esta sustancia de vida la que evita la disolución de todas las cosas y las sustenta en todos los choques y violencia a la que se someten continuamente.

Esto es lo que conserva a la Naturaleza contra los poderes hostiles que la molestan: esto es lo que conserva el mundo universal a pesar de las tinieblas que lo envuelve, así como el sol conserva la tierra a pesar de las nubes que lo esconden de nuestra vista. Esto es lo que conserva las naciones a pesar de los desórdenes y destrucción que provocan entre sus propios integrantes y una contra otra.

Esto es lo que conserva el hombre en toda ignorancia, extravagancia y abominaciones que vierte incesantemente. Esta sustancia de vida sólo puede ser el Verbo Eterno, creándose sin interrupción, como Böhme tanto mostró y no deja de sostener, por su poder, todas las regiones que creó.

Esta sustancia está en todo lugar hundida en un abismo profundo, desea intensa y continuamente la liberación de esta Naturaleza casi desconocida, y esto porque esta sustancia de vida no para de susurrar que las cosas aún subsisten, a pesar de la continuación y extensión de las abominaciones que la rodean y ensucian; estos males son tan grandes que, si fuésemos a hablar de ellos a los espíritus, los ahuyentaríamos.

Pero como el alma o foco radical del hombre es el primer y principal apoyo de esta sustancia-vital, ella procura desarrollarse y mostrarse especialmente dentro de él. Si el hombre colaborase con esta acción perseverante, si sintiese lo que era en su origen y por naturaleza, nada menos que un oratorio divino, donde la Verdad podía venir a cualquier hora y podía ofrecer incienso puro a la Fuente Eterna de todo, con certeza el hombre vería rápidamente esta sustancia de vida lanzar raíces en sí y extender sobre él y a su voluntad numerosas ramas cargadas de flores y frutos. A partir de entonces los espíritus, exaltados con las dulces sensaciones que recibirían de nosotros, olvidarían, por caridad, el mal que habían hecho ellos anteriormente; pues cada acto de esta sustancia es un florecimiento que debe tener inicio en la raíz de nuestro ser, que se puede llamar el germen del alma (germen anímico); de aquel lugar pasa para la vida de nuestra mente o comprensión y entonces para nuestra vida corporal; como cada una de ellas está relacionada a su región correspondiente, cada florecimiento que ocurre en nosotros se comunica con su propia atmósfera.

Pero como el objetivo de esta sustancia, para el trabajador en estos tres grados, es solamente proveer una nueva vida, puede completar tal objetivo a través de una triple transmutación, proveyéndonos de una nueva alma, de un nuevo espíritu y un nuevo cuerpo.

El proceso de renacimiento

Esta transmutación sólo puede ser efectuada a través de un proceso doloroso: sólo puede ocurrir a través de un combate entre lo que está sano y lo que está enfermo, y por la acción física de la voluntad verdadera, en oposición a la acción física de nuestra voluntad falsa. Nuestra propia voluntad no realiza nada sin el ser, ya que fue inyectada por la Voluntad Divina, que es la única voluntad para el bien, con el poder de producirlo: esto parece ser una observación bastante simple, pero no es menos fecunda y espiritual.

Es por estos diferentes actos que la vida consigue sustituir las esencias corruptas por una esencia pura en nuestros cuerpos, almas y espíritus. Es así que nuestro deseo forma con el deseo divino un sólo deseo, o ansia por la manifestación de la verdad y de sus reglas en el mundo.

Es así que nuestros cuerpos, permitiendo todas las substancias de la mentira, corrupción e iniquidad con las cuales está confinado a extinguirse, sienten ser tomados por substancias diáfanas que los presentan como transparencias de la Luz Divina y maravillas por todas partes, así como los cuerpos naturales son transparencias de las maravillas naturales: esto es lo que aquellos que acreditan que esta substancia estéril de vida no es una substancia estéril pueden esperar que acontezca. Y los que afirman que esta no es una substancia estéril, este es el camino que tendrán que atravesar si quieren recuperar su primer estado y cumplir su destino.

¿Cómo podría esta substancia ser estéril? Ella forma parte y procede de aquel movimiento generativo que está fuera del tiempo, del cual las causas motrices (móviles) no pueden separarse, en caso contrario habría un intervalo; pero del cual, a pesar de todo, no pueden ser sino diversas, pues si así no fuese, no habría vida o diversidad de maravillas. ¡Oh vosotros, que sois capaces de comprender estas cosas sublimes!, tomad coraje, pues sois los que debéis alcanzarlas y así identificarlas con todo vuestro ser; vuestra región y la de ellas deben ser una sola región, poseer un sólo lenguaje.

Entonces, esta ansia divina prende al hombre, y al hacernos distinguir entre nuestras dos substancias, revive todo nuestro ardor y regula todos nuestros movimientos.

Nosotros, entonces, vivimos solamente con el objetivo de no permitir que la substancia de la vida, esta ansia divina que nos conduce día tras día crecientemente, desaparezca o muera, y evitar que caiga en el dominio y en las corrientes de los tiranos a nuestro alrededor.

El pan nuestro de cada día

En lo que se refiere al espíritu, debemos, de la misma forma, tomar nuestro alimento diario: si el hombre fuese sabio, nunca se alimentaría materialmente sin primero avivar en sí esta ansia divina. De este modo, estaría libre de la fatal consecuencia, tan frecuente y común en nosotros, en nuestras tinieblas, que es la de obstruir esta ansia divina a través del alimento que debería ser solamente un renovador de fuerzas corporales, para que seamos capaces de buscar el ansia divina más ardientemente y mantenerla mejor cuando su poder venga a alimentarnos tan efectivamente que el hambre corporal se vuelve, a su vez, menos opresora.

Hay dos condiciones para este régimen. Una se aplica al uso de nuestras finalidades y tareas espiritualizadas, que debería ser nuestra dieta diaria, sin restricciones a períodos, horas o tipos de alimentos, pues nuestros propios trabajos determinarán estos factores. La otra se aplica al trabajo activo, cuando nos considera conveniente para su servicio; ésta entonces sirve al mismo tiempo para nuestra orientación y nuestro sustento.

Lo que dice la primera sobre la condición de este régimen, vale para todos los otros actos de la vida temporal: no debemos dedicarnos a nada sin antes haber despertado en nosotros el ansia divina; esto porque, como esta ansia divina tiene que obtener para nosotros la verdadera substancia de vida, no deberíamos tener ningún objetivo, ninguna atracción, ningún pensamiento, sino el de nunca permitir que esta fuente de maravillas divinas nos abandone, por el contrario, deberíamos dedicarnos incesantemente a revivirla, para que pueda tener la dulce satisfacción de saciarnos con la substancia de Vida.

Los dolores del renacimiento

No voy a sorprenderte, Oh Hombre, al decir aquí, que esta substancia-vida sólo puede ser encontrada en los dolores de la angustia amarga y en un sentido de profunda y completa desolación, a causa de nuestras propias faltas y privaciones y de las de nuestros semejantes; por causa de la real miseria de aquellos que sufren, y aún más de aquellos que no sufren; por causa del estado sepulcral de la naturaleza y de los dolores crónicos y agudos del Mundo universal, buscando restaurar, a través de nosotros, el equilibrio y la plenitud en todo lugar; mientras nosotros, a través del modelo de ser que poseemos, creado por nosotros a través del crimen, mantenemos el corazón de Dios, dentro de nosotros, en su lecho de muerte y en una tumba de corrupción.

Ahora bien, ¿por qué la desolación es la fuente generadora de la substancia de Vida? Es porque, para nosotros, ella es ahora la única fuente generadora del poder de la palabra, el Verbo; como observamos en el dolor, los sufrimientos provocan las lágrimas, y nuestras lágrimas nos traen auxilio y alivio.

Por esta razón, el hombre llamado para la Obra no tiene necesidad de moverse de su lugar; el dolor y el remedio están en todos los lugares, y este hombre no tiene nada más que hacer sino llorar. Es un cambio espiritual que nos es útil, y no un cambio terrestre. Sin movernos de nuestro lugar material, debemos reflexionar dolorosa e incesantemente sobre el frío, las tinieblas, el lugar espiritual en que estamos y aquel lugar donde podríamos ir y volver nuestra morada más caliente, suave y feliz.

La causa de los lamentos de la Naturaleza

Cuando observamos que el Universo está desprovisto del poder de la palabra, no es difícil concluir que ésta es la principal causa de su aflicción.

El abatimiento que lo oprime, el veneno pestilente que lo corroe, como ya reconocemos, sólo adentró sus substancias a través de la falta y negligencia del hombre; si no estuviese desprovisto del poder de la palabra, digo que no sentiría nada de eso, pues habría tenido fuerzas para dispersar todo lo que le molestase e incluso para evitar su ataque. Es esta privación la causa de la perpetua aflicción de la Naturaleza, llamada por los sabios el vacío. Ellos sabían que el poder de la palabra, el Verbo, debería llenar todas las cosas, y sufrieron porque había algo donde no era oído. Sabían que el Universo sin el Verbo está vacío, no significaba nada para ellos, una vez que Dios por sí sólo era completo y significaba todas las cosas; de esta forma, lo que quiera que no forme parte de la plenitud del Ser Divino sólo puede mostrar el reverso de Sus propiedades universales.

Ellos sabían que el hombre no podía orar sin preparación, o sea, sin que su atmósfera estuviese repleta por el Verbo o, en un sentido más amplio, sin que el poder de la palabra fuese restaurado en el Universo. Lamentaron sus dolores y en el nombre del hombre dijeron: "*Este Universo, esta bella imagen que deberíamos admirar con entusiasmo, si no estuviésemos ciegos para todas sus necesidades; este Universo está sin el poder de la palabra y no puede formar parte de la oración; es incluso un obstáculo para ella, pues sólo podemos orar con nuestros hermanos. ¡Dios! ¡Entonces sólo oraremos con tranquilidad cuando el Universo desaparezca! ¡Estamos obligados a esperar hasta el fin de todas las cosas, para dar libre dirección al ardor que nos consume!*" ¿Quién podría resistir tal aflicción? ¡Ellos pasarán sus días en agonía!

¡Oh, Hombre! Una vez que te encuentras en el mundo, no hay ninguno de sus tormentos que no puedas sentir y compartir. Ya que tu cuerpo participa de las diversas influencias y temperaturas de las cuales los elementos son, al mismo tiempo, el medio y la fuente.

Sí, ya que fuiste capaz de causar los dolores del Universo, eres susceptible de sentirlos; por tomar parte de sus dolores, sólo tú puedes contribuir en parte al desarrollo de sus facultades: solamente a través de los movimientos coincidentes con sus sufrimientos es que se puede tener éxito en la restauración de la satisfacción del Universo, y fuerzas para que la libertad sea inseparable de tu oración.

Un día tendrás, de hecho, que entrar en las tormentas del Espíritu, de Dios y del Verbo, tanto individual como universalmente; pues los derechos de tu ser te llaman a actuar coordinadamente en estas dos regiones, y entonces ocurrirá tu renacimiento y la Obra será ampliada para ti.

La creación aún sufre por la Redención

El hombre encuentra algo misterioso en los lugares estériles cercados por espesos bosques, o bañados por algún río grande; estas escenas misteriosas y majestuosas parecen tener aún más poder sobre ellos en las sombras y en la quietud de la noche. Pero se puede observar que el silencio de todo esto crea una dolorosa impresión en el alma, que muestra claramente la causa real del vacío al que nos referimos anteriormente. De hecho, la Naturaleza es como una criatura muda, expresando, tan bien como es posible, a través de sus movimientos, las necesidades que la devoran pero que, a falta de palabra, no puede expresarlas como desea; esto da un tono de tristeza y seriedad a su felicidad, impidiéndonos terminar completamente satisfechos. En medio de aquellas grandes escenas sentimos realmente que la Naturaleza está exhausta de ser incapaz de hablar; y nuestra admiración da paso a una languidez próxima a la melancolía cuando nos entregamos a estas dolorosas reflexiones. Esto debería ser suficiente para comprender que todas las cosas deberían hablar, y esta convicción trae otra convicción, la de que todas las cosas deberían ser diáfanas y fluidas y que tal estancamiento y opacidad son las causas fundamentales del silencio y del agotamiento de la Naturaleza.

Naturaleza, una prisión para el Hombre

¿Qué clase de morada es esta entonces para ti, oh Hombre, en medio de todas estas cosas que no pueden manifestar ni el placer ni la palabra? ¿No ves cuál es la duración de esta imperiosa necesidad del habla y del placer, y lo que te espera cuando te liberes de la prisión de la Naturaleza, así como qué tipo de ocupación debes realizar en el mundo, si aún piensas en ser su Consolador?

Estudia la transpiración universal de la Naturaleza; este óleo de amargura te enseñará lo bastante para que sepas que la Naturaleza solo es un sufrimiento concentrado. Pero, aunque la Naturaleza esté condenada al silencio y al agotamiento, observa que habla más alto durante el día que durante la noche; ésta es una verdad que puede ser fácilmente verificada, y tu inteligencia apuntará la razón; te mostrará que el Sol es el verbo de la Naturaleza y que cuando él no está presente ella no disfruta del uso de sus facultades por mucho tiempo; pero cuando el Sol vuelve a restaurarle la vida a través de su verbo ígneo, la Naturaleza recobra sus esfuerzos en el sentido de aflorar todo lo que está en su interior.

Así, todas las criaturas que componen esta Naturaleza se empeñan en glorificar y alabar esta inefable fuente de luz, que es la mejor prueba del ardor y actividad de la Naturaleza. Actuando así, estas criaturas demuestran claramente la obra que debemos realizar en este Universo, y lo que nos espera cuando salgamos de esta casa transitoria que solo es la tumba de la eternidad, donde nuestra tarea es cambiar nuestras monedas extranjeras por el dinero de nuestra propia región, la muerte por la vida.

La Naturaleza también se regocija en la esperanza

Tened coraje, Hombres de Deseo, si por un lado el silencio de la Naturaleza es la causa de vuestro agotamiento, ¿qué puede ser más elocuente que su silencio? Este es el silencio del sufrimiento y no de la insensibilidad.

Cuánto más examinéis, más ciertamente observaréis que, si la Naturaleza tiene su período de sufrimiento, también tiene sus momentos de placer que sólo vosotros podréis discernir y apreciar. La Naturaleza siente la vida circular secretamente en sus venas; está siempre presta a oír, a través de sus órganos, el sonido del Verbo que la sustenta y la posiciona como una barrera contra el enemigo. Busca en vosotros el fuego activo que quema en aquel Verbo, y que por su intermedio transmite un bálsamo que cura sus heridas. ¡Sí! Aunque el hombre de la tierra no comprenda más que el silencio y el agotamiento de la Naturaleza, vosotros, Hombres de Deseo, estad seguros de que todo en ella es vocal, profetizando su liberación en cánticos sublimes; en santo ardor y por las órdenes de las alturas, vosotros proclamáis que todo en el hombre debe romperse con la música, para cooperar en esta liberación, y llegará algún día en que todas las personas puedan decir como vosotros que todo en la Naturaleza canta. Vosotros sois como los precursores de aquel reino de la Verdad al que todas las cosas anhelan. Avanzáis majestuosa y divinamente en esta secuencia de cura que restaura a cada época su secuencia opuesta al mal: el mal devora la substancia de vida de las grandes épocas, que tuvo su inicio y sólo terminará con el tiempo, destinadas a la iniquidad hasta que sus medidas estén llenas, lo que está en juicio. En el tiempo, el mal está solamente en privación, y aun así tuvo éxito en extender los límites de su prisión sobre aquellos de quién podía extraer alguna información sobre lo que estaba pasando en el lado de afuera, lo que

fue posible a través de la corrupción del carcelero. Pero en medio de este doloroso progreso del enemigo vosotros triunfáis por anticipación, pues observáis también la progresión saludable avanzando con relación a su término de gloria y victoria. Vosotros la oís por anticipación, pronunciando sentencias de ejecución sobre lo criminal, que aún no sabe nada sobre ella, y continuará en esta ignorancia hasta llegar la hora de su castigo final.

Finalmente, vosotros la veis por anticipación, cantando a través de la Naturaleza, y en las almas de los verdaderos hombres, las músicas de la satisfacción, que coronarán sus deseos y ejercicios de oración; pues, si es verdad que todo es coro en la Naturaleza, es aún más cierto que todo ora, una vez que todo es lucha y aflicción.

Es necesario conocer el campo de acción

¿Cómo puede alguien estar empeñado en aliviar cualquier cosa, sin conocer su estructura y composición? ¿Y cómo su composición y estructura pueden ser conocidas, a menos que las diferentes substancias de que están constituidas también sean conocidas, tanto más las realidades y propiedades ligadas a estas substancias? Por último, ¿cómo pueden estas cualidades y propiedades ser conocidas, si la fuente fundamental de donde derivan no es conocida?

En vez de investigar profundamente estos fundamentos, los hombres han permitido que sus pensamientos se pierdan con cuestiones inútiles, que al mismo tiempo que los colocan lejos del camino que deberían seguir no les puede enseñar nada. Tal es, por ejemplo, la pueril cuestión sobre la divisibilidad de la materia, que mantiene las escuelas en su infancia.

No es la materia la que es infinitamente divisible; es su campo de acción, o, en otras palabras, los poderes espirituales del que puede ser llamado el espíritu de la materia o astral. Estos poderes son innumerables. En el momento en que deban transformarse en forma y en imagen, la substancia no falta, pues los poderes están impregnados por ella y la producen, de acuerdo al poder elemental con el cual se unen. Así, todo lo que existe aquí abajo crea para sí mismo la substancia de su propio cuerpo.

Ahora bien, la exactitud microscópica de algunos cuerpos, de los animales, por ejemplo, no debe sorprendernos, ni el hecho de estar tan perfectamente organizados según su especie. Todos los cuerpos no son más que una realización del plano del Espíritu Astral, agregado a la operación espirituosa individual de cada cuerpo; es preciso tener en mente esta importante verdad que es la de que, como el Espíritu no tiene ciencia de espacio, sino solamente de grado de intensidad en sus virtudes fundamentales, no hay un único poder espiritual del Espíritu, materialmente sensible o no, que no esté de acuerdo con el elemento oculto o con aquella más elevada corporización mencionada anteriormente bajo el nombre de Naturaleza Eterna.

El nacimiento de la materia

El pasaje de la Naturaleza Eterna para la región material sucede solamente por la más extrema concentración y atenuación de aquel poder espirituoso del Espíritu, sobre el cual el poder elemental tiene la propiedad de ayudar a formar su cuerpo o envoltura. Este poder elemental tiene completa autoridad en su región propia y la ejerce con dominio universal sobre todo principio espiritual que le es presentado: ellos se unen solamente en sus mínimos, que aquí son inversos, siendo un mínimo de atenuación y el otro el mínimo de crecimiento o desarrollo. El principio espirituoso, a su vez, produce una reacción vivificante en el poder elemental; de esta forma, en la proporción en que este principio se desenvuelva, el poder elemental también es desarrollado para alcanzarlo, como se ve en el crecimiento de los árboles y de los animales.

Cuando por este medio, este principio adquiere fuerza suficiente para librarse del dominio del poder elemental, se separa, como se ve en todas las floraciones, olores y colores, o sea, en la maduración de cualquier producción. Todas abandonan sus matrices cuando éstas no pueden mantenerlas más, y entonces estas matrices retornan a su mínimo, por no decir aniquilamiento, pues no poseen, hasta entonces, ningún fundamento espirituoso para estimular su región.

La materia es indivisible

Así, en primer lugar, la materia no es infinitamente divisible, considerada en relación a su substancia; no podemos ni siquiera obtener su división, como ya demostramos, una vez que los cuerpos orgánicos no pueden ser divididos sin que perezcan; además de eso, la materia no es infinitamente divisible en sus acciones, es interrumpida tan pronto como el fundamento espirituoso, que sirve como su agente, es apartado; la retirada y la desaparición de este fundamento pone fin a esta acción.

La divisibilidad infinita, considerada de forma abstracta, es aún menos posible, pues ella solo es nuestra propia concepción que sirve como fundamento para una pretendida materia, que forjamos continuamente; y mientras nuestra mente provee tal substrato o germen, la materia le dará atribuciones en nuestros pensamientos dándole forma y revestimiento.

Así, mientras respetamos esta divisibilidad, o consideramos sus resultados temporales, la consideraremos posible y real, ya que una forma sensible siempre siguió el fundamento que la ofrecemos; pero, tan pronto apartamos nuestras mentes de su centro de acción, lo que abordamos solo intelectualmente, esta forma desaparece y no hay ya ninguna divisibilidad en la materia.

Materia, una figura o retrato

Si los eruditos de todos los tiempos, desde Platón y Aristóteles a Newton y Spinosa, hubiesen al menos observado que la materia no es más es que una representación o imagen de aquello que no es ella propiamente dicha, no habrían torturado y no habrían fallado tanto al afirmar su significado.

La Materia es como el retrato de una persona ausente; debemos realmente conocer el original, a fin de saber cómo es; si no fuese así, ella será para nosotros una obra de la imaginación, donde se puede hacer cualquier conjetura sin la certeza de que sea correcta.

La Magia de la Naturaleza

Con todo, en esta serie de formación de las cosas, hay un punto importante que no se rendirá a nuestro conocimiento, es el de la magia de la generación de las cosas, y esto acontece sólo por que buscamos por el análisis lo que sólo puede ser aprendido a través de una impresión secreta; e incluso así podemos decir que Jakob Böhme levantó el velo cuando abrió para nuestras mentes las siete formas de la Naturaleza, y hasta incluso la eterna raíz de todo.

La verdadera característica de la magia es ser el instrumento y el medio de pasar de un estado de absoluta dispersión o indiferencia, que Böhme llama abismal, hacia un estado de sensibilidad de cualquier orden, espiritual o natural, simple o elemental.

La generación, o este pasaje de lo insensible hacia un estado de sensibilidad, es perpetua. Ocupa el medio entre el estado insensible y disperso de las cosas y el estado de sensibilidad caracterizada, sin tomar parte de ninguno de estos estados, ya que no es dispersión, como el estado abismal, y tampoco una manifestación desenvuelta, como las cosas que transmite y nos comunica.

En este sentido, la Naturaleza tiene su magia, pues comprende todo lo que está por encima de sí misma en dispersión, o todas las esencias astrales y elementales que deben contribuir para la producción de las cosas; ella contiene también todas las propiedades ocultas del mundo superior hacia el cual siempre tiende a dirigir nuestros pensamientos.

A este respecto, cada producción particular de la Naturaleza también tiene su magia, pues cada una en particular, sea una flor, un sabor, un animal, una sustancia metálica, es un medio entre lo invisible (propiedades insensibles que están en su raíz, en su principio de vida o en sus esencias fundamentales), y las cualidades sensibles que emanan de esta producción, y que se manifiestan a través de sus medios.

Es en este medio que todo lo que debe aparecer en cada producción es elaborado y preparado. Este local de preparación, este laboratorio, en el cual no podemos penetrar sin destruirlo, es por esto mismo la verdadera magia para nosotros, aunque podamos conocer todas las etapas que ocurren en esta producción, e incluso las leyes que apuntan los efectos.

La Región de Regeneración de la Naturaleza

El principio de este proceso oculto está fundamentado en la propia Regeneración Divina, en la cual el agente eterno sirve para siempre como pasaje para la infinita inmensidad de las esencias universales. En este pasaje, estas esencias universales son respectivamente impregnadas para que después de esta impregnación puedan ser manifestadas en su ardor activo, con todas sus cualidades individuales, más aquellas que comunicarán una a otra durante su permanencia en este agente, o durante su pasaje por él.

Eternidad, la causa; cosas creadas o manifestación

La Eternidad, o lo que es, debería ser considerada como la causa de todas las cosas. Las criaturas son como molduras, vasos o revestimientos, en las cuales esta Esencia viva y verdadera se encierra a fin de manifestarse por sus medios.

Algunos, como aquellos que componen el Universo, manifiestan los poderes espirituosos de esta más alta Esencia. Otros, como el Hombre, manifiestan sus esencias espirituales, esto es, lo que hay de más íntimo en esta Esencia única, este Ser de seres.

De este modo, aunque podamos ser ignorantes con relación a la generación de las cosas, aun así, todo conocimiento a que tenemos preferencia y del cual nos beneficiamos cuando lo obtenemos posee esta Esencia verdadera como base y objetivo: así, las bellezas de la Naturaleza y las útiles y nobles propiedades, desde que tuvieron su caída detenida por Dios, aún están para ser encontradas en la Naturaleza, a pesar de su degradación. Ambas pertenecen a esta Esencia verdadera, pueden servir como órganos, estructura y conductos.

Cuando incluimos modificaciones en la existencia de estas cuestiones, como hacen constantemente nuestras falsas ciencias, es porque no nos dedicamos o ni nos damos el trabajo de buscar en ellas esta verdadera esencia que poseen y que procuran hacer conocidas; podemos, menos aún, revivir esta esencia en las cuestiones donde se encuentra entorpecida, y entonces nosotros prolongamos los males que causamos a la Naturaleza, en vez de suavizarlos como deberíamos.

El Hombre, médico de la Naturaleza, debe conocer su constitución

Vamos a repetir entonces la suposición de que el Universo esté en su lecho de muerte, ¿cómo podríamos traerle alivio si fuésemos ignorantes, no sólo con relación a lo que constituye el universo propiamente dicho, sino también sobre las relaciones que sus diferentes partes y propiedades, que forman la máquina toda y regulan sus movimientos, deben tener unas con otras?

Pero, aunque el hombre, en pequeña esfera, esté empeñado diariamente en restaurar la armonía y la saludable constitución entre los elementos y los poderes universales que están en guerra, aunque se esfuerce en poner un fin en la dolorosa discordia que maltrata a la Naturaleza a su alrededor, la idea de su contribución para el alivio del Universo probablemente creará sorpresa y, a primera vista, parecerá exagerada, y mucho más allá de nuestro poder el mal es tan abundante que las escuelas y, por encima de todo, el propio peso opresivo del Universo, al cual estamos sometidos, ha dispersado nuestros verdaderos derechos y privilegios.

Al mismo tiempo, la vaga idea de nuestro conocimiento sobre la estructura y composición del Universo, de cómo fue hecho o qué son aquellos cuerpos que circulan tan grandiosamente en el espacio, no está expuesta a la misma objeción.

Así pues, se puede decir que estas cuestiones, habiendo sido objeto de curiosidad y pesquisa entre los hombres, ávidos por el conocimiento, en todas las épocas, aunque las juzguemos solamente por las famosas doctrinas que nos han transmitido sobre estas cuestiones, una luz muy mediocre parece haber resultado de sus pesquisas.

De hecho, los filósofos de la antigüedad nos ayudaron muy poco en este asunto. Es muy poco para ellos decir, como Tales, que el Universo debe su origen al agua; o como Anaxímenes que se debe al aire; o como Empédocles, que está compuesto de cuatro elementos continuamente en conflicto entre ellos mismos, sin nunca ser capaces de destruirse unos a otros; suponiendo, está claro, que pudiéramos juzgar estas doctrinas en ausencia de cualquier demostración con que pudiesen justificarlas sus autores y partidarios.

Lo mínimo que puedo hacer es suspender mi juicio, mismo en relación a las "cualidades" de Anaxímenes[1] y las "formas pneumáticas[2]" de los estoicos. Ellas pueden ser oscuras, pero

---

[1] El eje principal de su filoSOPHIA era la búsqueda del arché, es decir, la causa y el principio de todas las cosas. Para Anaxímenes, el principio de todo, es decir, el arché es el aire. Coincidía con Anaximandro en la tesis de que el arché debía ser algo ilimitado e infinito, pero entendía que este arché debía concebirse como el Aire Infinito, una

temo que podría ir demasiado lejos tacharlas de disparates y de sueños de filósofos. El dictamen no puede, en estos casos, ser proferido solo por rebeldía, y si estos aparentes disparates fueron combatidos por incrédulos, como sin duda fueron, probablemente aquello que era apenas oscuro sólo será sustituido por manifiestos insensatos.

Los modernos tampoco han ampliado nuestro conocimiento respecto a estas grandes cuestiones: pues ¿qué nos enseña el sistema Telliamed, afirmando que todo viene del mar? ¿Y las mónadas de Leibnitz? ¿Y las moléculas integrales y agregaciones de la Física moderna, que vienen a ser los átomos de Epicuro, Leucipo y Demócrito, una vez más?

Los insatisfactorios resultados de la pesquisa humana

La mente del Hombre, incapaz de penetrar en estas profundidades con el éxito que le gustaría, o incapaz de hacer comprender a los otros el verdadero significado del progreso y de los descubrimientos hechos por ella, siempre ha retornado al estudio de leyes que direccionan el curso externo de nuestro planeta, o aquellas de otros planetas accesibles a nuestra vista: es de aquí que hemos adquirido todo conocimiento astronómico que ya obtuvimos, sea en la antigüedad o en los tiempos modernos.

Aunque estas grandes adquisiciones, que han sido tan maravillosamente ampliadas en nuestros días a través del perfeccionamiento de nuestros instrumentos y de la maravillosa asistencia del análisis algebraico moderno, nos han proporcionado una satisfacción agradable por estar basadas en la estricta demostración; con todo, como nos enseñan solamente las leyes externas del universo, no nos satisfacen a todos, a menos que reprimamos o paralicemos dentro de nosotros el deseo secreto que todos poseemos de un alimento más substancial.

Así, a pesar de los brillantes descubrimientos de Kepler sobre las leyes de los cuerpos celestes, Descartes, que fue tan célebre por haber aplicado el álgebra a la geometría, procuraba descubrir la causa y el orden de sus movimientos. Mientras Kepler demostró, Descartes trató de explicar: es enorme la atracción de la mente del hombre por el conocimiento, no solamente por el curso de las estrellas, de las leyes y duración de sus movimientos periódicos, sino de la causa mecánica de estos movimientos; sin embargo, esto llevó a aquel admirable

---

entidad vasta en extensión y presente en todas las cosas del mundo. El aire, según Anaxímenes, da origen a todas las cosas por medio de la rarefacción y la condensación. (Nota del Traductor).

[2] El concepto estoico de pneuma (sustancia compuesta de fuego y aire) parece proceder de las teorías médicas, que llamaban así al "aliento vital" que a través de la respiración llegaba a la sangre y circulaba por todo el cuerpo. Es un concepto que conjuga una gran variedad de aspectos: a) Es el cuerpo más sutil y permea todos los seres, dándole continuidad y coherencia a la Naturaleza; b) Es la fuerza que impulsa todos los movimientos físicos actuando sobre la materia pasiva; c) Es el medio de transmisión de las acciones físicas; d) Es la providencia inmanente que genera lo natural; f) Determina la finalidad de los seres naturales. Así pues, el pneuma es el principio dinámico, estructurante y cohesivo de la Naturaleza. (Nota del Traductor).

genio a aquellos desafortunados sistemas que las personas han rechazado, sin tener, hasta el momento, nada más para sustituirlos. El conocimiento de las leyes de la astronomía, e incluso de la propia atracción, comprende los movimientos de las estrellas, pero no explican sus mecanismos.

Descartes trató sólo de explicar el mecanismo de los cuerpos celestes, pero desde entonces, hombres célebres se han esforzado en penetrar aún más profundamente en la existencia de estos cuerpos, tratando de explicar su origen y formación primitiva.

No me refiero aquí a Newton, pues su bello descubrimiento de la gravedad y atracción, que se aplica de manera tan feliz a toda parte del universo teórico, es aún sólo una ley secundaria que presupone una ley primaria, de la cual esta gravedad deriva y de la que puede ser solamente un órgano, y el resultado.

Las hipótesis de Buffón y Laplace

Hablo de Bufón que, según los grandes sabios, es el primero, desde el descubrimiento del verdadero sistema de los movimientos celestes, que procuró llegar al origen de los planetas y de sus satélites. Él supone que algún cometa, al lanzarse sobre el sol, proyectó de su interior un flujo de materia, que uniéndose a distancia formó esferas, según Bufón, que son los planetas y satélites que bajo enfriamiento se volvieron opacos y sólidos.

El erudito Laplace no admite tal hipótesis, porque satisface solamente el primero de los cinco fenómenos enumerados por él. Laplace trata, a su vez, de suscitar la verdadera causa[3]; aunque, de forma modesta y con sabia incertidumbre, nos ofrece algo que no es el resultado de la observación y de los cálculos.

Su idea de la "*causa verdadera*" se basa en el hecho de que si los planetas recibieron sus movimientos circulares, todos en la misma dirección, alrededor del Sol, un inmenso fluido debe haber circundado aquel Orbe, así como una atmósfera; él supone que, en el principio, esta atmósfera solar se había extendido más allá de las órbitas de todos los planetas, y gradualmente se contrajo a su actual límite.

Laplace afirma que la gran excentricidad de las órbitas de los cometas conduce al mismo resultado, y evidentemente indica la desaparición de un gran número de órbitas menos excéntricas; esto sugiere una atmósfera alrededor del sol, extendiéndose más allá del perihelio

---

[3] En síntesis, la "teoría nebular" de Laplace de la formación del Sistema Solar nos cuenta cómo una nebulosa se contrajo bajo la influencia de su propia gravitación y su velocidad rotacional aumentó hasta que colapsó en un disco, en el cual se formarían los planetas. (Nota del Traductor).

de todos los cometas conocidos, que destruye los movimientos de aquellos que la atraviesan durante su gran extensión, reuniéndose al Sol.

Entonces, dice él, queda claro que solamente aquellos cometas que estaban más allá de la atmósfera durante aquel período pueden existir actualmente; que, como podemos observar, solamente aquellos cuyo perihelio se asemeja al Sol deben poseer una órbita bastante excéntrica; pero que, al mismo tiempo, sus inclinaciones deben ser tan desiguales como si estos cuerpos hubiesen sido proyectados de cualquier forma, ya que la atmósfera solar no influenció sus movimientos; de esta forma, la gran duración de la revolución de los cometas, la gran excentricidad de sus órbitas, y la variedad de sus inclinaciones, son naturalmente explicadas por medio de esta atmósfera.

Con todo, Laplace pregunta, ¿cómo esta atmósfera determina los movimientos de revolución y rotación de los planetas? Él mismo responde: si estos cuerpos hubiesen penetrado en este fluido, sus resistencias los habrían lanzado sobre el Sol; podemos conjeturar que ellos fueron formados en límites sucesivos de esta atmósfera por la condensación de sus zonas, las cuales tuvieron que abandonar en el plano de su ecuador, en el proceso de enfriamiento y condensación; podemos conjeturar aún que los satélites habían sido formados de la misma manera por las atmósferas planetarias y, finalmente, que los cinco fenómenos de los cuales habló seguirán naturalmente estas hipótesis, siendo que los anillos de Saturno contribuyen con añadida probabilidad[4].

Vamos a examinar estas dos hipótesis:

La de Bufón, además de los defectos apuntados por el erudito Laplace, ofrece una dificultad aún mayor, o sea, cómo sabremos de dónde surgió aquel cometa que se supone ha chocado

[4] La mecánica celeste basada en los principios de Newton cosechó un enorme éxito durante el siglo XVIII pero, no obstante, algunos movimientos anómalos seguían sin Solución: Júpiter estaba sometido a una aceleración aparente mientras que Saturno parecía frenarse poco a poco y la Luna también mostraba un movimiento acelerado. Si estos movimientos continuaban indefinidamente, Júpiter caería sobre el Sol, Saturno se escaparía del sistema Solar, mientras que la Luna parecía destinada a caer sobre la Tierra. Con tan sólo 23 años de edad, Laplace se interesó por estos problemas y demostró que la aceleración de Júpiter y el frenado de Saturno eran movimientos periódicos. Los larguísimos períodos (en torno a mil años) habían hecho creer hasta entonces que estas variaciones eran continuas e indefinidas ('seculares'). En 1785 demostró que tales anomalías se debían a la posición relativa de Júpiter y Saturno respecto del Sol. Todo ello necesitó de una cantidad enorme de cálculos muy detallados. En 1787 Laplace demostró que el movimiento anómalo de la Luna también era oscilatorio y que estaba ocasionado por pequeños efectos (de 'segundo orden') en el sistema triple Sol-Tierra-Luna. Los parámetros del sistema Solar y los movimientos de sus cuerpos podían estar sujetos a variaciones, pero lo que Laplace argumentó es que estas variaciones eran periódicas y, por tanto, el sistema Solar debía ser estable y auto-regulado. Todas estas ideas se recogieron en su obra 'Exposition du système du monde' publicada en 1796. (Nota del Traductor).

contra el Sol, y separado la materia de los planetas, dado que los planetas y cometas parecían haber tenido originalmente una gran afinidad en sus movimientos.

De hecho, si estas dos clases de cuerpos celestes difieren en cuanto a excentricidad, dirección e inclinación, ellas se asemejan unas a las otras al estar sujetas a las mismas leyes de gravedad y atracción, tanto de proporción como de velocidad y distancia, y en la igualdad de áreas recorridas en el mismo espacio de tiempo estas semejanzas permiten que se calcule a través del mismo método el curso de los planetas, de los cometas, y aplicarles a ellos los magníficos descubrimientos de Kepler y Newton.

En cuanto a Laplace, si percibe que sus cinco fenómenos resultan naturalmente de su hipótesis, percibirá también que, a pesar de todo, aún deja mucho que desear.

En verdad, es difícil conocer cómo la atmósfera solar permitió la formación de los planetas y cometas a través de su propia contracción en sus actuales límites, así como es difícil comprender como se contrajo, una vez que originalmente se extendía más allá del perihelio de todos los cometas conocidos, y aún según Laplace, cómo la gran excentricidad de sus órbitas llevan a los mismos resultados; no se puede concebir, pienso yo, cómo la atmósfera solar que, de acuerdo con esta hipótesis, se extendía más allá del perihelio de todos los cometas conocidos, haya sido atravesada en toda su gran extensión por un gran número de orbes menos excéntricos, siendo estos reunidos al sol después de perder sus movimientos, ya que la existencia y formación de estos orbes y cometas menos excéntricos, en el centro de la atmósfera, podría contradecir todo su sistema.

No se puede concebir por qué los cometas pudieron penetrar en esta atmósfera solar; en cuanto a los planetas, considerando su pequeña excentricidad, no deberían haber penetrado allí sin ser igualmente destruidos; y su circulación, aunque exclusiva alrededor de su eje, los habrían precipitado en la masa solar; una vez que ambos, según Laplace, deben sus orígenes a la misma causa; de esto resultaría que, después de pasar mucho tiempo, no deberíamos tener más planetas, dado que fue dicho que esta inmensa extensión fluida debe haber envuelto todos los cuerpos, planetas y satélites.

Finalmente, no se puede concebir que los planetas deban su formación solamente a la retracción o encogimiento de la atmósfera solar, y ni que se pueda atribuir la formación de los satélites a la retracción o encogimiento de sus dirigentes planetarios, dado que estos satélites, que se supone son exactamente de la misma naturaleza que sus dirigentes, deben atribuir su origen a una causa simultánea; además de eso, la atmósfera solar, al encogerse o retraerse, no debe dejar atmósfera alguna detrás de sí.

Las Leyes de la Naturaleza son complejas

Sin prolongar la investigación de estas hipótesis incompletas, diré que, aquello que milita contra la precisión y verdad de todas las hipótesis nace de la mente humana, es la línea secreta que los hombres deben seguir en relación a todos los fenómenos naturales, un mecanismo uniforme y un elemento singular, simplemente porque estos aspectos parecen ser más regulares y perfectos.

En todas las explicaciones, lo más perfecto es lo que es más verdad, sin embargo, cuán múltiples y complejas causas pueden ser consideradas por la explicación. Se puede decir que el olvido de esta verdad es lo que más ha retrasado el desarrollo de nuestro conocimiento y difícilmente hay una ciencia que no haya sido y continúe siendo sensiblemente injuriada por esto.

Como el progreso de la astronomía sufrió por la idea, nutrida por los sabios anteriores a Kepler, de que los orbes describían solamente órbitas circulares, porque esto es lo que consideraban lo más simple y perfecto, así la creencia de la unidad en las causas y condiciones radicales podía servir como base en la formación y movimiento de los orbes, retardando el conocimiento de las fuentes de las cuales realmente derivan.

Otra observación, no menos verdadera, que sustenta este hecho, es que las leyes de los resultados externos son más fáciles de captar que aquella de los órganos por los cuales estos resultados son transmitidos; y la ley de estos órganos es más fácil de ser encontrada que aquella ley de las causas que constituye y gobierna los propios órganos; esto porque cuanto más profundo penetramos, debajo de la superficie de las cosas, más encontramos sus facultades pronunciadas y mayor serán sus contrastes y diversidades.

Así, para determinar el curso y períodos que los punteros de un reloj describen sobre sus indicadores, basta observarnos y seguir sus monótonos movimientos, porque aquí hay un único hecho, y una fórmula es suficiente para describirlo y explicarlo. Si miramos el interior del reloj, encontraremos muchos y diversos agentes cuyas leyes son necesariamente más numerosas, y cuya explicación es menos simple, pues aquí hay una gama de conflicto y oposición de actividades.

Si fuésemos más allá y examináramos lo que mantiene las ruedas del reloj en movimiento, calcular tales movimientos, la fuerza y resistencia que gobiernan todas estas actividades, y si descompusiéramos las varias sustancias usadas en este mecanismo para verificar cual funciona mejor, veríamos como las ramas del conocimiento se multiplican, y cuán lejos estaríamos de la verdad si tratásemos de someter todas estas diferentes ramas bajo una misma ley y una única explicación.

He aquí el porqué de que cuando el genio del hombre observó, con atención, los movimientos externos de las estrellas, llegó a aquellos maravillosos descubrimientos de los tiempos modernos, aquellos grandes axiomas por los cuales describe, con las más simples leyes, la verdadera marcha de los cuerpos celestes.

Pero ahora el hombre se ha ocupado únicamente con la cuestión del reloj, y en vez de proporcionar lo que los sabios llaman el verdadero sistema del universo, han proporcionado sólo su itinerario; e incluso así ha olvidado aquello que es esencial en el viaje, o sea, decirnos de dónde viene y para dónde va el viajero.

Y cuando, después de describir los movimientos de los cuerpos celestes, el hombre procuró describir sus poderes orgánicos primitivos, o sea, penetrar en el interior del reloj, vemos a través de las dos hipótesis anteriores, Buffón y Laplace, cuántas fueron las dificultades y cuán poco lo que se alcanzó.

Las dificultades se volvieron aún mayores cuando, no satisfecho con la investigación sobre el poder del movimiento primitivo y orgánico de los cuerpos celestes, el hombre buscó responder sobre la formación original de estos cuerpos, como vimos por las dos hipótesis en cuestión.

No tengo recelo en repetir que la razón de todo esto es que, al penetrar por debajo de la superficie de las operaciones de la Naturaleza, encontramos los diferentes poderes de movimiento de forma distinta, sin estar sometidos a ninguna ley o acción, consecuentemente sin estar bajo ninguna explicación general aplicable a la monotonía o uniformidad de fenómenos externos que solo son resultados relativos.

Otra hipótesis

Si los autores de las dos hipótesis anteriores no fueron impedidos de publicarlas, aunque no tengan, hasta entonces, explicación sobre el origen de las estrellas, puedo, a mi vez, arriesgar y presentar una tercera hipótesis, aunque muy bien ésta pueda resultar en ningún éxito mejor.

En todo caso, esta hipótesis no estará sujeta a las objeciones de los analistas, como las otras dos, no será considerada como resultado de la observación y del cálculo.

Además de eso, su objetivo no será el de describir el curso y movimiento de las estrellas, lo que en nuestros días sería superfluo; las ciencias exactas han llevado nuestro conocimiento a este respecto, a tal grado de perfección, que, a menos que lo ampliemos, no podemos cuestionar o presentar resistencia.

La presente hipótesis tampoco será presentada como una tentativa de explicar el tipo de conjunción o impulso que pueda haber colocado los cuerpos celestes en movimiento, en la forma que los observamos circular actualmente. Para realizar tal hipótesis debería, en primer lugar, estar de acuerdo con los sabios en cuanto al surgimiento y movimiento de este mundo, hecho este que no causaba discordia entre ellos, ya que afirmaban ser imposible saber cómo esto aconteció. La hipótesis en cuestión simplemente seguirá el principio citado anteriormente, o sea, que las leyes de la creación aumentan el número y que las propiedades de las cosas aumentan en energía en la medida en que penetramos en sus profundidades.

El principal objetivo de esta hipótesis, entretanto, será dar una idea del origen de los cuerpos celestes y de la formación de aquellos que llamamos planetas; al hacer esto, debemos aplicar los principios aludidos.

Antes de presentar la hipótesis, debo recordar al lector que su autor, Jakob Böhme, tomó como cierto la existencia de un Principio Universal, así como una Fuente y un Regulador Supremo de todo lo que es; reconoció la naturaleza del Hombre pensante como siendo distinta del orden animal, además de la degradación de las especies humanas, que se han extendido al propio universo y convertido en una mera prisión y en una tumba para nosotros, en vez de ser nuestra morada de gloria.

La hipótesis de Böhme

Böhme estaba convencido, al igual que el sabio Laplace, de que todas las cosas están conectadas en la inmensa corriente de las verdades: por tanto, al desarrollar su sistema, Böhme utilizó todos los fundamentos y datos que envuelven todas las cosas; esto porque, si en pensamiento separásemos una porción del sistema universal para hacerlo un sistema aparte, nunca conseguiríamos dividir los principios que conectan este sistema parcial con el principio general.

Böhme afirmaba que el principio, o como él llamaba, la *Naturaleza Eterna*, de donde esta actual Naturaleza desordenada y transitoria se derivó por la violencia, reposaba sobre siete fundamentos principales, o siete bases, a los cuales algunas veces denomina poderes, otras veces formas e incluso ruedas espirituales, fuentes y orígenes, pues escribió en un tiempo en que ninguno de estos términos había sido usado, como son los términos “formas pneumáticas” y “cualidades” de los antiguos filósofos para nuestros días; además de eso, estas expresiones, probablemente, no fueron mejor comprendidas de aquellas usadas por nuestro autor. Él afirmaba que estas siete bases o formas también existían en esta actual Naturaleza desordenada en que habitamos, pero Solamente bajo control, y neutralizadas por poderosas redes de las cuales tratan de librarse a toda costa, a fin de vivificar las sustancias elementales muertas y producir todo lo que hay de perceptible en el universo.

Böhme procuró dar nombre a estas siete cualidades fundamentales o formas, en nuestros idiomas, que según él están degradadas, así como el propio hombre y el universo.

Yo podría rápidamente abstenerme de facilitar esta nomenclatura, teniendo en cuenta la dificultad de su aceptación por parte del lector; pero como sin ella sería aún más difícil comprender la formación original de los planetas, de acuerdo con el sistema del autor, debo utilizar su propio lenguaje.

El primero de estos poderes es llamado *astringencia* o *poder coercitivo*, ya que comprende e incluye todos los demás. Así, todo lo que es duro en la naturaleza, huesos, huesos de las frutas, piedras, le parecían pertenecer principalmente a esta primera forma o astringencia. Böhme extiende esta nomenclatura al deseo de que, en todas las criaturas, es la base y el principio de todo lo que ellas hacen y, a través de su naturaleza, atraen y abarcan todo lo que debería de pertenecer a su acción, todo de acuerdo con su especie.

La segunda es denominada *amargor* o *amargura* que, combatiendo con su actividad penetrante para dividir la *astringencia* abre el camino a la vida, sin la cual toda la Naturaleza permanecería muerta.

La tercera forma es denominada *angustia*, pues la vida esta comprimida por la violencia de las dos fuerzas precedentes en todo, en este conflicto la *astringencia* está atenuada, se vuelve blanda y se transforma en agua para dar paso al fuego, hasta entonces preso en la *astringencia*.

La cuarta forma es llamada *fuego*, pues del conflicto y fermentación de las tres primeras, éste surge a través del agua como un relámpago, que Böhme denomina *luz ígnea*, *ardor*, lo que equivale al que pasa delante de nuestros ojos cuando el fuego se lanza en relámpagos a través de las aguas de las nubes negras.

La quinta forma tiene el nombre de *luz*, pues la luz surge después del fuego, como vemos en las chimeneas, fuegos de artificio y otros fenómenos físicos.

La sexta forma es llamada *sonido*, pues el sonido, de hecho, surge después de la luz, como verificamos en el disparo de un arma o así como hablamos después de haber pensado.

Finalmente, a la séptima forma Böhme le da el nombre de *ser*, *sustancia* o *la cosa* propiamente dicha, pues como él supone, es sólo entonces que la profundidad de la existencia es revelada; de hecho, las obras que generamos a través de nuestras palabras deben ser consideradas como complementos de todas las fuerzas que las precedieron.

Böhme aplica estas siete formas, en el curso de sus obras, a la propia *Fuerza Suprema*, a la naturaleza pensante del hombre, a lo que llama *Naturaleza primordial eterna*, a la Naturaleza actual en la que vivimos, a los animales, plantas, y a todas las cosas creadas a cada una en proporción y combinación adecuada a su existencia y empleo en el orden de las cosas: Yo aún digo que no debemos sorprendernos al ver a Böhme aplicar estas formas a los planetas y a todos los cuerpos celestes, que incluyen en sí estas siete bases fundamentales, de la misma forma que la más insignificante producción en el universo.

Cuando Böhme aplicó sus formas a la naturaleza de los planetas, las aplicó también a sus números, compartiendo en este punto la opinión que dominó el mundo, de forma universal, y que sólo cayó por tierra a partir de recientes descubrimientos, o sea, aproximadamente dos siglos después de su muerte.

Pero la aplicación de su doctrina al supuesto número de siete planetas fue algo secundario en su sistema y, si la existencia de las siete fuerzas o siete formas fuese real, su sistema aún permanecería inalterable, a pesar de que el número de planetas conocidos haya aumentado desde que él escribió o pudiese aumentar aún más en el futuro.

De hecho, cuando se afirmaba en la existencia de siete planetas, nada más natural que este autor pensase que cada uno, aunque incluyendo en ellos todas las fuerzas o siete formas en cuestión, pudiesen, no obstante, expresar más particularmente una de estas siete formas y así derivar los diferentes caracteres que los distinguen, lo que viene a ser la diversidad de colores existentes entre ellos.

A pesar de que la clasificación de los planetas actualmente exceda el número de siete, la predominancia de una u otra de las siete formas de la Naturaleza no cesaría de tener efecto en cada uno. Solamente algunos de ellos podrían estar constituidos de tal forma que nos presentasen la marca y la predominancia de una y siempre la misma forma o propiedad.

El número de funciones no varía. Solamente el número de funcionarios podría crecer de tal forma que nos ayudaría a distinguir la cualidad de aquellos empleados en la misma función: es improbable que todos fuesen iguales, pues la Naturaleza no nos ofrece nada igual. Ahora proseguiremos con la hipótesis en cuestión.

La hipótesis de Böhme continúa

La generación o formación original de los planetas y de todas las estrellas, según Böhme, no fue otra sino el engendramiento a partir de la eternidad, de acuerdo con las sorprendentes proporciones armónicas de la Sabiduría Divina.

En ocasión de la gran revolución, en una de las regiones de la Naturaleza primitiva, la luz salió de esta región y envolvió el espacio de la Naturaleza presente, que se volvió como un cuerpo muerto, sin ningún movimiento. Entonces, la Sabiduría Eterna, que Böhme llama, algunas veces *SOPHIA*, *Luz*, *Suavidad*, *Éxtasis* y *Deleite*, provocó una nueva condición que tuvo origen en el centro, en el corazón del universo o mundo[5], para evitar e impedir su total destrucción.

Este espacio, o centro, según el autor, es donde nuestro Sol comienza a arder. Fuera de este espacio o centro, todos los tipos de cualidades, formas o poderes que llenan y constituyen el universo, son engendrados y producidos, todos en conformidad con las leyes de generación divina; Böhme admite, en todos los seres y eternamente en la Sabiduría Suprema, un centro donde ocurre una producción o subdivisión septenaria. Este centro es llamado *Separador*.

Böhme considera al Sol el foco y órgano vivificante de todos los poderes de la Naturaleza, así como el corazón es el órgano vivificante de todos los poderes en los animales. Para él, el Sol es la única luz natural de este mundo y supone que más allá de este Sol, no hay ninguna otra luz verdadera en la casa de la muerte; y aunque las estrellas también hayan sido depositarias de algunas de las propiedades de la más elevada y primitiva Naturaleza, y aunque ellas brillen delante de nuestros ojos, están limitadas por el ávido fuego de la Naturaleza, que es la cuarta forma; el deseo de las estrellas está todo volcado hacia el Sol de donde retiran todas sus luces. Böhme no conocía, en aquella época, la opinión más tarde aceptada de que las estrellas son otros tantos Soles; con todo, como tal opinión no puede ser probada a través de cálculos exactos, deja el camino libre para otras opiniones.

Para explicar esta restauración del universo, que aún es temporal e incompleta, el autor supone que, con ocasión de la gran revolución, una barrera haya sido situada por el *Poder Supremo* entre la luz de la Naturaleza eterna y la conflagración de nuestro mundo; fue entonces por esta razón que este mundo se volvió un mero valle de tinieblas; no había ninguna luz que pudiese brillar en aquello que estuviese encerrado en este cerco; todos los poderes y formas estaban allí aprisionados, como en la muerte; a través de la gran angustia que ellos experimentaron, se calentaron, especialmente en el centro de este gran cerco, que es el espacio de nuestro Sol.

Böhme supone que cuando la fermentación de esta *angustia* alcanzó su auge, por la fuerza del calor, aquella luz de Sabiduría Eterna, a la cual llama *Amor* o *SOPHIA*, rompió el cerco de la separación y vino a equilibrar el calor; porque en un instante, una luz brillante surgió en aquello que el autor llama *untuosidad del agua* o poder, e iluminó el corazón de esta agua, lo que la volvió templada y saludable.

---

[5] Mundo y Universo parecen ser usados como sinónimos por el autor, y son generalmente aplicados a nuestro sistema Solar, exclusivamente de estrellas siderales. (Nota del Traductor).

Böhme afirma que, de esta forma, el calor fue aprisionado, y que su foco, que es el espacio del Sol, haya transformado en una *blandura* adecuada aquello que era una terrible *angustia*; de hecho, el calor siendo iluminado por la luz guardó su terrible fuente de fuego y nunca más fue capaz de inflamarse; el romper de la luz a través de la barrera de separación no se extendió más allá de este punto y, por este motivo, el Sol no se volvió mayor, aunque, después de esta primera operación, la luz pueda haber tenido otras funciones a desempeñar, como veremos más adelante.

LA TIERRA – Cuando en el momento de la gran revolución la luz fue extinguida en el espacio de este mundo, la cualidad astringente fue la más ávida y austera en su acción, restringiendo enormemente la actuación de los otros poderes o formas. Así tuvieron origen la tierra y las piedras, que con todo, aún no actuaban en una masa, pero estaban dispersas en esta inmensa profundidad, y por la poderosa y secreta presencia de la luz, esta masa luego fue conglomerada y colectada de todo el espacio.

La Tierra es la condensación de los siete poderes o formas; pero el autor la considera solo como el excremento de todo lo que fue hecho sustancial en el espacio, con ocasión de la condensación universal, lo que no evitó que hubiese otros tipos de condensación en otras partes del espacio.

El punto central, o corazón de esta masa conglomerada, pertenecía originalmente al centro Solar, pero no por mucho tiempo.

La Tierra se tornó el centro de sí misma. Gira alrededor de sí cada veinticuatro horas y alrededor del Sol una vez al año, de donde retira vigorización y busca virtualidad. Es el fuego del Sol que la hace girar. Cuando la Tierra recupere su plenitud, al final de su curso, pertenecerá nuevamente al centro Solar.

MARTE – Pero si la luz dominó el fuego en el espacio del Sol, el impacto y la oposición de la luz ocasionó, en el mismo espacio, una erupción ígnea terrible, que lanzó del Sol un centelleo violento y asustador conteniendo en sí la furia del fuego. Cuando el poder de la luz pasó de la *Fuente Eterna* del agua superior, a través del cerco de separación, en el espacio del Sol, e iluminó el agua inferior, entonces un destello salió del agua con tremenda violencia; así, lo inferior se volvió corrosivo.

Sin embargo, este destello de fuego no pudo avanzar desde la luz, que lo persiguió y lo alcanzó. A una cierta distancia la luz aprisionó este destello de fuego, que paró y tomó posesión de aquel lugar. Es este destello ígneo que forma lo que llamamos el planeta Marte. Su cualidad particular solo es la explosión de un *fuego amargo* y venenoso lanzado desde el Sol.

Lo que impidió a la luz capturarlo rápidamente fue su intensa furia, además de su rapidez; no se volvió cautivo de la luz hasta que lo hubo impregnado y subyugado completamente.

Ahora está allá, como un tirano, que lucha y acaba furioso al verse incapaz de penetrar en el espacio; es una espina presente en toda la circunscripción de este mundo; pues, de hecho, su trabajo es agitar todas las cosas a través de su revolución en la rueda de la naturaleza; es de él que todas las cosas reciben una reacción. Es la bilis de la Naturaleza, un estimulante que ayuda a iluminar el Sol, así como la bilis en el cuerpo humano estimula e ilumina el corazón. Así, se origina el calor, tanto en el Sol como en el corazón; de la misma forma, la vida tiene su origen en todas las cosas.

JUPITER – Cuando aquel ávido destello de fuego fue aprisionado por la luz, ésta, por su propio poder, penetró aún más en el espacio, y alcanzó la parte fría y rígida de la Naturaleza. Entonces, la virtualidad de esta luz no pudo extenderse más y tomó aquel espacio como domicilio.

Aquí, el poder oriundo de la luz, era mucho mayor de aquel del destello de fuego y, por esta razón, se elevó mucho más allá de aquel relámpago ígneo y penetró a fondo en la rigidez de la Naturaleza. Entonces, la luz se volvió débil; su corazón se volvió, por así decir, congelado por la ávida, dura y fría rigidez de la Naturaleza.

En este lugar paró y se volvió corpórea. La luz vital del Sol no va más allá de este punto; pero el brillo o luminosidad, que también posee su virtualidad, llega hasta las estrellas y penetra el cuerpo universal.

El planeta Júpiter y la sustancia del espacio de su existencia surgieron del poder de la luz congelada o corporificada, que inflama continuamente aquel espacio a través de su poder.

Júpiter aún está allá, como un sirviente, un criado, cuyo oficio es siempre el de esperar en la casa que no le pertenece. Ningún planeta posee su casa propia fuera del Sol.

Júpiter es el instinto, la sensibilidad de la Naturaleza. Es una esencia graciosa y amable; la fuente de dulzura en todo lo que tiene vida; es el moderador del furioso y destructivo Marte.

SATURNO – Aunque Saturno haya sido creado al mismo tiempo que la rueda universal de esta presente Naturaleza, no puede suavizar o moderar la árida rigidez del espacio, especialmente encima de Júpiter, esta circunferencia permaneció en una terrible angustia y ningún calor puede despertar allí, debido al frío y a la astringencia que la dominaba.

Con todo, como el poder de movimiento se había extendido hasta la raíz de todas las formas de la Naturaleza, a través de la erupción e introducción del poder de la luz, esto impidió que la naturaleza parase; ella soportó los dolores del trabajo, y la región árida encima de Júpiter engendró del *espíritu árido*, *astringente* y *frío*, un hijo austero, el planeta Saturno.

El espíritu de calor de donde surge la luz, el amor y la suavidad, no puede ser inflamado en aquel lugar, y nada fue engendrado fuera de la rigidez, de la aridez y de la furia. Saturno es lo opuesto de la suavidad.

Cabe observar que los aros de Saturno, separados del cuerpo del planeta, y presentando algo como fisuras y fracturas en sus estratos, parecen sustentar la referida explicación sobre su origen en la aridez y rigidez. El frío aísla poderes generativos, en ver de armonizarlos. El sólo trabaja sobre presión, de tiempo en tiempo y a tramos; y en los cuerpos es capaz de engendrar fracturas y rupturas; sus poderes productivos son consecuencia del estado de división y violencia.

Saturno no está preso en su lugar como está el Sol; no es una circunscripción extraña, corporificada en la inmensidad del espacio; es un hijo engendrado de la rígida angustia, de la furia y del frío; es la cámara de la muerte.

Saturno es, con todo, un miembro de la familia en el espacio de su rotación, que no tiene nada de propio, excepto su propiedad corporal, como un bebé recién nacido.

El trabajo de Saturno es el de secar y contraer los poderes de la Naturaleza, además de traer todas las cosas para la corporeidad; su poder es *astringente* y engendra especialmente los huesos en las criaturas.

Así como el Sol es el centro de vida en un origen de aquellos que son llamados espíritus, en el cuerpo de este universo es Saturno el que da inicio a toda corporeidad. En estos dos orbes reside el poder de todo cuerpo universal. Sin estos poderes no habría criatura y tampoco configuración en el cuerpo universal natural.

URANO – No era conocido en la época del autor, está sumergido aún más profundamente en el espacio de la rigidez y del frío y puede, de acuerdo con la doctrina que acabamos de leer, haber tenido el mismo origen que Saturno. De la misma forma que los dos planetas nuevos, Ceres y Pallas, entre Marte y Júpiter pueden derivar, más o menos, de las causas originales de sus dos vecinos, o sea, de la luz y del fuego.

VENUS – El moderado planeta Venus, el poder de movimiento movible del amor en la Naturaleza, tiene origen en la emanación del Sol.

Cuando las dos fuentes de vida y movimiento surgieron en la posición del Sol, a través de la untuosidad del agua, entonces la suavidad, a través del poder de la luz, penetró en la cámara de la muerte, por intermedio de una impregnación benévola y suave, cayendo como una fuente de agua y en una dirección opuesta a la furia del relámpago.

En esta ocasión surgió la bondad y el amor en las fuentes de la vida, pues cuando la luz del Sol impregnó todo el cuerpo del Sol, el poder de la vida, que surgió de la primera impregnación, aumentó por sí mismo, así como cuando quemamos la madera o extraemos el fuego de una piedra. En primer lugar, vemos la luz, y de la luz el fuego estalla; después de la explosión de fuego, viene el poder del cuerpo que quema; con este poder, la luz surge inmediatamente por encima de la explosión, y predomina mucho más encima y más poderosamente que la explosión del fuego; es así que se debe comprender la existencia del Sol y de los planetas Marte y Júpiter.

Con todo, como la posición del Sol, o sea, el Sol, así como todas las otras posiciones, poseían en sí todas las otras cualidades, delante de la similitud de la Armonía Eterna, ocurrió que en el instante en que la posición del Sol fue iluminada todas las cualidades comenzaron a actuar y a expandirse en todas las direcciones. Ellas se desarrollaron de acuerdo con la ley eterna que no tiene inicio.

La Luz-Poder provocó, en la posición del Sol, el desencadenamiento de los poderes *amargo* y *astringente* o las cualidades *flexible* y *expansiva* como el agua, que poseían un carácter opuesto a aquel que surgió en la furia del fuego. De este proceso surgió el planeta Venus que, en casa de la muerte, presenta la suavidad, ilumina la untuosidad del agua, penetra gentilmente la rigidez e inflama el amor.

En Venus, el orden radical o calor amargo, tan fundamental en este planeta como en todas las cosas, desea Marte, y la sensibilidad desea Júpiter, el poder de Venus vuelve la furia de Marte dócil y más suave; y vuelve a Júpiter moderado y modesto; si así no fuese, el poder de Júpiter atravesaría la ávida cámara de Saturno, como hace a través del cráneo de los hombres y animales, y la sensibilidad se tornaría audacia, contraria a la ley de generación eterna.

Venus es la hija del Sol; posee gran ardor por la luz y está fecundada por ella; es por eso que Venus brilla de forma tan luminosa comparada con los otros planetas.

MERCURIO – En el orden superior de las leyes armónicas de las siete formas eternas, Mercurio es lo que Böhme llama *sonido*. Este sonido, o Mercurio, está, según él, en todas las criaturas de la tierra; sin él nada sería sonoro o haría cualquier ruido. Mercurio es el *separador*, despierta los gérmenes en todas las cosas; es el operario jefe en el círculo planetario.

Böhme atribuye el origen de Mercurio, en el orden planetario, al triunfo alcanzado por la Luz-Poder sobre la *astringencia*, pues es esta *astringencia* la que contenía el *sonido*, o Mercurio, aprisionado en todas las formas y poderes de la Naturaleza, liberándolo a través de su propia atenuación.

Este Mercurio, que es el *separador* en todo lo que tiene vida, el principal operario en la rueda planetaria, y en cierto modo la palabra de la Naturaleza, no podría, en la conflagración, situarse lejos del Sol, que es el foco, centro y corazón de esta Naturaleza, pues al nacer del fuego, sus propiedades fundamentales lo dispusieron de forma opuesta pero cerca del Sol de donde ejerce sus poderes sobre todas las cosas que existen en el mundo.

Mercurio transmite sus poderes a Saturno y Saturno da inicio a la materialización de estos poderes.

El autor supone que Mercurio está impregnado y es continuamente alimentado por la sustancia Solar; es aquí que se encuentra el conocimiento sobre lo que había en el orden encima, antes de la Luz-Poder haber penetrado en la clausura, dentro del centro Solar y dentro del espacio del universo que puede ser la causa secreta de tantas pesquisas curiosas sobre el mercurio mineral.

Böhme supone, con todo, que el Mercurio, o *sonido*, estimula y abre, especialmente en las mujeres lo que en todas las criaturas él llama *tintura*, y que ésta es la razón por la cual ellas son tan propensas a hablar.

LUNA – Este es el único satélite comentado por el autor. Dice que, cuando la luz produjo el poder en el espacio del Sol material, la Luna apareció, así como había sucedido con la Tierra; dice que la Luna es un *extracto* de todos los planetas; la Tierra la intimida, por causa de su terrible estado de excremento, desde la gran revolución; aún más, según el autor, la Luna, en su revolución, extrae o recibe lo que puede de los poderes de todos los planetas y estrellas; ella es como una esposa del Sol, y aquello que es sutil y espiritual en el Sol se vuelve corpóreo en la Luna, pues la Luna auxilia en la corporización.

El autor no menciona los cometas. En "*El Espíritu de las Cosas*" los comparé a ayudantes de campo, que se comunican con todas las partes de un ejército, o de un campo de batalla. Esto hace que la rotación de los cometas, en todas las direcciones, tan diferente de la rotación de los planetas, no parezca tan extraordinaria.

En cuando, el sistema en cuestión, si verdadero, podría ayudarnos a descubrir el origen y el destino de estos cometas, el autor nos da a entender que el Poder de la Luz actuó en gran

parte en la formación de nuestro sistema planetario, así como el Poder del Fuego actuó en la formación de las estrellas, que considera estar en la ávida ebullición del fuego.

Como la armonía sólo puede existir en la unión de los poderes de la luz y del fuego, los cometas pueden haber sido originalmente compuestos de ambos en los diferentes niveles, es lo que se presume de la gran variedad de sus colores y apariencias. A partir de esta idea, se puede imaginar que las funciones de estos cometas sería servir de órganos de correspondencia entre la región Solar y la región de las estrellas; tal conjetura puede sustentarse al observar que, en su perihelio, se asemejan al Sol; se puede imaginar aún que, dada la prodigiosa excentricidad de sus elipses, puedan transmitir las influencias Solares sobre las regiones siderales y traer al Sol la respuesta de las estrellas.

No sería siquiera necesario a los cometas aproximarse demasiadamente a la región de las estrellas cuando se encaminan en su dirección; como cuando ellos alcanzan nuestro sistema Solar, vemos también que sus perihelios se mantienen a una considerable distancia del Sol.

Observaciones sobre el sistema de Böhme

Esta es la hipótesis que acreditaba poder presentar al lado de aquellas de los consagrados autores mencionados anteriormente. La presenté de forma bastante condensada. Para dar una idea completa sobre la hipótesis de Böhme, sería necesario analizar todas sus obras, e incluso así, no creo que estuviera libre de objeciones. Con todo, debo estar apto para decir a los referidos sabios que, si esta hipótesis tuvo sus defectos, los sistemas de ellos tal vez tuvieran aún más, ya que no nos ofrecieron una de las bases vitales que parece servir como principio y eje en la Naturaleza. Puedo añadir que tenían la gloria de sus otras ciencias, que no son conjeturables, y no serían afectadas si otro llegase cerca de aquello que no es susceptible de análisis.

Hay muchas ramas en el árbol de la inteligencia humana, y aunque bastante distintas, todas sirven, no para perjudicar unos a otros, sino para aumentar nuestro conocimiento.

Si colocáramos una lira, por ejemplo, delante de varios hombres, alguno podría delinear exactamente todas sus dimensiones externas. Si algún otro fuese un poco más allá y la tomara por partes, podría ofrecer una idea exacta de todas las partes que la componen, además de la preparación y manipulación a la que han tenido que ser sometidas antes de estar listas para su debido uso; tal descripción no impide que la primera, hecha por el primer observador, sea correcta y admirada. Si un tercer hombre extrajera el sonido de la lira y encantara mis oídos con su melodía, ni siquiera su talento disminuiría el mérito de los otros dos.

Por tanto, tengo el permiso de presentar la hipótesis en cuestión a los hombres instruidos en las ciencias exactas, pues, a pesar del inmenso campo que ella abarca, no disminuirá nunca la importancia de sus propios descubrimientos sobre los hechos astronómicos exteriores, o impedir que sus maravillosos poderes de análisis los conduzcan diariamente, y con pasos certeros, al conocimiento de las leyes fijas que gobiernan, no sólo los cuerpos celestes, sino también todos los fenómenos físicos del universo.

Cuanto mayor sea el progreso que hicieran en este sentido, más estaré gratificado, pues estoy convencido de que avanzarán mucho más allá, en dirección a las fronteras de otras ciencias, y no dudarán en conectarlas indisolublemente cuando perciban los grados de armonía que todas poseen.

Debo observar aún que no debemos sorprendernos si, a pesar de su nuevo e inesperado aspecto, la hipótesis en cuestión aún deja lagunas; el hombre que inicia una extraordinaria carrera puede muy bien ser disculpado si no la recorre totalmente.

La historia de las ciencias nos enseña que, aunque la teoría del movimiento de la tierra haya disipado las influencias con las cuales Ptolomeo desconcertó la astronomía, Copérnico aún dejó muchas teorías para explicar las desigualdades de los cuerpos celestes. Muestra aún que Kepler se dejó engañar por una ardiente imaginación y no aplicó las grandes leyes que descubrió a los cometas: la ley de relación entre el cuadrado de los períodos de revolución de los planetas y sus satélites, y el cubo de sus grandes ejes orbitales, porque afirmaba, como el vulgo, que los cometas eran Solamente meteoros engendrados en el éter, y dejó de estudiar sus movimientos.

El propio Newton, a pesar de todos los tesoros que colectó de los diferentes fenómenos de nuestro sistema, los movimientos de los cometas y las desigualdades de los movimientos lunares, originados de la acción combinada del Sol y de la Tierra en este satélite, simplemente anunció estos descubrimientos; y de entre las perturbaciones que observó en los movimientos lunares, la eyección de este orbe terminó fuera de sus pesquisas.

Añadiría que, suponiendo la hipótesis de Böhme como verdadera, algunas objeciones, o incluso ciertos errores, no deben impedir que saquemos algunos frutos de ella, ya que, al igual que en la ciencia exacta de los movimientos celestes los astrónomos avanzaron considerablemente e hicieron cálculos correctos sin conocer todos los cuerpos de nuestro sistema planetario.

De este modo, antes de descubrir nuevos planetas, la ignorancia que teníamos de su existencia no impidió a los astrónomos prever, con tolerable exactitud, el recorrido de los cometas;

porque aquellos planetas desconocidos, estando tan distantes o siendo tan pequeños, no podían producir ninguna perturbación sensible en los cometas que pasasen por ellos.

La morada de los Planetas

No voy a cerrar el asunto de la astronomía sin examinar la conjetura comúnmente aceptada de que, como otros planetas poseen varios puntos de similitud con la tierra, probablemente ellos estén igualmente habitados.

En "*El Espíritu de las Cosas*", afirmé que la existencia de la Tierra no sería inferior en caso de que no fuese habitada, ya que esta propiedad de morada es apenas secundaria, por así decir, y ajena a su existencia. Así, aunque la Tierra esté habitada, no es motivo decisivo para que otros planetas también lo estén, a pesar de la analogía que permite la conjetura.

Podemos observar que la vegetación no es un constituyente o propiedad necesaria de la tierra, ya que es infecunda en varios climas; las arenas y las piedras, que son las sustancias de la tierra, son símbolos de la esterilidad.

El Sol es el medio directo de desarrollo de la vegetación en la tierra, que acaba más viscosa al aproximarse a aquel orbe y más infértil al apartarse de él; pero cuando la tierra está muy próxima al Sol, y éste se encuentra preponderante, la tierra se vuelve calcinada, transformándose en arena y polvo, o sea, se vuelve improductiva.

Esto nos lleva a presumir que, siendo susceptible de vegetación, la Tierra fue situada entre una serie de planetas entre los que era necesario, a una exactamente correcta distancia del Sol, cumplir su secundario objetivo de vegetación; de esto se deduce que los otros planetas están o muy lejos o muy cerca del Sol para tener vegetación.

Mucha luz podría ser adquirida, sin duda, en relación a esta cuestión de la vegetación en los planetas, a partir de sus diferencias y densidad; y tal vez pudiese aclarar algo sobre la naturaleza de estos cuerpos celestes, a los cuales no podemos negar una fundamental identidad de sustancia, una perfecta analogía entre la Tierra y los otros planetas en las leyes de sus movimientos, peso y atracción; y este es el marco de aquellas bellas observaciones de la astronomía y de las matemáticas hechas constantemente, como la marcha de los grandes cuerpos y toda sus propiedades exteriores.

Pero, en cuanto esperamos por esta luz, debemos, al menos, de forma general, imaginar un destino individual y distinto para cada planeta, sea habitado o no, esto si quisiéramos llegar a algo satisfactorio sobre ellos; pues, la probable esterilidad de los otros planetas, debido a

su gran proximidad o distancia del Sol, parece ser también una buena razón para presumir que tales planetas no estén habitados.

El destino del Universo y del Hombre deben ser primeramente conocidos

Sobre este asunto, ningún sistema puede ser presentado antes que se sepa qué es el Universo y que se suponga un destino para él; las ciencias humanas suponen que esto sea imposible.

Por la misma razón, ningún destino para el Universo puede ser aceptado sin que primero haya un consenso respecto de la naturaleza del Hombre; es preciso saber si tal destino y el hombre están correlacionados.

Ahora, las ciencias humanas también acreditan que es posible conocer la naturaleza del Hombre; para hablar con más precisión, lo confunden con los animales, lo que sumerge al Hombre, una vez más, en un estado de oscuridad y duda en la que tales ciencias colocaron toda la Naturaleza, o sea, bajo la sentencia de que su destino no puede ser conocido.

En resumen, para conocer el destino del Hombre, deberíamos saber también qué pensar sobre aquel Principio General de las cosas, aquel Poder Supremo, al que se ha dado el nombre de Dios; y las ciencias humanas destruyeron este Poder en el orden de los seres. Desanimadas por las escuelas de religión donde se dice más de lo que se prueba, las ciencias humanas han confundido la norma con el abuso y degradado a ambos.

Además de todo esto, los maestros de estas ciencias humanas aplicando, por así decir, con tanto éxito su conocimiento físico, matemático y analítico a las propiedades exteriores del universo y usando solamente estos medios externos, están naturalmente satisfechos con los resultados obtenidos; siendo ellos ajenos a cualquier otro medio, y no teniendo necesidad de conocer alguno que lleve a los objetivos externos a los cuales buscan, cierran desdeñosamente sus oídos a cualquier observación fuera del círculo donde se enclaustran a ellos mismos, ¿cómo podemos esperar que acepten con naturalidad cuestiones y verdades de otro orden?

Esto no lo voy a intentar, y las pocas observaciones que hice respecto a los otros planetas deben por tanto ser suficientes. Con todo, he rehusado, por así decir, desde que tengo uso de razón, trillar caminos poco viables y llenos de espinas; debo, a pesar de todo, aceptar mi eventualidad, y tratar de acuerdo con mi capacidad la importante cuestión del destino de nuestro globo. Ofreceré algunos medios de conciliación a los eruditos del mundo para que puedan, sin despreciar el crédito que poseen o rechazar cualquiera de los conocimientos que hayan adquirido, inducirlos a coincidir en que el círculo donde se encierran podría, posiblemente, ser menos exclusivo y reducido de lo que sus ciencias lo volvieron.

Trataré de dejar evidente que las regiones en la cual el hombre tiene tanto el derecho como la necesidad de caminar, no pueden ser tan inaccesibles como presumen; y si sólo quisiéramos algo para llenar la capacidad de nuestras inteligencias, pediríamos algo más a los eruditos y ellos no nos atenderían, a pesar de las maravillas que descubren diariamente.

El destino de la Tierra

Los hombres, frecuentemente, han hecho una objeción digna de nota de que, debido al pequeño espacio ocupado por la Tierra entre los cuerpos celestes y la superioridad atribuida a ella, en lo que se refiere a su destino, el aspecto ilimitado del universo podría, para nuestra satisfacción, responder por sí sólo, en caso de tener en cuenta solamente nuestros ojos.

La razón por la cual los observadores rehúsan dar a la Tierra un destino diferenciado de entre los cuerpos celestes se resume en esto: que ella solo es un planeta pequeño, casi imperceptible en la vasta extensión del sistema solar; que es, desde el descubrimiento de las nebulosas, y de la opinión común de que las estrellas son Soles, un punto invisible en la inmensidad del espacio.

Si el tamaño visible de las cosas fuese el único indicador o regla por la cual se juzga su valor real, esta objeción sería la solución. Pero tenemos muchos ejemplos para probar que esta ley está lejos de ser universal o sin excepción.

El ojo no es el órgano que ocupa más espacio en el cuerpo humano, pero aun así no se clasifica como el menos importante de entre los órganos, una vez que es el guardián, el seguro y el educador de todo el cuerpo. El diamante es infinitamente menor si se compara con la masa terrestre, pero guarda en sí un valor mucho mayor que el de otras masas más voluminosas.

Reconozco que estas simples reflexiones pueden apenas amenizar las dificultades y no resolverlas. Haremos, por tanto, algunas observaciones que, para algunas mentes, puedan tener más peso. Pero como de acuerdo con los famosos sabios citados, todas las verdades se tocan, debo hacer uso de todos los datos que he propuesto, y creer que sean admitidos por el lector.

Tomaré, por tanto, como cierto, la degradación del Hombre, de quien el estado de caído y de humillación nunca dejo de recordar.

Veré al Amor y la justicia de lo más alto imprimir alternativamente sus decretos en la afligida morada en que habitamos.

Finalmente, me inclinaré a los privilegios religiosos, a la poderosa evidencia de que el Hombre Espíritu puede desarrollar su interior, sin prestar cosa alguna de la tradición, que siendo desconocida del Hombre Material prueba, al menos, que la causa que el hombre defiende no ha sido aun suficientemente examinada por su parte para que espere un juicio a su favor.

La Tierra, una prisión para el Hombre

Partiendo del principio de que el Hombre es un ser degenerado, vestido con los trajes de la vergüenza, podemos, sin ninguna incoherencia, considerar la Tierra como nuestra prisión o nuestra mazmorra; sin hablar de las abundantes y continuas miserias de todos los mortales, ¿dónde está el Hombre, que sumergido en lo más íntimo y secreto de su ser, no soportará testimoniar la veracidad de esta dolorosa conclusión?

Pero si la Tierra es una prisión para el Hombre, es difícil imaginarla tan poco notada entre las estrellas; ahora bien, hasta en nuestra justicia humana ofrecemos en nuestras prisiones no más que pequeños espacios y simples acomodos a los condenados.

La Tierra, representada por nuestro autor alemán como el excremento de la Naturaleza, y que de acuerdo con el principio de degradación del Hombre es solamente una prisión, no tiene motivo para ser el centro de los movimientos astrales, como los antiguos y Tycho-Brahe afirmaban: un montón de estiércol o una prisión normalmente no es el centro o lugar principal de un país.

Vemos aún que es verdad que los gobiernos alimentan a sus prisioneros, pero no con el más fino pan y la más tierna carne; de la misma forma, vemos que la tierra tiene vegetación, es fructífera y productiva porque, a pesar de nuestra calidad de prisioneros, la Justicia Suprema aún desea proveer nuestro alimento. Con todo, observamos, al mismo tiempo que, así como sus prisioneros, la Justicia Suprema permite que la Tierra produzca, naturalmente, nada más que frutos imperfectos, y nos alimenta con el pan de la aflicción, un pan salvaje, y solamente a través de la dulzura de nuestras frentes podremos mejorar un poco nuestro modo de vida; como en la justicia humana, el prisionero está sujeto a la dieta común, y no le es permitido nada más allá de su ración, además de aquello que está pagando.

Si, en nuestra justicia humana, los prisioneros están sujetos a tan miserable existencia, por otro lado, vemos los socorros de benevolencia y caridad penetrar este confinamiento; y por más repulsiva que sea la mazmorra de estos prisioneros, vemos consuelos sagrados y religiosos ser llevados a ellos diariamente.

En resumen, el ojo de la compasión, incluso de la más alta autoridad, a veces visita este antro del crimen, por más vil que sean las condiciones de los condenados. ¿Cómo no va ser entonces cuando el prisionero se relacione íntimamente con lo Soberano?

Todo esto es señal segura de que, si por un lado estamos sujetos a la severidad de una rigurosa mazmorra, por otro ella está templada por el amor y por la dulzura; como de hecho está ejemplificado físicamente por el lugar que la Tierra ocupa que, como todos saben, es entre Marte y Venus.

Los auxilios dados al Hombre en su prisión

Si el Hombre Espíritu abriese los ojos, rápidamente conocería en sí mismo los innumerables auxilios que la benevolencia de la Autoridad Divina Suprema le envía, incluso en su lugar de confinamiento. Vería que si, a consecuencia de su pequeñez, fue errado tomar la Tierra como centro de los movimientos celestes, éste fue un engaño disculpable, pues él mismo debe ser el centro de los movimientos Divinos en la Naturaleza; todos estos errores tienen origen en el sentimiento secreto de su propia grandiosidad, que llevó al hombre a desproveer su prisión de los privilegios que debería atribuir a su persona y de los cuales solo le quedaron dolorosos recuerdos en su memoria, en vez de los gloriosos trazos que tales privilegios deben ofrecer.

Afirmo que si el Hombre Espíritu siguiese atentamente y con constancia la línea de orientación que les es ofrecida en su laberinto conseguiría, ciertamente, resolver todos los problemas restantes de la prisión donde está confinado.

Las aperturas a las que el hombre podría llegar con esto le harían sentir que, si no está en la primera posición entre los seres del universo, con relación a la gloria, ha sido recolocado en esta posición en relación al amor, y como su prisión experimentó necesariamente algo de este alivio, debe presentar señales convincentes del destino al que está llamada. Este destino no es otra cosa que ser el templo de purificación en el cual el Hombre puede no sólo reafirmarse a través de la abundante asistencia que le es ofrecida, sino donde puede también recibir y manifestar todos los tesoros de la Sabiduría Suprema que lo formó y que no desdeña nada para derramar sobre él Su propio Amor y Luz, tan grande es Su deseo de preservar Su imagen en el Hombre.

El conocimiento del Hombre y de la Naturaleza deben avanzar juntos

Para llegar a un conocimiento correcto sobre lo que es la Tierra, bajo todos los aspectos, es más esencial aún estudiar al Hombre en relación a todo lo que le causa respeto; y si no

cultiva con celo perseverante los gérmenes sagrados que son diariamente plantados en su interior para este fin vendrá, una vez más, a caer en la ignorancia común y en las conclusiones ciegas, tanto en relación a la Tierra como en relación a sí mismo.

El Hombre y el Universo forman progresiones ligadas unas a otras que prosiguen lado a lado, y el último término de conocimiento del Hombre lo llevaría al último término de conocimiento de la Naturaleza. Ahora bien, como las ciencias humanas descartan enteramente este conocimiento activo o positivo del Hombre, que solo puede y debe enseñarnos todo, no es de admirarse que tales ciencias permanezcan, hasta aquí, lejos de un verdadero conocimiento de la Naturaleza.

De hecho, a pesar de las maravillas de las ciencias naturales, especialmente aquellas de astronomía, nos proporciona satisfacciones que nos elevan, por así decir, sobre este estrecho y sombrío mundo, posibilitándonos sentir y apreciar la superioridad de nuestra facultad de pensamiento sobre nuestro ser sensible, aun así es preciso reconocer que estas maravillas no satisfacen todas las necesidades del Hombre Espíritu; y, si podemos, por medio de nuestros sentidos, conocer la Naturaleza experimentalmente, y si podemos evaluarla a través de nuestras ciencias, un tercer poder parece querer colocarla en acción. Si poseemos deseos, inteligencia y una gran capacidad de actividad interna, como es evidente a través de todos nuestros actos, no debe haber nada improductivo en nosotros; siendo la naturaleza nuestro atributo, no podemos, como señores feudales, limitarnos a catalogar nuestros dominios, debemos también tener derecho a disponer de ellos como nos apetezca.

Así, los sabios más consagrados de la ciencia natural y los más famosos astrónomos deben, a partir de estas simples observaciones, convencerse de que ellos no disfrutan de sus derechos plenos de hombres espirituales.

Las Causas Finales

¿Qué sucederá si volvemos nuestra mirada a las llamadas “causas finales”?

Todas las cosas poseen primero un principio de acción, al cual podemos llamar sus bases de existencia, ellas corresponden, en el orden social, a la cualidad de miembro de la comunidad. En segundo lugar, poseen un modo de acción, de acuerdo con el cual ejecutan lo que le es inculcado por sus bases, y corresponde, en el orden social, al poder administrativo. En tercer lugar, poseen un instrumento, o agente, que realiza esta acción y corresponde, en el orden social, al poder ejecutivo; en el orden material, corresponde a todos los poderes ciegos de la Naturaleza. En cuarto lugar, todas las cosas poseen un objetivo, un plan, un objeto al cual esta acción tiende y está orientada y que puede ser fácilmente ejemplificado en cualquier orden.

Es preciso conocer muy bien estas cuatro propiedades, principalmente en relación a la existencia del Hombre, una vez que es natural para un poder de pensamiento activo que sepamos de dónde recibimos este poder, cómo debemos usarlo, por qué medio debemos trabajar y con qué objetivo o finalidad debemos actuar. Pero también el derecho de contemplar, analizar y conocer estos cuatro componentes en todos los órdenes de existencia.

Estas son, de forma general, lo que se puede llamar causas finales, y vemos que ellas no están, como se imagina, limitadas a la razón de la existencia de algo, sea particular, sea general, una vez que podemos proseguir en busca del conocimiento tanto de su principio como de su modo de acción.

Las Ciencias Humanas giran en círculos

Las ciencias humanas giran en círculos alrededor de estos focos de conocimiento, pero nunca los penetró y fingen no poder penetrarlos. Ellas, ciertamente, tratan de descubrir el modo de acción, y este es el objetivo de todas las pesquisas matemáticas y físicas, sean puramente científicas o prácticas. Como consecuencia de este derecho que poseemos, las ciencias humanas tratan, incluso, de elevarse al principio de determinada acción; pero al buscar este principio solamente en sus resultados y no en su fuente, en las formas y no en las bases ocultas en estas formas, perdieron de vista, de una sola vez, la existencia de las cosas, o su modo de acción, el agente que opera esta acción y el objetivo o finalidad de esta existencia. De este modo, en vez de buscar el lugar de origen de las cosas, para dónde van y cómo se orientan con relación a su duración, las ciencias se concentran todas en la consideración de cómo las cosas son hechas. De esta forma permanecen en la ignorancia tanto en relación al origen de las cosas como en cuanto a su verdadero modo de acción, o motivo de sus acciones y su real manera de ser, que es interna y oculta; estas ciencias se consumen al tratar de mostrarnos un falso método.

Cuantas más dificultades ellas encuentran al avanzar en estos caminos, más obstinadas de vuelven, y es esto lo que las fijan, como postes, en estos erróneos caminos, tornándolas tan desdeñosas enemigas de las razones de la existencia; esta razón es exactamente el primer conocimiento que debemos buscar, incluso antes de pensar en la verdadera manera.

¿Qué, entonces, podemos esperar de nuestras pesquisas después de la falsa manera a la que ellas nos restringieron?

Todas nuestras producciones artísticas poseen una razón, y tomamos cuidado de darla a conocer para que puedan ser aceptadas. La persona a quien queremos mostrarlas no pregunta la manera cómo fueron hechas después de saber sus razones.

El artesano que las produjo piensa primero en la razón, y sólo después en la manera en cómo irá realizándolas; y al hacer su trabajo ciertamente no pierde tiempo con relación a la falsa manera exterior, sino que busca la verdadera y activa manera como mejor pueda ejecutar o realizar su fin, o razón, que él se propuso a sí mismo.

Aquellos que afirman una Fuente Suprema de existencia, precisan imaginar que debe ser, como mínimo, tan inteligente como nosotros, y que, en la producción de Sus obras, debe hacer de forma semejante a como hacemos en las nuestras.

Si en nuestras obras mostramos siempre no sólo una razón, sino también una manera interior, que es el eje de la obra, y un modo de acción conectando ambas; digo que, si revelamos estos secretos a aquellos a quien exhibimos nuestras obras, la Providencia no podría, bajo ningún modo, haber tenido la intención de ocultarnos a nosotros estos mismos secretos en las obras que nos exhibe, y nuestra ignorancia en relación a esto sólo puede ser atribuida a nuestra propia falta de comunicación.

Sólo el Verbo puede revelar la razón central de las cosas

Tú, que gustas de conocer la razón de las cosas, recuerda que ella no se encuentra en la superficie, ni siquiera en el centro exterior, que es la única cosa que las ciencias humanas pueden revelar. La razón de las cosas sólo puede ser encontrada en su centro interno, pues solamente allí reside su vida; pero como esta vida es el fruto del Verbo, es solamente a través del Verbo que el centro de las cosas puede ser revelado. Sin este instrumento o privilegio recientemente ofrecido, respecto a un fluido muy famoso, puede hasta ser obtenido, pero nunca será aprovechado, porque tal fluido, aunque sea un objeto apropiado de estudio que puede llevar a grandes descubrimientos, aún está, para usar las palabras de Böhme, cerrado en las cuatro formas de la Naturaleza y solamente el Verbo puede abrir su prisión.

El reposo de la Naturaleza, el Alma y el Verbo deben partir del Hombre

Aquí concluyo lo que tenía que decir sobre los cuerpos astronómicos, y continúo con el objetivo principal de esta obra, que es tratar del reposo de la Naturaleza, del Alma Humana y del Verbo, a los cuales el Ministerio Espiritual del Hombre debe contribuir.

El Hombre adquiere diferentes características a cada paso de su sublime jornada. Primero puede ser considerado un señor de la Naturaleza, y así debe ser, de hecho, ya que ella no obtiene ningún auxilio de él. Después es simplemente el hermano de sus semejantes y, más como amigo que como maestro, se dedica a la asistencia de estos semejantes.

Finalmente, en tercer lugar, solo es un siervo, un mercenario para el Verbo, al cual debe traer alivio; y es solamente cuando el hombre entra en una posición más baja es que se vuelve especialmente el trabajador del Señor.

Pero, para contribuir al alivio de la Naturaleza, el Hombre debe comenzar por parar de atormentarla e injuriarla. Antes que su respiración pueda recuperar el poder de purificar y revivir la Naturaleza, el hombre debe primero hacerse oír lo suficiente, y no al punto de infectar el universo, como hace diariamente.

La habitual influencia del Hombre en la Naturaleza

¿Qué es lo que el Hombre, de hecho, habitualmente hace en la tierra? ¿Cuándo el aire puro llega hasta nosotros, y encuentra un pasaje en nuestras moradas, será que esto ocurre meramente para traernos un nuevo instrumento de vida? ¿No podría ser también para recibir de nosotros su propia libertad, y la liberación de la acción corrosiva a la cual ha estado sujeto desde el primer crimen?

Y nosotros, a través de nuestras podridas exhalaciones y miasmas venenosas, y aún más a través de la infección de nuestros pensamientos, contribuimos a su corrupción y destrucción.

La tierra sobre la cual caminamos abre a nosotros todos sus poros, como si fuesen muchas y muchas bocas, clamando por un bálsamo que cure sus heridas y, en vez de ofrecerle reposo y una vida nueva, lo que ofrecemos para matar su sed es la sangre de los hombres que derramamos en nuestras violentas y fanáticas guerras, y que, depositada en el seno de la tierra, evaporada con la ira y la furia de los hombres, sólo puede agravar los dolores de la tierra.

Como una Diosa, debajo de los pies de quien crecen flores en el Monte Ida, nosotros también podemos llenar nuestros jardines con bellas plantas y árboles magníficos; pero, en vez de restablecer en ellas la vida de los árboles y de las plantas del Edén, somos una multitud negligente que camina entre ellas.

Llenamos la atmósfera circundante con estériles, o además mortificantes palabras; interceptamos las poderosas influencias de la Naturaleza; y, para evitar, hasta incluso que los bellos árboles que constituyen el principal ornamento de estos jardines y que casi reproducen en la Naturaleza el Eliseo de los poetas, preserven su vigor por mucho tiempo, los quemamos hasta sus raíces, con lo que hay de más corrosivo, sin alguna vez reflexionar si algún mirar puro y modesto pudiese estar cerca para avergonzarse de nuestras inmorales e indignantes indecencias.

¡Dios mío! ¡Oh, hombre depravado! En el desorden, delirando consigo mismo, bajo la sombra hospitalaria de estos jardines públicos, donde difícilmente permanece algún ojo puro y modesto para avergonzarse delante de su inmoralidad. La muerte presente en su moral ha tomado también la moral de aquellos pródigos cuyo número vienes a aumentar.

Con nuestros instrumentos astronómicos penetramos las vastas profundidades del cielo; allí, continuamente descubrimos nuevas maravillas que nos llenan de admiración; y cuando parecía que aquellas poderosas fuentes que animan todos aquellos cuerpos celestes, y el espacio en que se encuentran, están reveladas para nosotros, solamente para que podamos, mientras permanezcan en nosotros, restituirles aquellas aún más poderosas fuentes de las cuales están separadas, ¿qué hacemos?

En vez de demostrarnos ardor para restaurar la alianza de los hombres, como antiguamente aumentamos su melancolía al decir que no tienen otro estado al que aspirar; que en este momento disfrutan de todo el reposo que pueden esperar, y que es en vano que evocan otro poder sino el suyo propio; en resumen, cuando nos piden para traerlos más cerca de aquella Existencia, que está tan por encima de su morada, y sin la cual ninguna criatura disfruta de paz, nuestra profunda sapiencia llena nuestro majestuoso firmamento donde aparecen los cuerpos celestes junto a nuestras blasfemias y proclamamos, bajo de los portales celestes: ¡No hay ningún Dios!

¿Es a estos hombres, en tal aberración moral e intelectual, a quien podemos estar hablando sobre el verdadero ministerio del Hombre en la Naturaleza? ¿Serán capaces de realizarlo? No entenderían una sola palabra de cualquier cosa relacionada con este importante ministerio, y toda instrucción que se les ofrezca solamente irritaría y exaltaría su desprecio y desobediencia.

Pero para aquellos que salieron del torrente hablaré sobre este importante asunto con convicción, y emitiré mi opinión sobre nociones y creencias que tenemos en común.

El reposo sabático de la Tierra

El gran pecado de los judíos, según Moisés, fue no haber dado descanso o el *sabat* a la tierra, después de las calamidades y total dispersión con que la amenazaron. Moisés añade (Lev. 26:34-35): “*Entonces la tierra gozará sus días de reposo, todos los días que esté asolada, mientras vosotros estéis en la tierra de vuestros enemigos; la tierra descansará entonces y gozará sus días de reposo. Todo el tiempo que esté asolada, descansará por lo que no reposó en los días de reposo cuando habitabais en ella*.”

Compara con esto la idea que debemos tener del pueblo de Israel que es la herencia del Señor (Is. 19:25). Compara el pueblo bajo este espléndido título, con la idea que debemos formar del Hombre, que debe ser, preeminentemente, el heredero del Señor cuando este universo que nos contiene llegue a su fin.

Finalmente compara el alto Ministerio al cual nos empeñamos en volver a trazar a los ojos del Hombre, con el trabajo que los hijos de Israel tenían que cumplir en tierra de Judea, para dar el *sabat* o el descanso a la tierra, y descubriremos que el hombre, y el pueblo judío, tenían el mismo destino y empleo, el mismo título y cualificación. Si hay cualquier diferencia es en favor del hombre. Israel solo fue un proyecto o epítome del Hombre. ¡El Hombre es Israel! Israel fue encargado de dar reposo a la tierra prometida; el Hombre está encargado de dar reposo a toda la tierra, por no decir a todo el universo.

Pero, es esencial que comprendamos este reposo sabático, y que sepamos mejor lo que debemos comprender por Ministerio Espiritual del Hombre.

Es difícil para nosotros evitar la convicción de que, independientemente de los frutos terrestres, los cuales la tierra produce de forma abundante, hay otros frutos a ser producidos además de aquellos. La primera indicación que tenemos de esto es la diferencia que observamos entre los frutos salvajes, los cuales la tierra produce naturalmente, y aquellos que hacemos generar a través del cultivo; esto manifiesta claramente que la tierra sólo quiere la ayuda del hombre para traer a su superficie maravillas aún más interesantes.

Una segunda indicación es que hay algunas naciones paganas que no han prestado culto religioso a la tierra.

Por último, la mitología viene a reforzar tal conjetura a través de la fábula de las manzanas doradas en el jardín de las Hespérides, al enseñar que los hombres fueron instruidos en el arte de la agricultura por una Diosa, y que, según Hesíodo, la tierra surge inmediatamente después del caos, casándose con el Cielo y siendo madre de Dioses y Gigantes, del Bien y del Mal, de las Virtudes y de los Vicios.

Si de estas observaciones naturales y mitológicas pasamos a las tradiciones de otro orden vemos que, después del asesinato de Abel, fue dicho a Caín (Gen. 4:11 y 12): "*Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra*."

Con todo, no vemos que la tierra deba ser cultivada solamente por las manos de los justos, bajo pena de esterilidad. Ni que la sangre de los hombres impida su fecundidad. Los campos

de Palestina fueron saturados con la sangre de sus habitantes a quienes los hijos de Israel fueron ordenados a exterminar, y la fertilidad de aquellas planicies fue una de las promesas, y parte de la recompensa que los judíos fueron estimulados a reclamar, si obedecían las leyes que les fueron ofrecidas.

Tampoco observamos en nuestras guerras el campo en el cual sepultamos a los muertos en gran escala alcanzado por la esterilidad. Por el contrario, es notable por la fertilidad. Así, en cuanto a que la sangre humana injustamente derramada clama venganza a los cielos, no tenemos conocimiento de que las leyes terrestres de la vegetación en nuestro planeta sean invertidas o suspendidas como consecuencia del homicidio.

Por tanto, lo que le es dicho a Caín de que, aunque cultivase la tierra no le daría su fruto, tenemos toda la razón en creer que la tierra cultivada de que se habla aquí sea otra además del cultivo original que fue mencionado; ahora bien, ¿qué idea podemos formar de esta otra tierra cultivada, a no ser que ella era parte del verdadero Ministerio Espiritual del Hombre? Un alto privilegio que le fue dado para hacer que la tierra aprecie su *sabat*; privilegio que, con todo, es incompatible con el pecado y que debe ser suspendido o interrumpido en aquellos que no trillan los caminos de la rectitud.

Pero no podemos comprender muy bien el significado de la palabra *sabatismo*, repasando las nociones comentadas anteriormente, si no tomamos alguna certeza de las siete formas o poderes establecidas por nuestro autor alemán, como el fundamento o base de la naturaleza.

Debemos, al mismo tiempo, concordar con él, que, como consecuencia de la gran revolución, estas siete formas o poderes son producidas tanto en la tierra como en otras estrellas, de forma concentrada o interrumpida; y que esta inconstancia es lo que mantiene a la tierra en la privación o sufrimiento, ya que solamente a través del desarrollo de estas formas o poderes es que puede producir todas las propiedades de las cuales es depositaria y las cuales desea generar; esta observación puede ser aplicada a toda la Naturaleza.

Finalmente, precisamos imaginar al hombre anunciando una tendencia universal de perfeccionar todas las cosas en la tierra, y como encargado por Yahveh Dios (Gen. 2:15) para cultivar el paraíso de la bienaventuranza y de guardarlo [“*Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase*.”].

Ahora bien, ¿qué podría ser esta cultura, sino algo para mantener en actividad, en exacta medida y proporción, la operación de estos siete poderes o formas, de las cuales el jardín del paraíso tenía tanta necesidad como otros lugares de la creación?

El Hombre debe ser el depositario del poder de movimiento de estas siete formas, para ser capaz de hacerlas actuar, de acuerdo con los planos designados para él, mantener este local escogido en reposo, o disfrutar de su *sabat*, una vez que no hay ningún reposo o *sabat* para cosa alguna, a no ser en la medida en que este lugar pueda libremente desarrollar todas sus facultades.

En nuestros días, aunque el modo de existencia de los hombres esté prodigiosamente alterado a consecuencia de la gran revolución, el objetivo de la creación no se alteró en cuanto a esto, y el Hombre Espíritu aún está llamado a la misma obra, que es, la de hacer a la tierra mantener sus *sabats*.

El arcoíris y la lección que nos enseña

Vemos una sensible imagen de estos siete poderes, ahora aprisionados en la Tierra, y en toda la Naturaleza, en el fenómeno físico exhibido a nuestros ojos cuando las nubes se dispersan como lluvia bajo el Sol.

La substancia acuosa (que, según algunas profundas y verdaderas observaciones, es en todo orden el conductor o propagador de la luz), al llenar todo el espacio presenta un espejo natural a los rayos del sol.

Estos rayos, al penetrar en este elemento acuoso, unen sus poderes a los poderes de los que este es depositario; por medio de esta fructífera unión, el sol y el agua, o sea, las regiones inferior y superior, manifiestan, a nuestra vista, la señal septenaria de su alianza, que es, al mismo tiempo, la señal septenaria de sus propiedades, ya que los resultados son siempre análogos a las fuentes de las cuales derivan.

Este sensible efecto físico en la Naturaleza nos proporciona la más instructiva lección, al exponer la concentración e invisibilidad donde están estos siete poderes en la Naturaleza; al mostrar la necesidad existente de romper sus obstáculos, antes de poder recuperar la libertad; al expresar la acción constante del Sol, que sólo trabaja para ayudar en esta liberación, y así muestra al universo, que es el amigo de la paz, y que sólo existe para la felicidad de todas las criaturas.

Cuando esta lluvia fecunda, de esta forma por el Sol, desciende sobre la tierra, ocurre allí, a través de su propia unión con la tierra, los resultados saludables de la vegetación, a las cuales ayudamos por medio de nuestros propios trabajos, y de los cuales extraemos tales frutos de felicidad; y así, la vida, o *sabat* material de la Naturaleza es propagado a través de una suave progresión de la fuente solar hasta nosotros.

Pero este fenómeno físico y figurativo, con todos estos resultados, es producido sin ayuda del Ministerio Espiritual del Hombre, y aun así el Hombre debe proporcionar el descanso sabático a la tierra; por tanto, como admitimos anteriormente, otro cultivo espera por el hombre que ahora sólo podrá realizarlo a través de un arduo trabajo.

Sobre en qué consiste el Sabat de reposo de la Tierra

Temo no afirmar que este glorioso *sabat*, que el Hombre Espíritu está encargado de proporcionar a la tierra, existe para ayudarla a celebrar los honores del Principio Eterno y, más expresivamente, celebrar los frutos que produce.

Este es el verdadero fin hacia el cual tienden todas las cosas de la Naturaleza. Sus nombres, propiedades, sus siete poderes, su lenguaje, en resumen, todo está producido bajo las ruinas del universo primitivo; nosotros debemos ayudar a los esfuerzos de la tierra para que tornen nuevamente voces armoniosas, capaces de cantar, cada cual a su modo, los Cánticos de la Sabiduría Soberana.

Pero, ¿cómo podrían cantar tales cánticos, si este Todo-Sabiduría, que está muy por encima de ellos, no hubiese empleado un instrumento, un representante y una imagen de Él mismo para hacer que su dulzura los alcanzase?

No tenemos que mostrar aquí que el Hombre es este instrumento; todo lo que fue dicho, no tiene otro objetivo, si no el de establecer este hecho y, a pesar de las nubes expresas que pesan sobre la raza humana, y del peso excesivo que tenemos que soportar, una vez que fuimos sumergidos en esta región de muerte, me satisface que algunos de entre mis semejantes serán encontrados y, en este sublime destino, no verán nada que su verdadera naturaleza desconociera; y habrá, tal vez, algunos que no contemplarán estos encantos sin alcanzar el éxtasis. Por tanto, trataremos apenas de descubrir a qué precio el hombre puede tener éxito en este importante ministerio.

Los poderes ocultos en el Hombre

Solamente al hacer uso de aquellos poderes ocultos tanto en la existencia corporal del hombre como en todas las criaturas en la naturaleza es que el hombre, siendo un extracto divino de lo espiritual y de las regiones naturales, hará que las siete formas o poderes, que son las bases de todas las cosas, comiencen a actuar en él, aunque en diferentes formas y niveles, de acuerdo con su existencia natural, espiritual y divina o divinizada.

Pero para actuar en alguna de las órdenes constituyentes del hombre, estos poderes deben ser restaurados en él, en toda su libertad original.

Ahora bien, cuando el hombre mira hacia sí mismo, bajo este aspecto, cuando toma en consideración en qué estado de desorden, desarmonía, debilidad y dependencia estos poderes están reducidos en todo su ser, la aflicción, la vergüenza y la tristeza se manifiestan en este hombre a tal punto que todo su ser se lamenta y todas sus esencias se transforman en torrentes de lágrimas.

En esta riada de lágrimas, representada, materialmente, por las lluvias terrestres, el Sol de la Vida irradia sus rayos vivificantes y, a través de la unión de Sus poderes, con los gérmenes de nuestro propio poder, manifiestan a nuestro ser interior la señal del pacto que Él viene a hacer con nosotros.

Entonces, oh Hombre, te vuelves capaz de sentir los dolores de la Tierra, y aquellos de todo lo que compone el universo; entonces, por virtud de la enorme diferencia que hay entre el débil estado de los siete poderes, ocultos en la tierra, y los propios poderes restaurados del hombre, este puede aliviar el sufrimiento de la tierra, porque el hombre podrá hacer para ella lo que acabó de ser hecho para él. En resumen, solamente cuando el hombre aprecie su propio *sabat*, o su propio reposo, es que podrá ayudar a la tierra a guardar, a su vez, su *sabat*.

Sólo así el hombre se volverá realmente maestro de la Naturaleza, y será capaz de ayudarla a manifestar los tesoros encerrados en su seno, y todas aquellas prodigiosas y maravillosas obras con las cuales las mitologías y tradiciones, sagradas y profanas, están repletas, algunas de las cuales son atribuidas a Dioses imaginarios, pero otras a verdaderos derechos del Hombre cuando ha sido restaurado en sus facultades por el principio que le dio existencia.

De esta forma, el hombre puede, en cierto modo, subyugar a los elementos a su criterio, disponer a voluntad de las propiedades de la Naturaleza, retener con sus límites todos los poderes que la componen para que puedan actuar con armonía.

La acción de sus propiedades en su estado de desorden y desarmonía genera la producción de aquellas monstruosidades encontradas en los diferentes reinos de la Naturaleza; así como aquellas imágenes de bestias y voces de animales que son vistas y oídas algunas veces en las tormentas y tempestades, y que son, al final, necesariamente atribuibles a apariciones o intervención de los Espíritus, como son presentadas por la creencia popular.

Pero, si por un lado, la superstición exagera en este punto, por otro la ignorancia y la precipitación filosófica condenan a este tipo de hechos muy desdeñosamente. Cuando los poderes de la naturaleza están en armonía, ellos se encuentran unos a los otros. En tiempo de tempestades, la moderación de estos poderes está quebrado; y como ellos producen en sí mismos los gérmenes y principios de todas las formas, especialmente el *sonido* o Mercurio, no

es de sorprender que algunos de ellos, reaccionando más que los otros, manifiesten a nuestros ojos imágenes definidas, castillos en el aire, y a nuestros oídos, voces de animales.

Tampoco es de sorprender que estas voces y figuras tengan existencia tan efímera; no pueden tener vida, ni las cualidades substanciales que resultan de la unión armoniosa de todos los poderes generativos.

Está claro que yo, de algún modo, excluyo la general colaboración de un Poder Superior, que puede y frecuentemente agrega su acción a aquella de los poderes de la naturaleza de acuerdo con los proyectos de su Sabiduría. No obstante, si este Poder Superior puede intervenir en las grandes cenas, de las cuales el Espacio es el teatro, y nosotros los testimonios, no deja de ser verdad que los poderes elementales están generalmente bajo sus propias leyes en este mundo y, estando siempre prontos a entrar en acción, de acuerdo con la reacción que reciben, son susceptibles a cualquier figura, sonido, u otra señal, análogas a esta reacción.

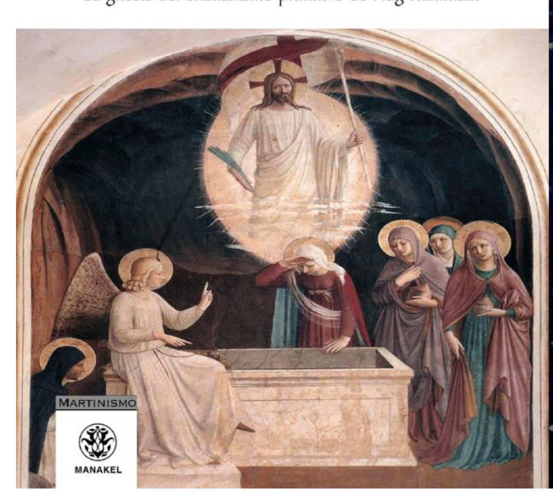
También es verdad que cuando el Supremo actúa con los poderes elementales, Él entonces toma al Hombre, más particularmente, para Su objetivo, tanto para estimularlo e instruirlo, si fuese culpable, como para emplearlo como mediador, si fuese uno de los trabajadores del Señor; pues el Ministerio Espiritual del Hombre restaurado se extiende a todos los fenómenos que puedan ser manifestados en la Naturaleza.

¿Cómo podría ser de otra forma? Cómo podría el Ministerio del Hombre Espíritu, erigido para una nueva vida, no extenderse sobre todos los fenómenos posibles de la Naturaleza, una vez que nuestra regeneración consiste en la restauración de nuestro ser a nuestros derechos primordiales, y los derechos Primordiales del Hombre lo llamaron a ser el Agente intermediario y representante de la Divinidad en el Universo.

NOVEDAD EDITORIAL



La gnosis del cristianismo primitivo de Nag Hammadi



Esta edición de los Evangelios Gnósticos de Nag Hammadi, prologada por T. Johannes Valentinus, invita a una lectura más profunda, atenta y trascendente de los misterios de Cristo, presentados en estos ancestrales manuscritos, o, podríamos decir, de los antiguos misterios renovados en Cristo, "Luz del mundo" (Jn 8:12), donde los "hijos de la Luz" (Jn 22:36) nacen "allí donde la luz ha nacido de sí misma" (Ev. Tomás § 50).


G.E.I.M.M.E.
CIRCULO MARTÍNEZ DE PASQUALLY
S
I





"El Padre santificó al Hijo, el Hijo santificó al Espíritu, el Espíritu santificó al hombre. El hombre debe santificar todo su ser, su ser debe santificar a los agentes del universo. Los agentes del universo debían santificar toda la naturaleza y la santificación debía extenderse hasta la iniquidad. ¡He aquí, pues, esa simiente divina que siempre florece en la región superior...!"

Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803)
El Hombre de deseo § 224

"Que no se pretenda fundamentar la santidad en el actuar; la santidad se debe fundamentar en el ser, porque las obras no nos santifican a nosotros, sino que nosotros debemos santificar a las obras."

Maestro Eckhart (1260-1328)
Tratados y Sermones - Pláticas instructivas § 4

G.E.I.M.M.E.

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/
www.youtube.com/c/GEIMME
https://t.me/geimme

geimme.info@gmail.com